





Viaje de América a Jerusalén

Andrés Posada Arango



Posada Arango, Andrés, 1839-1923

Viaje de América a Jerusalén / Andrés Posada Arango. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2010.

200 p. : il. ; 24 cm. -- (Bicentenario de Antioquia)

ISBN 978-958-720-070-6

1. Relatos de viajes 2. Colombia - Descripciones y viajes 3. Europa - Descripciones y viajes 4. Jerusalén - Descripciones y viajes I. Tít. II. Serie.

910.4 cd 21 ed.

A1257453

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Viaje de América a Jerusalén

Primera edición en la Colección Bicentenario de Antioquia: agosto de 2010

Primera publicación: Imprenta A.-E. Rochette, Boulevard Montparnasse, 72-80, París, 1869

© Andrés Posada Arango

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel: 261 95 23. Medellín

ISBN: 978-958-720-070-6

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Editado en Medellín, Colombia

Nota del editor: este texto ha sido modificado para adaptarlo a la escritura actual. Se cambiaron del original las letras, j por g, i por y, s por x. Se agregaron unas tildes y se suprimieron otras.

Viaje de América a Jerusalén
tocando en
París, Londres, Loreto, Roma y Egipto

por

Andrés Posada Arango

Con un prólogo francés
Por M. F. Gravelant
de las Facultades de Letras y de Derecho de París



Al Señor Doctor

M. Vicente De La Roche
Profesor de medicina y cirugía en Colombia

Testimonio de cordial estimación
y sincero reconocimiento

Andrés Posada Arango

París, 1869





Índice

Prólogo	
El credo del viajero / <i>Felipe Restrepo David</i>	13
Preface.....	25
Prefacio	29
Capítulo I	
— Medellín — Bellezas de la zona intertropical — Mi educación religiosa — Proyecto de viaje	33
Capítulo II	
— De Medellín a Nare — Selvas vírgenes — El río Magdalena — Barranquilla — Santa Marta — Recuerdos de Bolívar	37
Capítulo III	
— El mar — La isla de la Martinica — Llegada a Francia — Nantes — Angers — Tours — Orleans	45
Capítulo IV	
— París — Londres	52
Capítulo V	
— Salida de París — Dijon — Paso de los Alpes	65
Capítulo VI	
— Turín. La Sábana Santa — Campos de Italia — Bolonia y sus torres inclinadas — El Adriático — Rímini — Sinigaglia — Ancona	71

Capítulo VII	
— Loreto — La Santa Casa	77
Capítulo VIII	
— De Loreto a Brindisi — Los zarcillos — Unidad de la especie humana — Creta — El Mediterráneo.....	82
Capítulo IX	
— Alejandría de Egipto — Obelisco de Cleopatra —El Cairo — El Nilo — Las Pirámides — La Esfinge.....	89
Capítulo X	
— Jafa — Los padres de Tierra Santa — Camino a Jerusalén — Valle del Terebinto.....	98
Capítulo XI	
— Jerusalén — El Huerto — Valle de Josafat — Monte Olivete	103
Capítulo XII	
— Belén — El Pesebre — Estanques de Salomón — Casa de Santa Isabel — Gruta de San Juan.....	127
Capítulo XIII	
— Betania y el sepulcro de Lázaro — Jericó y sus rosas — Manzanas de Sodoma — El Jordán — El Mar Muerto — Convento de San Sabas — La vida eremítica	133
Capítulo XIV	
— Camino de Damasco — Pozo de la Samaritana — Los montes Garizin y Hebal — Sichen — Samaria — Betulia — Llanura de Esdrelón — Nazaret — Taller de San José.....	141
Capítulo XV	
— El Tabor — El monte de las Bienaventuranzas —El mar de Galilea — Caná — El monte Carmelo — Beirut — El Líbano	149
Capítulo XVI	
— La isla de Sicilia — Recuerdos de Arquímedes — Mesina — Nápoles — La Gruta del Perro — Estufas de Nerón — Gruta de la Sibila — Ruinas de Pompeya — El Vesubio — La Gruta Azul — El monte Casino.....	157

Capítulo XVII	
— Roma, sus monumentos y recuerdos	168

Capítulo XVIII	
— Liorna — Pisa y su torre inclinada — Lámpara de Galileo — Génova — Recuerdos de Colón — Marsella — Aviñón — Viena del Delfinado — Lyon — Llegada a París.....	178

Notas

Medellín (A).....	187
Marinilla — Cultivo de la yuca (B).....	188
Bejuco de agua (C).....	188
El Doctor Salazar (D).....	189
Enseñanza médica en París (E).....	190
Comunidad de usos en diferentes pueblos (F)	191
San Dionisio (G)	191
Corona de espinas (H).....	192
Agua del Mar Muerto (I).....	192
Caldas (J).....	193
Símbolos de la Biblia en español	197





Prólogo

El credo del viajero

Por Felipe Restrepo David¹

La partida

Viaje de América a Jerusalén de Andrés Posada Arango comienza el 15 de febrero de 1868, cuando el autor tenía 29 años. Dejó Medellín una tarde, y la última imagen de la ciudad que abandonaba quedó grabada en su memoria desde arriba, desde las montañas. Ese ascenso representa uno de los sentidos de su viaje: la elevación del espíritu como elección de vida.

La melancolía lo invadía como todo viajero que parte: “No sabía si los volvería a ver [...] y de vez en cuando dirigía mis ojos hacia atrás, como la mujer de Lot”. Fueron sus palabras en la soledad, mientras en su caballo se dirigía por el camino agreste y verdoso que lo llevaría al río Nare, donde se embarcaría en un pequeño vapor rumbo a Santa Marta por el río grande de La Magdalena, recorriendo un camino antes conocido en los libros.

En las páginas que cuentan su travesía por esas aguas, visitando los pueblos de las orillas deleitándose en la contemplación de la vegetación y los animales que conforman el fresco de una rica y variada fauna; en las páginas en las que se retrata su llegada a Santa Marta y su visita a la hacienda donde murió Simón Bolívar, para luego embarcarse en el vapor “París” que lo llevaría

¹ (Chigorodó, Antioquia, 1982). Ensayista e investigador. Ha publicado dos libros de ensayos: *Voces en escena: dramaturgia antioqueña* (Atrae, 2008) y *Conversaciones desde el escritorio: siete ensayistas colombianos del siglo XX* (Universidad EAFIT, 2008). Actualmente reside en Brasil.

a Francia visitando varias de las islas de la costa caribeña, africana y europea, como Martinica; en estas páginas se encuentra tal vez lo mejor de su viaje pues la narración conserva la intensidad de quien cuenta con emoción y desinterés lo que su percepción descubre, y esta suma de impresiones moldeadas por sus preferencias, sus alegrías, sus enojos, sus desprecios, sus caprichos y sus intolerancias, son parte del encanto que nos atrae en la escritura.

Sus consideraciones sobre la naturaleza de las plantas, de la comida, de los hombres y de las costumbres, tienen como sustento su formación científica y humanística, pero asimismo sus prejuicios, que son los propios de la época y de la región antioqueña, algunos de ellos nacidos del desconocimiento y de las ideas aprehendidas con ligereza. No obstante, cada comentario es hecho con seriedad pero al mismo tiempo con gracia y con el cuidado del que sabe que escribe para ser leído.

Cuando él llega a Jerusalén, su destino de viaje, el tono adquiere un aire apologético y meditativo, casi extático, por no decir arrobado ante la presencia de la Tierra Santa. Allí el viajero inicia una errancia con la Biblia en la mano, y su escritura se centra en el comentario de esa otra Escritura, que a su vez es su mapa, haciendo que el sentido de su voz dependa de Ella. Las citas de los Evangelios, de los Salmos y de otros tantos Libros, son abundantes y su travesía se hace dogmática.

Esa mirada religiosa de la realidad y de su viaje transforma al viajero. Antes de llegar a Jerusalén su palabra se había caracterizado por una emoción abierta y generosa del paisaje, propia de un espíritu juvenil por lo jubiloso y ciertamente festivo aunque de matices melancólicos; pero ya en la Tierra Santa aquel joven se convierte en un hombre categórico cuyos referentes son sus principios ético católicos.

Este drástico cambio hace que surja la pregunta por la primordial motivación del viaje. Es decir, qué lo llevó a la partida. No se podría olvidar además, de otro lado, que las elecciones y los afectos son la materialización de nuestros gustos y anhelos, y que juntos conforman aquello que llamamos nuestra identidad cambiante y voluble.

Pues bien, hay quienes parten porque el suelo de sus pies quema como una brasa en el alma. Otros emprenden el camino por la sola necesidad de saberse andando sin rumbo fijo como un errante al que nada lo detiene. Algunos, quizás enceguecidos por los misterios de lo maravilloso y de lo exótico, no pueden

evitar permanecer en un lugar. Unos pocos, en apariencia, viajan porque huyen y sus razones se nos escapan pues no sabemos si se alejan de un espacio y de un tiempo o simplemente quieren correr lejos de sí mismos.

El caso de Posada Arango es distinto: él obedece a su insaciable curiosidad, a sus ojos vivos, anhelantes de más, y a su respiración que se ahoga entre las montañas y en la exhaustiva repetición de su cotidianidad. Viaja por la sabiduría que ha intuido y que le ha sido prometida en los libros. Pero no es sólo eso, hay algo más que configura su camino, sus huellas, que le otorga el color definitivo a su paisaje, un algo que construye su memoria con el pasar de los días: el impulso atávico de reconocerse en el pasado común de un pueblo, en la religión de Aquel que es su luz y su salvación, la fuente de donde emana todo conocimiento absoluto: el catolicismo.

Este viajero se embarca en busca de la comprobación de una verdad que sabe que existe, que siente y en la que cree, pero que necesita ver en el dolor y en la ruina de lo que pervive en el silencio y en el desierto, como testimonio de los hombres y mujeres que todo lo entregan por su Dios: “Si le quitáis al hombre sus creencias, si le arrebatáis su fe, ¿qué le dejáis?, ¿qué le dais en cambio?”.

Y esa fuerza para el viaje supo obtenerla y alimentarla en su juventud. Nació del riesgo por un camino desconocido en cuyo trayecto recorrido encontraría la posibilidad, que para él era su forma de libertad, de armar su vida en los ideales, sueños y temores que poco a poco fue acumulando en su infancia.

El contexto literario

La literatura colombiana de viajes del siglo XIX fue una de las maneras para construir la imagen de una nación que intentaba configurarse a sí misma. Los testimonios sobre la exploración del país, y sobre los otros continentes, significó una confrontación abierta, aunque no siempre fecunda, con el propio desarrollo y progreso no sólo en el sentido político y económico sino en el científico y tecnológico. Y para ejemplo de ello están los viajes de Manuel Ancízar, de Manuel Uribe Ángel, de José María Samper, por sólo mencionar algunos personales, al igual que la expedición corográfica. *Viaje de América a Jerusalén* se enmarca en esta tradición, pero con matices singulares que hacen de este libro una travesía distinta a las demás. Aunque la decisión de su partida obedeció a una intención eminentemente religiosa, siempre permaneció la conciencia del regreso. Por eso

podríamos hacer mención a un sentido cívico determinado por una responsabilidad como ciudadano, a su vez protagonista de una sociedad de la que quería hacer parte en su crecimiento y solidificación.

No en vano, este antioqueño, antes y después del viaje, estuvo vinculado con actividades oficiales relacionadas con la ciencia y la política; una de ellas fue su participación como médico en la guerra civil de inicios de la década del sesenta, que le ofreció la posibilidad de acercarse al país de una forma nunca antes experimentada: el dolor.

Ahora bien, aunque su viaje no hace parte del típico exotismo del siglo XIX, sí hay algo de ello en su relato a Jerusalén. En Latinoamérica uno de los casos más representativos fue el del cronista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, viajero impenitente que recorrió casi todo el mundo conocido en su época. Esa curiosidad por lo distinto fue el mismo impulso que se despertó en Sarmiento, en Miranda, en Bello, en Simón Rodríguez y tantos otros hombres de la historia americana que concebían el hacer y el pensar como dos acciones inherentes a una misma esencia.

El viaje de Andrés Posada Arango representó la oportunidad para visitar una tierra hasta entonces poco frecuentada por los latinoamericanos, y en ese sentido su diario es un testimonio fundamental como documento histórico, y adquiere un mayor valor si se lee dentro de la tradición colombiana y, por ende, de la antioqueña. He ahí uno de los méritos del libro que lo hace actual y pertinente en nuestros días: registra una época en que fue esencial la exploración de lo Otro, para el propio reconocimiento individual y colectivo. Una necesidad que habría de permanecer por muchos años en la obra de algunos viajeros que continuaron tal tendencia, incluso visitas a Jerusalén y al Oriente cercano, como Germán Arciniegas.

Tales historias de viajes son, también, la construcción de una geografía íntima del país y del mundo que ha sido corroborada con la propia piel y en la palabra. Este conocimiento personal es ya un mérito suficientemente valioso para apreciar a estos autores como escritores que se sirven de sí mismos como material de sus relatos, al igual que Posada Arango.

El destino

Jerusalén representó para Andrés Posada Arango su Ítaca, el hábitat de sus sueños y de sus más profundas aspiraciones, la tierra donde era esperado para cumplir

un destino. Desde su infancia, al lado de su madre, surgió ese amor mítico y en cuya imagen se fue gestando la ciudad del origen.

El destino que elegimos como llegada nos devela y nos cuenta sobre nosotros más de lo que creemos, pues ese lugar escogido también es un cuerpo al que acudimos como si fuera un alimento necesitado. No importa qué tanto conocamos previamente ese lugar, ya que sólo basta una intuición para lanzarnos por el precipicio que es el viaje, aunque no vislumbremos al comienzo el suelo en nuestra caída.

Jerusalén no sólo ha sido un destino preferido por los viajeros del siglo XIX y XX; desde la Edad Media y aun en la Modernidad muchos se han encaminado hacia la morada del cristianismo. Algunos precisando de redención o indulgencias como los cruzados, otros suplicando perdón y luz para su triste corazón como los peregrinos. Estar allí, en la antigua ciudad, para sentir la mirada de un Dios que vigila, el aliento de una fuerza omnipotente que los embargue y acaso los oprima; estar allí para palpar la liberación en una palabra o en un canto, y así morir en la serenidad de los que saben que serán resucitados en el tiempo en que las bienaventuranzas se cumplan en una tierra de promisión. “Ya no habrá semidioses, patricios ni plebeyos; no habrá más amos ni siervos: todos serán reconocidos hijos de un mismo Padre, rescatados con una misma sangre, y pesados, en el día de la justicia, en la misma inflexible balanza”.

Lo que importa para este viajero es la evolución de su espíritu, y qué tanta luz puede beber en la oración y en la fe. No se trata de condenar una actitud que ha sido común denominador en los viajes que privilegian el adentro y no el afuera, sino de comprender el por qué de ciertos comentarios y la naturaleza de la escritura en términos literarios (narración y poesía), ya que como testimonio personal y ético es claro para el lector lo que el autor pretende, y por eso sólo tenemos la opción de aceptar o rechazar.

El estilo

Su expresión es la de un hombre del siglo XIX en todo sentido: desde el registro de sus palabras hasta la entonación y la respiración al concebirlas. Como es de esperarse, en un humanista de formación clásica, conservadora y católica como él, los adjetivos abundan tratando de clasificarlo todo, por eso el afán del juicio impera a lo largo de las páginas. Es la necesidad de organizarlo todo en el

mundo, de que cada cosa tenga su lugar de acuerdo a su disposición. Mientras recorre el Mediterráneo recuerda:

Durante mi navegación en el Atlántico, el horizonte, siempre nebuloso, no me había permitido contemplar el nacimiento y la postura del sol, que es sin duda un bello espectáculo en alta mar, y del que en esta travesía pude gozar. Como un globo de fuego, grande, redondo, chispeante, se le ve surgir lentamente del fondo del mar, recorrer silencioso la bóveda celeste, y llegar por la tarde, rojo como un hierro en ascua, a hundirse otra vez en el abismo. El viajero que lo contempla, casi se imagina percibir el chasquido que produjera en el agua al apagarse.

En esa medida, sus palabras suelen llevarlo casi siempre a una reflexión seria y grave que muy pocas veces se permite la narración espontánea, de allí que se sienta en sus descripciones un cierto esfuerzo en la composición, un pensar excesivo en la precisión de la imagen. Su escritura es apolínea, iluminada, contraria a las travesuras dionisiacas.

Este viajero nunca se permitiría una equivocación, y si la hubiera sería tachada o borrada pero en ningún momento enseñada. Lo que se muestra a los demás es lo pulido, lo impecable y, de cierta manera, incuestionable por la misma invocación que se hace continuamente al Señor. Para él la palabra es un instrumento de verdad.

Él disfruta de su viaje y lo vive entregado a su anhelo, pero pocas veces sonríe. No hay gritos ni estridencias, no hay extravagancias ni excesos; al contrario, los silencios y la mesura son el sustento de su estética literaria. Y comprendiendo esto es como podemos leer el viaje en su propia clave, en la experiencia que nos propone, y desde allí pensarlo y recorrerlo, pues tal estilo, como sucede en los demás viajeros, es la huella en la escritura, es el ritmo de sus pasos.

Y persiguiéndolos, intentando descubrir a dónde nos llevan, conseguimos identificarnos cercanos o lejanos al viajero, cansarnos en la travesía o revitalizarnos en la llegada. Uno de los propósitos de la literatura de viajes es precisamente este: que uno como lector pueda revivir el tránsito del viajero, no con la misma tensión y sorpresa, pero sí con el espíritu que impulsa cada momento y cada gesto.

El viajero que escribe debe ser capaz de abrirnos sus puertas para ver el camino a través de sus ojos, y esto justamente es lo que permanece en la palabra de Posada Arango, pues hay una sinceridad y una fuerza que van al lado de la vida

misma, al compás de los días que transcurren. Y la coherencia que existe es la de aquel que se escucha y procura obedecerse en sus mandatos, no obstante, sin dejar de vigilarse ya que él mismo no se permitiría un paso fuera del límite.

En varios momentos se queja y se lamenta de no poder ser un poeta para plasmar en bellos versos la sabiduría que se le revela en el mar y en el desierto: “¡Ah! fuera yo escritor; estuviera en mí el cambiar el escalpelo del cirujano por la pluma del literato”. Pero este es un lamento más retórico que real, ya que él se sabe en la capacidad de lograr comunicar lo que escucha y piensa con la libertad y elaboración literaria que le permiten sus búsquedas éticas y religiosas, históricas y culturales.

El diario de viaje

Viaje de América a Jerusalén está hecho de fragmentos de diario. Y aunque no sabemos si fue escrito en la travesía o mucho después, cuando se instaló en París, las palabras de este viaje quieren recordar la fuerza de la emoción, la intensidad de lo que se sintió con ardor, como cuando el viajero recorrió con una atención casi alucinada la vida de la pasión y la sangre de Jesucristo, resucitando cada uno de los instantes del martirio. Ese peregrinaje es otro de los sentidos de su escritura: leerlo para vivir dos veces.

Registrar las fechas, estar sujeto al tiempo y a su narración, es la riqueza y la limitación del diario de viaje: ritmo delimitado por la sucesión de las horas y de los meses. ¿Qué tanto se queda de sí mismo en esa escritura? ¿Será otro el que recuerda distinto del que vivió? El caso es que este autor antioqueño conoce el final de su travesía y nos muestra el giro de lo que podríamos llamar su transformación o, por qué no, su definida consolidación como creyente. Asistimos llevados de la mano a la escenificación de un drama pasional y sublime. De allí que percibamos que su escritura es más una bitácora de verdades eternas e inmutables.

Su diario es un enfrentamiento constante de visiones: una de ellas es la que se deja impresionar por el paisaje y los hombres permitiendo que lo traspasen y lo afecten hasta la renovación; la otra es la impermeable, y la que se declara a sí misma que lo único cierto es su mundo interior. Aquí la cuestión es qué tanto se deja salir de sí y qué tanto se deja entrar a sí. Y esa cautela, mezcla de miedo y prevención, es una de las explicaciones del tono de este diario, aunque la escritura de este género sea ella misma alteración constante de lo vivido. Es

decir, Posada Arango, al iniciar su relato, en realidad nos pudo haber contado otro viaje (aquel que quiso sentir según su ideal), pues cómo podrían evitarse las modificaciones propias del desgaste de la memoria y de la piel. Esta facultad de la sinceridad es más una eventualidad de la palabra, y de su verosimilitud narrativa, que una opción ética por la transparencia. Es una ingenuidad apelar a la fidelidad de la realidad vivida cuando la escritura que concebimos nos hace otros.

¿Pero qué sucede con los silencios? ¿Con los días que no son narrados? ¿Con lo que se escapa a la escritura? ¿Acaso lo innumerable no existe? ¿Esos otros fragmentos que no aparecen qué voz tienen? Es inevitable, por más que se intente lo contrario, que un diario, y más si es de viajes, esté construido por las migajas de nuestros recuerdos. Sólo depende de cada uno que estos trozos de imágenes cobren vida o que sean piedras en el camino.

Hacia el final del relato, el viajero se cuestiona si servirá de algo, si será de alguna utilidad todo aquello que ha escrito. En realidad, él ya se había respondido mucho antes, cuando dice que sería curioso estudiar las contracciones del corazón y las ondulaciones del pulso de un viajero “cuando ve ocultarse su hogar tras la última vuelta del camino; cuando contempla por la primera vez el anchuroso mar; cuando admira los monumentos de la culta Europa [...]”. La utilidad es esa: conocer las palpitations de Andrés Posada Arango que nos muestran el conocimiento de su humanidad y de su sensibilidad.

El regreso

Después de más de seis meses de viaje, desde que abandonó las montañas de Medellín en busca de sí mismo, él regresa a París; pero su retorno es otra aventura, pues el viajero que ahora es se ha convertido en un hombre menos ansioso, quizá más sereno. Su corazón refleja una calma alegría y por eso su mirada ya no tiene el peso de quien busca lo que nunca ha tenido.

Sus palabras son suaves y sus ímpetus se han sosegado, domados de su furia pasada. Sea lo que haya ido a buscar, este viajero lo ha encontrado y sólo a él le pertenece. Lo que nos cuenta ahora de Italia, por ejemplo, nos muestra su expresión, sus gestos en un caminar atento, como de lechuza, sin embargo, lo que ocurre en su interior rara vez se nos revela. Sabemos que sus oídos estuvieron prestos a escuchar, sus manos a recibir y sus ojos a contemplar; sus alforjas

ansiaban ser llenadas de una sabiduría cuyo sabor habría de encontrarlo dulce a su corazón.

Cuando llegó a París tenía 29 años, etapa de transición, de jugada decisiva en las certezas y en los miedos, en los propósitos y en los misterios. Ni antes ni después hubiera podido ocurrir esa experiencia definitiva.

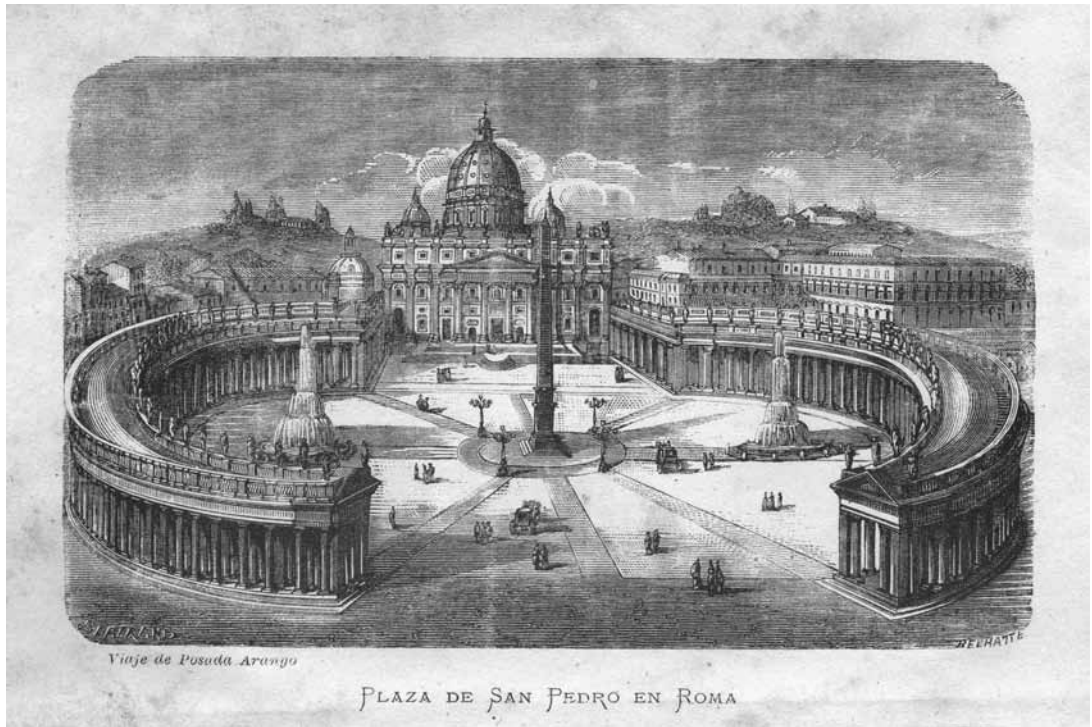
¿Pero qué significa el regreso? ¿Acaso la última huella en el sendero? ¿El olvido de los silencios y los vacíos que tanto atormentaron? ¿El inicio del deterioro de los bellos recuerdos? ¿La unánime instalación de las rutinas que una tras otra empezarán a repetirse a lo largo de los años en la academia, en un laboratorio o detrás de un escritorio? ¿El inicio de otro viaje? ¿Una estación más? ¿Regresar de un lugar o de sí mismo?

Tal regreso en él, de acuerdo a lo que permite desnudarse en las notas de su viaje, parece más bien una partida. Aquella Jerusalén fue su origen, su seno, su vientre, el lugar de su nuevo nacimiento. Por eso cuando se aleja de su Tierra Santa no está retornando, se está despidiendo: allí empieza su viaje, no el de su peregrinación sino el su vida. Ese es el descubrimiento esencial.

Cuando llega a París, lo que ocurre en la última página, uno como lector comprende que esa decisión de salir de Colombia, de Medellín, consistió en una osadía en la que se contenía su propia existencia. Paradójicamente Posada Arango, en su templanza y formalidad, actuó como un artista: fueron su imaginación y sensibilidad las que lo estimularon. Allí obró, en este movimiento un tanto invisible, más la intuición que la razón, más la fantasía que la teología, y eso es lo que sorprende. Y quizás ni él mismo lo supo. Por supuesto, aquí me refiero al viajero y no al creyente.

El final del libro, del viaje, parece ser París, pero nos engañamos. La última línea no siempre es una culminación. Para él se trata de un silencio, de un descanso, que después será reanudado en una marcha. Un silencio que también es una invitación a continuar la travesía y a creer en lo que se nos ha contado con el mismo fervor con que ha sido vivido. Y ese acto de fe al que somos impelidos es la religión transformada en poesía: sentir en la propia piel el sufrimiento o la alegría del otro, de ese que cuenta, que está bajo el sol ardiente o la noche fría del desierto, mientras nosotros permanecemos resguardados en las páginas del relato. Ese es el credo del viajero para con sus lectores, y esa apertura literaria que ofrece el libro es lo que nos permite disfrutar de su belleza más allá de cualquier inclinación religiosa.





Viaje de Posada Arango

PLAZA DE SAN PEDRO EN ROMA





Préface

Vain is the tree of knowledge without fruits

Thompson

L'arbre de science qui ne produit pas de fruits est inutile.

Plus d'un compatriote de mon jeune ami le docteur Posada s'étonnera, sans doute, de voir inscrit le nom d'un Français en tête de la relation de ses voyages. Mais quand on saura que c'est à mon initiative, à mes prières souvent répétées que l'on en doit la publication, et qu'il m'a fallu réellement faire violence à sa modestie, on comprendra que mon nom puisse s'attacher au sort d'un livre qui me doit indirectement le jour.

En effet, je ne crois pas qu'il soit suffisant à notre époque de partager au fond de son cœur les sentiments généreux, les nobles aspirations, les leçons d'honneur émanés du talent et de la conscience de nos bons écrivains; il leur faut de plus une haute approbation. Il est bon que l'on sache en Colombie que nous glorifions encore tout ce qui touche à cette foi chrétienne que nous lui avons portée et dont nous acquérons aujourd'hui, dans l'ouvrage de M. Posada, l'assurance qu'elle eu est de son côté fidèle dépositaire.

Là se borneraient mes réflexions, si les travaux que j'ai faits en Espagne sur la langue castillane ne me permettaient pas de pouvoir apprécier le mérite littéraire de notre auteur.

Quel est son but? quels sont ses moyens? Comment en dispose-t-il?

Son but, c'est la réalisation du rêve de son enfance. Des hauteurs de Medellin, ses regards se portaient souvent sur l'immensité de l'océan au bout duquel la cite sacrée de Jérusalem se découvrait à son amour et à sa foi. Il lui en parvenait comme un écho des chants des collines de Sion, et des accents prophétiques dont retentirent pendant seize siècles toutes les vallées de cette terre de miracles. L'intensité du désir de la voir de ses propres yeux, de la bénir, de la couvrir de ses baisers et de ses larmes allait s'augmentant dans la même proportion que la force de ses convictions religieuses et que le développement des facultés de son âme. Ainsi le but de toutes les aspirations de sa vie, celui qui lui a fait entreprendre jeune encore le plus long et le plus pénible des voyages, celui qui lui a inspiré de si touchantes et si saintes considérations dans les pages qu'il livre en ce jour à la publicité, c'est Jérusalem.

Quant aux moyens dont il dispose, ils sont de la nature de ceux avec lesquels se font les œuvres admirables. Une science aussi profonde que variée, une rare connaissance des faits historiques et fabuleux qui se rattachent aux nombreuses contrées des quatre parties du monde qu'il a visitées; une heureuse application des textes de l'Écriture aux lieux et aux personnes qu'ils concernent sont autant de ressources qui font du travail de M. Posada un ouvrage unique même dans un genre où tant d'écrivains se sont exercés.

Quel intérêt n'aura pas en Amérique la lecture des vives émotions de ce cœur jeune et ardent qui es tallé recueillir les annales de l'enfance du monde écrites en hiéroglyphes sur les pyramides et les débris de son berceau dans les ruines de la Sainte cité; qui est venu en Europe vénérer des tombeaux, saluer d'illustres renommées à qui sa patrie doit sa gloire, son industrie, ses lois, sa foi, son Dieu; à qui elle doit cette merveilleuse fécondité qui l'a subitement rendu mère d'enfants que nous reconnaissons pour nos frères.

Jamais la langue qui, au dire de Charles-Quint, est faite pour parler à Dieu n'a été appelée à traduire un ordre d'idées plus relevées. Ici l'auteur s'élève avec le prophète jusqu'au plus beau lyrisme, là, son langage est touchant comme ses regrets, plus loin sublime comme ses espérances et toujours noble et distingué comme il convient de l'être quand on parle castillan.

Je ne doute pas que le récit de ces voyages ne soit aussi goûté en Espagne qu'en Colombie. La mère-patrie des républiques du Sud aura lieu de s'applaudir de leurs succès littéraires, véritables richesses qui leur font plus d'honneur que leurs mines d'or et sur lesquelles aussi l'Espagne peut faire valoir des droits plus glorieux et moins contestés.

*

Andrés Posada Arango

Ah! puissent ces États lointains renouveler les périodes de grandeur et de prospérité dont s'est énorgueillie la nation d'où partit la flottille du hardi navigateur dont la Colombie éternise la mémoire et le nom.

Puissent tous les mérites, toutes les versus dont l'Espagne a fourni tant d'exemples, refleurir dans cette jolie contrée de l'Amérique qui, à son tour, aura des Cid et des Gonzalve, des Lope de Vega et des Caldéron, des Guzman le Bon et des Thérèse de Guzman, noble famille entre les mains de laquelle la croix et l'épée ont brillé d'un égal éclat, et qui rend encore de nos jours à la pourpre souveraine toute la splendeur que lui donnaient les Hélène, les Clothilde et les Blanche de Castille.

Ferdinand Gravelat

*Gradé des Facultés des Lettres
et de Droit de Paris*

*





Prefacio

El árbol de la ciencia que no produce frutos, es inútil

Thompson

Más de un compatriota de mi joven amigo el doctor Posada, se admirará, sin duda, al hallar el nombre de un francés al frente de la relación de sus viajes. Pero cuando se sepa que es a mi iniciativa, a mis súplicas frecuentemente reiteradas que se debe la publicación, y que me ha sido preciso violentar su modestia, se comprenderá que mi nombre pueda unirse a la suerte de un libro que me debe indirectamente la aparición.

En efecto, yo no creo que sea suficiente en nuestra época llevar en el fondo del corazón los sentimientos generosos, las nobles aspiraciones, las lecciones de honor emanadas del talento y de la conciencia de nuestros buenos escritores; les es preciso además una alta aprobación. Es bueno que se sepa en Colombia que nosotros glorificamos aún todo lo que se refiere a esa fe cristiana que nosotros mismos les llevamos, y de que hoy adquirimos en la obra del Sr. Posada, la seguridad de que ella por su parte es fiel depositaria.

A esto se limitarían mis reflexiones, si los trabajos que yo he hecho en España sobre la lengua castellana, no me permitiesen juzgar del mérito literario de nuestro autor.

¿Cuál es su objeto? ¿Cuáles los medios de que dispone? ¿Cuál el resultado?

Su objeto es la realización del sueño de su infancia. Desde las alturas de Medellín, sus miradas se dirigían con frecuencia a la inmensidad del océano,

más allá del cual esa ciudad sagrada de Jerusalén se descubría a su amor y a su fe. Llegábale como un eco de los cantos de las colinas de Sión y de los acentos proféticos con que durante dieciséis siglos resonaron los valles de aquella tierra de milagros. La intensidad del deseo de verla con sus propios ojos, de bendecirla, de besar su suelo y regarlo con sus lágrimas, iba aumentando en la misma proporción que la fuerza de sus convicciones religiosas y el desarrollo de las facultades de su alma. Así, el objeto de todas las aspiraciones de su vida, el que le ha hecho emprender, joven aún, el más largo y el más penoso de los viajes; el que le ha inspirado tan tiernas y tan santas consideraciones en las páginas que hoy da a la publicidad, es Jerusalén.

En cuanto a los medios de que dispone, ellos son de la naturaleza de aquellos con que se hacen las obras admirables. Una ciencia tan profunda como variada; un raro conocimiento de los hechos históricos y fabulosos relativos a los numerosos países de las cuatro partes del mundo que él ha visitado; una feliz aplicación de los textos de la Escritura a los lugares y a las personas a que corresponden, son otros tantos motivos que hacen del trabajo del Sr. Posada una obra única, aun en ese género en que ya tantos otros han escrito.

Qué interés no tendrá en América la lectura de las vivas emociones de este corazón joven y ardiente, que ha ido a recoger los anales de la infancia del mundo escritos en jeroglíficos sobre las pirámides y los restos de su cuna en las ruinas de la santa ciudad; que ha venido a Europa a venerar tumbas y a saludar las celebridades a que su patria debe su gloria, su industria, sus leyes, su fe, su Dios; a quienes debe esa maravillosa fecundidad que súbitamente la ha hecho madre de hijos que ¡nosotros reconocemos por nuestros hermanos!

Jamás la lengua que, según decía Carlos Quinto, ha sido hecha para hablar a Dios, se ha empleado en expresar ideas de un orden superior. Aquí el autor se eleva con el profeta hasta el más bello lirismo; allá su lenguaje es tierno como sus quejas; más lejos, sublime como sus esperanzas, y siempre noble y distinguido cual debe serlo en quien habla castellano.

Yo no dudo que la relación de estos viajes sea tan bien recibida en España como en Colombia. La madre patria de las repúblicas del sur tendrá ocasión de lisonjearse de sus sucesos literarios, verdaderas riquezas que le hacen más honor que sus minas de oro, y sobre las cuales, por otra parte, ella puede hacer valer derechos más gloriosos y menos contestados.

¡Ah! pueden esos estados lejanos renovar los periodos de grandeza y de prosperidad de que se enorgullecía la nación de donde partió la flotilla del atrevido navegante de que Colombia eterniza la memoria y el nombre.

*

Andrés Posada Arango

Puedan todos los méritos, todas las virtudes de que España ha suministrado tan numerosos ejemplos, reflorece en ese bello país de la América, que a su turno tendrá sus Cides y Gonzalos, sus Lopes de Vega y sus Calderones, sus Guzmanes Buenos y sus Teresas de Guzmán, noble familia en cuyas manos la cruz y la espada han brillado con igual fulgor, y que da aún en nuestros días a la púrpura soberana todo el esplendor que le dieron las Elenas, las Clotildes y las Blancas de Castilla.

*





I

Existe en la América Latina, entre las ramificaciones de la Cordillera Central de los Andes, hacia los seis grados de latitud boreal, un hermoso valle, de cerca de diez leguas de longitud y cinco de anchura, recorrido de sur a norte por un pequeño río que se desliza silencioso sobre arenas auríferas, yendo a perderse en el Cauca, que se une a la vez con el Magdalena para conducir sus aguas al Atlántico.

Colocado en el centro de la zona intertropical, y elevado 1.500 metros sobre el nivel del océano, goza constantemente de una suave temperatura, que le proporciona los encantos de una primavera eterna. Su cielo, de un bellísimo azul, sólo se ve colorarse con los rosados matices de la aurora, vestirse de nubecillas blancas como nieve, o engalanarse con los brillantes festones de púrpura y de oro que deja el sol al hundirse en el ocaso. ¡Más que raras son ahí las tempestades!

Las montañas que lo circunvalan, coronadas de bosque y azulencas por la distancia, tienen sus faldas sembradas de casitas blancas, que ya se perciben en medio de las rozas, ya se confunden a lo lejos con los ganados. De sus vertientes brotan mil fuentes cristalinas, que no teniendo el estío riguroso que las seque ni el invierno que las hiele, corren perennes, siempre frescas, siempre bulliciosas, siempre sonoras. Los árboles jamás pierden sus hojas; las flores ostentan por doquiera sus riquísimas corolas, y nunca niegan su perfume; y bandadas de pájaros de vistoso plumaje y armonioso canto, saludan cotidianamente el sol en su nacer.

Varias aldeas de risueño aspecto, sentadas en torno al pie de las cordilleras, se avanzan hacia el llano, que todo cultivado, muestra acá y acullá innumerables

granjas diseminadas en él, limpias praderías cubiertas de reses y de bestias, o campos de sementeras divididos en cuadros de diversos colores, que aparecen a lo lejos como alfombras, en que contrasta el verde intenso del follaje del maíz con el amarillento de la caña de azúcar, y el tinte indefinible de los yucales con el oscuro de los platanales y el café; y en el fondo se destacan manchones de arboledas, cargadas en todo tiempo con los sápidos frutos de los trópicos.

En medio de esa campiña, junto a la margen derecha del río, extiende sus reales Medellín, pequeña pero hermosa ciudad, atravesada por un arroyo que desciende de la montaña corriendo sobre piedras y formando blancas espumas. Varios puentes unen sus dos partes.

Además de la amenidad del paisaje, sus calles rectas y aseadas, sus habitaciones alegres, espaciosas y cómodas, y sus bellos jardines, contribuyen a hacer de ella una mansión agradable. Ahí se enlazan las producciones de todas las zonas, se obtienen las flores de todos los climas. Al lado de la palmera que yergue altiva su mástil y mece su penacho en los aires, crecen la violeta humilde y el fragante clavel. Junto al naranjo y al limonero del Asia que embalsaman el ambiente con sus azahares, se muestran el heliotropio de los Andes peruanos y la caléndula de la Europa boreal. Tan bien se da ahí el jazmín de la Arabia, como el rododendro de los Alpes; los rosales de Bengala, como los iris de la Alemania; los geranios de la Buena Esperanza, como las calceolarias de nuestros páramos. Tan bien florecen el nardo y los convólvulos del litoral, como el rosado lirio y la blanca azucena de las cordilleras.¹

Los habitantes de toda esa comarca afortunada, son generalmente notables por su moralidad, la sencillez de sus costumbres y aun la bondad de su carácter, que es como un reflejo de la suavidad del clima, de la armonía de los elementos naturales. Descendientes de los castellanos que descubrieron y colonizaron el país, les heredaron sus creencias, la fe católica, que han conservado intacta y que cultivan aún con fervor. Ellos podrían decir como el pueblo de Israel: “Nosotros somos felices, porque conocemos lo que agrada al Señor”.²

En esa sociedad nacieron y han vivido mis padres, y ahí, en medio de las caricias maternas, en el regazo de la que duerme hoy en el sepulcro, adquirí yo

¹ Véase la nota A al final del volumen.

² Ba 4, 4.

desde temprano las mismas enseñanzas. ¡Ah! ¡Con qué ternura me hablaba ella del Niño Dios y su pesebre; con qué emoción, de los cuadros sangrientos de la pasión del Cristo; con qué fe y con qué esperanza, de su resurrección gloriosa y de las promesas a sus escogidos!

La falsa filosofía de los sabios, los vanos cuidados del mundo, el torrente de las pasiones desbordadas, podrán ahogar en el corazón humano los sentimientos religiosos que una buena madre grabó en su niñez; pero borrarlos completamente, jamás. A la menor tregua, el menor contratiempo, a la primera defección, el hombre volverá sobre sí, y entonces ese germen de virtud, como una planta ávida de rocío, crecerá de nuevo y extenderá sus raíces.

Nunca será excesivo el cuidado que pongan las madres en inculcar a sus hijos, desde la infancia, vivos sentimientos de piedad: a ellas ha confiado la Providencia la suerte de las sociedades; ellas deben ser por ese medio, su áncora de salvación y de salud.

No es pues extraño³ que con tales ideas yo tuviera desde niño un vehemente deseo de visitar la Tierra Santa. ¿Qué corazón cristiano no habrá latido alguna vez con entusiasmo, viajando en sus ensueños por aquella comarca? ¡Ah! ¡Cuántas veces, elevándose mi alma en las alas del pensamiento, había cruzado las crestas empinadas de los Andes, surcado los mares, atravesado los desiertos e ido a sentarse bajo los cedros centenarios del Líbano!... ¡Más de una vez había recorrido yo con la imaginación las playas del Jordán y bañándome en sus aguas; había vagado pensativo por las riberas del lago de Genezaret, visitado el Huerto de las Olivas, subido al Tabor, y orado reverente sobre el Gólgota, en el sepulcro del Hombre de Dios!

Largos años han pasado desde entonces. ¡Cuántas dulces ilusiones de esa edad venturosa se han disipado ante mis ojos como niebla calentada por el sol! Muchas de las bellas flores que había entrevisto mi fantasía juvenil, han caído, deshojadas, y llegó por fin el día de ver realizar su cumplimiento.

El 15 de febrero de 1868, abandonaba yo el hogar paterno para encaminarme a Europa, de donde debía pasar a Siria. En dos horas llegué a la cumbre de la serranía, hacia el borde oriental, de donde contemplé por un momento el hermoso panorama del valle, que, iba ya a perder de vista. Me hallaba solo:

³ Véase la nota K al final del volumen.

*

Viaje de América a Jerusalén

la atmósfera, impregnada del aroma de las flores silvestres, traía a mis oídos la voz confusa de los insectos, el susurro de la brisa entre las hojas, y el murmullo cadencioso de las fuentes, cuyas ondas veía yo descolgarse en pequeñas cascadas; y envié en los aires, mezclados con ese rumor de las selvas, mis últimos afectos a los seres que me eran queridos. ¡No sabía si los volvería a ver!

*



II

Desde que se deja el valle de Medellín, dirigiéndose hacia el este, se marcha por lo alto de la cordillera, que aunque accidentada, cruzada por crestas y cañadas en varias direcciones, va siempre descendiendo, deprimiéndose sucesivamente hasta ir a terminar en las vegas ardientes del Magdalena. En su principio se eleva el nivel de la zona fría, cuya vegetación caracterizan los helechos arborescentes a manera de palmas, las melástomas de corolas matizadas, los *amarrabollos*, cuyas lindas flores claman por un nombre mas poético, y el vistoso caunce, que con sus rosas de oro esmaltaba el verde ropaje de los sotos.

El aire fresco y penetrante de esa región, vigorizaba mis pulmones, despejaba mi espíritu y disipaba en parte ese vago sentimiento de melancolía que el principio de todo viaje hace nacer. Rápidamente avanzaba en mi camino; pero de vez en cuando, como la mujer de Lot, ¡dirigía mis ojos hacia atrás! Pronto recorrí la alta planicie, cubierta de pastos y de reses, en que se halla la pequeña ciudad de Rionegro, sentada entre flores; ahí vi por primera vez el río Nare, de perezoso curso, que veinte leguas después volvería a saludar. Más adelante, graciosamente situada en medio de colinas, se halla Marinilla, que el patriotismo de sus hijos ha hecho notable.¹ En el segundo día se encuentra, colocado en medio de dos cerros, el alegre pueblo del Peñol, y siete leguas más allá, en una hondonada montuosa, la aldea de San Carlos.

Hasta aquí el terreno aparece más o menos cultivado por todas partes: o bien son limpias dehesas que alimentan los ganados, o potreros llenos de mu-

¹ Véase la nota B al final del volumen.

ladas, o sementeras adornadas con las blancas espigas del maíz; más adelante se ven las casitas de los montañeses, colocadas en las faldas en medio de los empradizados. A su lado el bosque espeso resonaba al son del hacha con que el robusto labrador lo descuajaba, distrayendo su cansancio con alegres cantos; los terneros bramaban en el amarradero, mientras la mujer y las hijas, oficiosas como el hombre, se ocupaban en ordeñar, y los chiquillos jugueteaban tiritando de frío, pues se veía la neblina flotar en guedejas desde las copas blanquecinas del yarumo. ¡Bellas escenas de la vida campestre, que el corazón sensible no podría callar!

Pero, con excepción de la pequeña parroquia de Canoas, que se encuentra a una jornada más allá, todo lo demás está desierto: la naturaleza, abandonada a sí misma, recupera todo su imperio, y el viajero se ve precisado a recorrer solitario más de catorce leguas, entregado a las meditaciones que le sugiere ese imponente espectáculo.

Cuando por alguna de las frecuentes ondulaciones del camino, yo llegaba a colocarme en una altura, veía a mi alrededor como un vasto océano de verdura, de esa vegetación exhuberante y vigorosa que es sólo propia de la zona tórrida. Algunas *erythrinas* que habían perdido sus hojas para cubrirse de flores, aparecían a lo lejos como un follaje de fuego, mientras las *cassias* silvestres, deshojadas también, se vestían con el ropaje amarillo de sus pétalos; árboles colosales nacían de las cañadas profundas y casi igualaban en altura los cerros; gruesos bejucos, a manera de cables, enlazaban sus ramos, formaban columpios y brindaban una savia fresca al sediento transeúnte, a la vez que el *árbol de la vaca* lo convidaba con su sustancioso jugo; el olor de las resinas y los bálsamos se exhalaba de los troncos agrietados, ¡y ni el menor ruido turbaba el silencio majestuoso de esos parajes!²

¡Cuántas riquezas, cuántas maravillas se hallarán aún sepultadas en esas soledades, aguardando al naturalista afortunado que rasgue el velo y que las muestre al mundo, para alivio de la humanidad, gloria de la ciencia, adelanto de las artes y el comercio! ¡Ah! ¡Quién diera a la patria largos años de paz que consolidaran sus instituciones y permitieran arraigar en nuestro suelo los progresos de la sabia Europa! ¡Quién le hiciera volver esos días felices en que los Mutis, los Caldas, los Zeas, los Lozanos, los Valenzuelas y Restrepos tejían para

² Véase la nota C al final del volumen.

ella, con las manos de la ciencia, esa espléndida guirnalda que se marchitó con el humo de las batallas y se anegó en la sangre de los patíbulos!

En cuatro días y medio se recorren las treinta leguas de camino que separan a Medellín del pueblo de Nare, situado a la derecha de la desembocadura del río del mismo nombre, sobre la margen occidental del Magdalena. Hoy está reducido a unas pocas casas pajizas, alineadas en dos calles inmediatas a la ribera, sin iglesia y sin párroco. Un *corregidor* representa allí la autoridad política y judicial. Hay una oficina nacional de correos, destinada a establecer las comunicaciones del Estado de Antioquia con el centro de la República, con las costas del Atlántico y Europa; y aunque en tal paraje, se halla administrada por un excelente funcionario, hombre de instrucción, que ha tenido la filosofía bastante para hallar acomodo en un humilde tugurio. El terreno llano y cenagoso de esa localidad, exhala en abundancia emanaciones miasmáticas que hacen endémicas las fiebres paludianas. Su elevación sobre el nivel del mar es 163 metros: su temperatura media, 27 centígrados.

El río Magdalena, cuyo nombre indígena se ignora, lleva aún el que le impuso su descubridor, Rodrigo de Bastidas, en marzo de 1502. Es el mayor de los de la Nueva Granada, y ocupa por el caudal de sus aguas el tercero o cuarto lugar entre todos los de la América Meridional. Nace en la cima de la gran cordillera de los Andes, al sur de Popayán, entre 1 y 2 grados de latitud boreal, y a 3.956 metros de elevación; y desde ahí corre, casi en la dirección del meridiano, separando las cordilleras Oriental y Central, que le suministran numerosos afluentes, para ir a derramarse por varias bocas en el mar Caribe, entre Cartagena y Santa Marta, habiendo recorrido el país en una extensión de cerca de trescientas leguas, y siendo navegable por buques de vapor en más de la mitad de su curso. Es, pues, nuestra grande arteria nacional.

Me embarqué en él. Era de tarde: el sol, próximo a ocultarse, iluminaba hacia mi izquierda las azuladas cordilleras de Antioquia, que su vegetación lozana engalanaba, y venía a reflejar sus rayos de oro sobre las dormidas ondas del Nare, cuyas aguas fresquísimas me recordaban con agradable tristeza los gratos climas de donde había salido, y me representaban en su insensible curso la dulce tranquilidad y la inapreciada paz que allá se goza. ¡Algunas ráfagas fugitivas de la brisa, escapadas tal vez de los altos valles de Rionegro, traían hasta mí vagos aromas que me parecían conocidos! Si hubiera sido poeta, habría creído quizá percibir ahí los lejanos y amortiguados acentos de alguna voz amiga...

Frente a Nare el Magdalena forma una pequeña isla, cubierta de gramas, en que pastan algunas reses: de ahí en adelante continúa recorriendo, en curso más o menos tortuoso pero siempre al norte, el dilatado valle. Al occidente, aunque distantes, se ven las serranías aun por largo trecho, para desaparecer enseguida, reaparecer mucho más lejos e ir a internarse en el estado de Bolívar. Al oriente, el espacio no tiene límites: el cielo azul iba a confundirse en lontananza con ligeros *cúmulus* que el crepúsculo vespertino teñía de rosa; grupos de perezosos caimanes, tendidos de vientre sobre la arena, con la boca anchamente abierta, se calentaban a los últimos resplandores de la tarde, y grandes garzas, blancas o pintadas, reposaban tranquilas a su lado, sosteniéndose en sólo una de sus largas patas. ¡Parece que aquellos habitantes de la soledad, más cuerdos que los hombres, saben disfrutar en paz de los beneficios del Creador!

El río continúa encerrando islotes de verdura, más o menos extensos y fértiles. En sus orillas, agrestes y desapacibles, abundan los guarumos, las acacias y heliconias; numerosos depósitos de leña se van en una y otra ribera, y a su lado el humilde rancho del dueño, que vive de ese tráfico con los vapores.

Por muchas leguas de extensión, el paisaje no varía: la misma vegetación, los mismos cuadros; solamente que por las mañanas, las garzas y numerosas variedades de patos cubren las playas anegadas, y los monos y micos hacen resonar la selva con su bulliciosa algazara. Algunos caseríos insignificantes existen en las márgenes, y a la derecha, a 26 leguas de Nare, el importante puerto de Barrancabermeja, que conduce al estado de Santander. Al fin, después de dos días de navegación, llegamos a la grande isla de Morales, de tres leguas de longitud: está en gran parte sembrada de casitas de paja medio ocultas entre arboledas de naranjos, mangos, platanales y café, con sus gradas para bajar al río; lo que le da un aspecto en extremo pintoresco y agradable. Las mujeres y los niños, siempre curiosos, corrían por entre sus bosques frutales a mirarnos pasar y a saludarnos con alegría. El espíritu de sociabilidad es innato en el corazón humano.

Al llegar al Banco, pueblo que dista como 70 leguas de Nare, el Magdalena se separa en dos brazos, el uno que sigue su curso más o menos al norte, pasando por Mompo, que se halla en la margen izquierda, y el otro, llamado de Loba, más caudaloso que el primero, que se vuelve al oeste. Tomamos este último: su cauce, más profundo y comparativamente angosto, hace que sus aguas, antes amarillentas, se tornen oscuras y serenas; la vegetación de sus riberas, más vigorosa y más lozana que en lo que habíamos recorrido, se reflejaba hermosamente como en un tranquilo lago, y el sol, que siendo de tarde nos quedaba

de frente, embellecía el cuadro con sus tibios y postreros rayos, para ocultarse después dejando en el horizonte su torbellino de nubes coloreadas de púrpura. La velocidad del buque nos hacía sentir de ese lado un céfiro vivificante.

En cinco horas se llega al punto en que el Cauca, viniendo del sudeste, desemboca. De ahí para abajo el río alcanza hasta 400 varas de anchura, sin que se altere la serenidad de su curso ni disminuya la amenidad del paisaje; comienzan a aparecer sobre el agua algunas muestras de la planta llamada *buchon* (*pontederia*), propia de las ciénagas; y tres horas después se tiene en la ribera izquierda a Magangué, pequeña pero bonita ciudad, llamada a ser mucho por la importancia de sus ferias comerciales. Continuando, se ven a uno y otro lado varios caseríos, se recibe en Tacaloe el brazo del río que iba de Mompo, y se pasa frente a Tenerife. Una iglesia desmantelada, derruida por los años y próxima a desplomarse, rodeada de unas pocas casas igualmente ruinosas y miserables, es cuanto ha quedado de esta antigua ciudad, en otro tiempo rica y comercial, ¡como para recordar el viajero los gloriosos triunfos que las fuerzas republicanas alcanzaron en ella contra el poder real! Allí se vinieron a mi memoria las proezas de Córdoba, el bravo vencedor de Ayacucho, con las de aquel general Maza tan famoso por su valor como por su crueldad.

Las brisas del mar, que en las tardes de diciembre a marzo soplan hacia el interior, nos sorprendieron ese día, pero cambiadas en huracán. Las aguas parecían detener su curso, se encrespaban en la superficie y se levantaban después en olas cenicientas que se destruían al chocarse, para renacer al instante; el buque crujía batido por el aquilón, pero continuaba imperturbable su curso a impulsos del vapor. Así marchamos durante gran parte de la noche, percibiendo de uno y otro lado las luces de varios caseríos. A la mañana siguiente, después de cuatro días de navegación, llegamos delante de Barranquilla, que dista de Nare 124 leguas.

Esta ciudad se halla situada en la margen occidental de un caño, especie de laguna prolongada que comunica anchamente con el río por su extremidad norte, y de suficiente profundidad para recibir los vapores, que arriman a sus muelles. Sus aguas estaban cubiertas de canoas, botes y bongos, movidos a fuerza de remos o desplegando al viento sus pequeñas velas; sus riberas se extienden en hermosos prados en que pacía el ganado, o en bellos cocotales, de palmas casi enanas, agobiadas de frutos. Un vasto arsenal se ofrece desde luego, atestado de cascos, chimeneas y caldera, y resonando sin cesar por el choque multiplicado de los martillos: innumerables brazos se ocupan ahí en los trabajos

consiguientes a la navegación del Magdalena. Multitud de carros, tirados por asnos o por mulas, se veían cruzar cargados de mercaderías o de toneles llenos de agua para ir a abastecer a la población.

El aspecto general de la ciudad es alegre; pero sus calles, aunque anchas y bien delineadas, carecen de aceras y están cubiertas de arena suelta, lo que las hace de difícil tránsito. Las primeras casas son pajizas, pero blanqueadas y con sus puertas y ventanas vistosamente pintadas; las del interior son grandes, muchas de dos pisos, con paredes de ladrillo y cal, bellas portadas con pilastras y cornisas, grandes rejas de hierro con celosías, y el techo terminado en azotea, con balaustradas al frente o pequeños muros adornados con jarrones de loza o coronados de almenas. Las hay también precedidas de corredores o pórticos, formados de arquerías. Las salas, que con frecuencia dan a la calle, están amuebladas a la europea, y los patios sombreados de arbustos y engalanados de flores.

Ya hoy es Barranquilla la ciudad más poblada y más importante de toda la costa; y cuando se haya terminado el ferrocarril que va a comunicarla con un puerto marítimo, hacia Sabanilla, su marcha progresiva tomará un grande incremento. Actualmente cuenta de diez a doce mil habitantes. Su temperatura media es de 29° centígrados.

Pocas leguas abajo de Barranquilla está el mar, cuyo flujo y reflujo se hace sensible en las aguas del Caño, y cuyas dunas o montículos de arena alcanzábamos a divisar; pero en vez de seguir directamente el cauce principal del río, se toma un brazo de la derecha, que se dirige casi al este, para salir a un punto en que las olas presentan poca agitación.

Cerca de dieciséis horas se emplean en ejecutar esa travesía, por entre caños angostos, tortuosos y sin corriente, en que el buque se hace andar, más que por el vapor, a impulsos de palanca, tropezando a cada paso en las orillas y enredando sus mástiles en las ramas colgantes de los árboles. Yo no sentía, sin embargo, el fastidio de aquella navegación extraña, absorto como iba en la contemplación del lujo, de la lozanía y magnificencia con que la naturaleza ostentaba ante mis ojos sus bellos variados horizontes.

Una red inmensa de canales naturales, separados por islas de bosque, baña toda esa comarca. Multitud de plantas lacustres, los *nenúfares*, las *villarsias*, *hydrocharis* y *nelumbos*, cubrían aquellas aguas serenas, formando con sus hojas alfombras flotantes de verdura en que resaltaban las flores, blancas, amarillas, cerúleas o violadas, con que las engalanaban y las perfumaban a la vez. Por entre

los juncales y los sotos de enea (*typha*) aparecían los flamencos (*phænicopterus*), paseándose con ese aire fantástico que les dan sus piernas desproporcionadas; y de otro lado los ánades silvestres, blancos como los cisnes del Eurotas, se bañaban con voluptuosidad.

Sin esfuerzo la imaginación habría podido hallar ahí las náyades y las nereidas con que los poetas de la antigüedad poblaban las regiones encantadas de la Grecia.

Pasamos en el tránsito por varias ciénagas, la *Redonda*, la *Honda*, la *Arrinconada* y la *Grande*, que es un verdadero lago, como de siete leguas de diámetro, mezclado en gran parte de agua salada por hallarse limitado hacia el mar únicamente por la *barra*. La selva de todo ese litoral está formada de mangles (*rhizophora*), que llaman la atención no sólo por hallarse suspendidos en el aire sobre raíces que descienden del tronco y de los ramos, hasta de diez varas de altura, sino también por sus frutos, cuyo embrión se desarrolla en el árbol y rompe el pericarpo para alargar desde allá su radícula, que llega al suelo. A orillas de este lago, a la derecha, existen dos poblaciones, Pueblo Viejo y la Ciénaga. Ahí celebraban los aborígenes, al tiempo de la conquista, una feria anual, en que cambiaban pescado y sal por oro y mantas que aportaban los salvajes del interior.

Saliendo de allí, en dirección al nordeste, costeano cerros de la más desoladora aridez, en que crecían sólo algunos cactus espinosos y mezquinas euforbias, llegamos pronto a la bahía de Santa Marta, abierta hacia el oeste. Al frente, como a media legua de tierra, se alza el Morro, que forma en medio del mar una isla elevada coronada por una fortaleza, desde donde un vigía anuncia por banderas la aparición de los buques. A uno y otro lado del puerto se ven las fortificaciones arruinadas que defendían la ciudad en tiempo del gobierno español. Ahí desembarqué.

Santa Marta, capital del Estado del Magdalena, fundada por Rodrigo Bastidas en 1525, y que llamaron en otro tiempo la *Perla de la América*, se halla hoy, debido al terremoto de 1834, y más que todo, a los desastres de nuestras contiendas civiles, en un gran decaimiento. Su población actual no excede de cinco mil habitantes; sus edificios conservan apenas algunas muestras de su pasado esplendor; el local de la aduana, la catedral y el cementerio son los únicos notables. Hay también un colegio y un hospital. Pero lo que más llama la atención del viajero es la hacienda de San Pedro, distante casi una legua al

este sudeste de la ciudad, a donde fue Bolívar, agobiado por las defecciones y las amarguras de la vida, a exhalar su último aliento, el 17 de diciembre de 1830.

Aunque es propiedad particular, puede visitarse. Es casa baja. Adelante presenta un corredor, con un oratorio a la izquierda. Se entra en la pequeña sala, que tiene al frente puerta para un corredor interior y el patio; a la derecha comunica con una alcoba, y a la izquierda con el reducido alojamiento que ocupó el grande hombre. Es una pieza casi cuadrada, de nueve pasos de longitud, de paredes simplemente blanqueadas, con una reja que da al exterior de la casa: en la pared del lado derecho hay una portezuela en arco, que comunica con un cuartito, y este tiene salida al corredor y patio interior, convertido en jardín y donde existía, a cuatro pasos de allí, un árbol de limón, junto al cual se sentó el Libertador dos veces que pudo levantarse del lecho. Entre la reja y la puerta que da al cuartito, en el ángulo, estaba la cama en que expiró. Su lugar está ocupado por un busto de mármol que representa al héroe. En su semblante noble, expresivo y pensador, se ve el guerrero, el hombre de las batallas y de los triunfos, no la víctima perseguida, no el Bolívar desgraciado.

La sala, adornada como en la época en que él murió, tiene varias láminas: en una se ve a Cincinato recibiendo en su campo los comisionados del pueblo romano, que lo honra con la dictadura, y en otra, Epaminondas, que expira en medio de las lágrimas y del reconocimiento de sus conciudadanos. ¡Dolorosas y amargas reflexiones debió inspirar a Bolívar la contemplación de esos cuadros! Para él, que después de libertar todo un continente, había tenido sobre su pecho el puñal de ingratos asesinos...; para él, que en pago de su abnegación y sus servicios, se veía precisado a salir de la patria, proscrito, maldecido y declarado *fuera de la ley*...³ ¡Ah! le habría sido mejor hallar representado el sepulcro del Escipión lejos de esa Roma que él había salvado; a Milcíades, el vencedor de Maratón, expirando en una cárcel, o a Temístocles, el héroe glorioso de Salamina, paseándose desolado y pensativo por las riberas del Ponto... ¡El pobre corazón humano siente alivio en sus penas cuando las ve compartir con otros!

³ Por el gobierno de Venezuela.



III

El 3 de abril salí de Santa Marta a bordo del vapor *Francia*. Un cañonazo anunció nuestra partida. La noche había entrado ya; la luna alumbraba con palidez la costa que se extiende hacia Riohacha, y que tuvimos a la vista por largo trecho; las aguas, batidas por un fuerte viento y atraídas también por el satélite, se alzaban en columnas espumosas y, como blancos fantasmas, azotaban los peñascos, que parecían gemir... Al siguiente día todo estaba en calma; la tierra había desaparecido ya: sobre mi cabeza se extendía la bóveda celeste; debajo y en contorno, ¡ese piélago asombroso que se llama el mar!

Cuando uno, nacido en países montañosos, se contempla por primera vez en alta mar, botado sobre un frágil madero en medio de ese inconstante elemento, confiado a los caprichos de la “pérfida onda”, no puede menos que sobrecogerse; pero si reflexiona, si entra a examinar los pormenores del arte, las bellezas de la ciencia, cambia su terror en satisfacción, admirando las maravillas de Dios y los adelantos del hombre.

¡Si el mar no existiera en medio de los continentes, qué lentas, qué difíciles y qué costosas serían las comunicaciones a través de los valles, de las selvas, las cordilleras y desiertos! Mientras que hoy el hombre, sin necesidad de trazar caminos, recorre esa inmensa superficie en todas direcciones, torna y gira a su placer, y audaz como el águila en su vuelo, se lanza en alas de los vientos, ¡desde el orto hasta el ocaso y del septentrión al mediodía!

¡Qué sabiduría revela el océano en su supremo Hacedor! Él recibe en su seno todas las aguas que han lavado la tierra, y que llegan cargadas de despojos, pero lo encuentran saturado de sal para impedir la corrupción, y a su turno exhala ingentes cantidades de vapor que las corrientes atmosféricas conducen

de nuevo a los continentes, para que se precipiten en lluvias que humedecen el suelo y alimentan sin cesar los ríos: circulación admirable que sostiene la vida del mundo físico, para el cual el océano es un gran corazón. Por otra parte, ¡qué infinita variedad de seres crecen y viven en su profundo abismo! Ahí encontramos zoófitos diminutos, que sólo se perciben en la oscuridad marcando la estela del navío con su luz fosforescente; hallamos las algas de donde extraemos el yodo; las esponjas, útiles bajo más de un aspecto; los hermosos corales; las madréporas, que en su trabajo de titanes forman islas; las conchas, que lisonjean con sus perlas de vanidad y tiñen con su púrpura el manto de los reyes; hallamos mil otros moluscos que nos nutren; la humilde sepia que nos da tinta; variados peces que nos brindan alimento, medicinas y sustancias aplicables en la industria; y en fin, cetáceos gigantescos que nos dan alumbrado, que nos suministran el ámbar fragante, y que, obreros del Altísimo, están encargados de comunicar vitalidad a esa masa líquida, batiéndola sin cesar para mezclar sus elementos, y que conservan el equilibrio devorando en su seno la exuberancia de los seres que la pueblan.

¡Ah! el mar es una de las más estupendas maravillas de la creación. Tan admirable es cuando se extiende tranquilo y, a la manera de un inmenso espejo, refleja la luz titilante de las estrellas, como cuando, repleto de furor, se agita en contorsiones, se levanta iracundo hasta las nubes y va despechado a estrellar sus olas contra el litoral, cuyos límites, fijados por Dios, jamás traspasará...¹ porque ¿qué es él ante Aquel que, como dice Isaías, “ha medido sus aguas en el huevo de la palma de la mano; extendiendo ésta, ha pesado los cielos, y que con sólo tres dedos sostiene la gran mole de la tierra?”²

En tres días y medio llegamos a la Martinica, situada hacia los 14 grados de latitud, y anclamos en su magnífica bahía de *Fuerte de Francia*. Desde que estuvimos cerca, se avanzaron hacia nosotros una cuadrilla de muchachos, que nadaban como anguilas y se sumergían de cabeza para sacar del fondo, cogidas con la boca, las monedas que les arrojábamos para admirar su agilidad. Arrimamos después al muelle, y un enjambre de mulatas invadieron el buque para ofrecer a los pasajeros los cigarros, las confituras, las frutas y mil curiosidades de la isla. Aunque educadas en la lengua de Chateaubriand, han

¹ Jb 38, 11.

² Pr 40, 12.

conservado sus gustos africanos, que se revelaban en los vivos colores de sus trajes, en los enormes zarcillos que estiraban sus orejas, y en los pañuelos abigarrados que llevan sobre la cabeza, a guisa de mitras o turbantes. Yo salté a tierra y fui a dar un paseo por la ciudad.

La Martinica fue descubierta por Colón en su segundo viaje, en 1493, pero colonizada por los franceses en 1637. Está constituida por montañas esencialmente volcánicas, cuyos terremotos se han hecho proverbiales: aún conservan el ingrato recuerdo del de 1839. El área general de la isla se calcula en sesenta leguas, y su población total en 120 mil habitantes. Sus principales ciudades son San Pedro, que cuenta 30 mil almas, y Fuerte de Francia, que llega a 11 mil. Esta última es un puerto importante donde hacen escala, para proveerse de carbón, los buques que vienen de Panamá o de Cayena para Francia; la ciudad es pequeña, y aunque de aspecto europeo en sus construcciones, no presenta cosa alguna de interés. Noté sólo unos jardines públicos que me llamaron la atención por la belleza de sus flores, y una estatua de mármol erigida a la emperatriz Josefina, la primera mujer de Napoleón, que era insular.

Ahí vi por la primera vez la sucia costumbre de saludarse con besos, que por más que sea antigua, y un tanto generalizada en Europa, no por eso deja de ser muy repugnante aun para quien la observa, y que con no poca frecuencia ha sido medio de trasmisión de la sífilis. Hombres que hacía seis o más días que no pasaban navaja por su cara, y que acababan tal vez de arrojar el cigarro de la boca, se acercaban con desembarazo a posar sus labios, convertidos en cepillo, sobre las señoras o señoritas de su parentela o amistad. La urbanidad racional rechazará siempre semejantes actos, que pueden apenas tolerarse, en sociedad, a las madres con sus hijos pequeños.

El 10 por la mañana zarpamos de ese puerto, costeamos por un rato la parte occidental de la isla, cuyas vertientes, aunque escarpadas, estaban sembradas de caña de azúcar, y tomamos luego nuestro rumbo al nordeste, avistando a uno y otro lado algunas otras de las Antillas Menores. Tres días después pasamos el Trópico de Cáncer, o *los trópicos* como decía magistralmente uno de los viajeros. El 20, las gaviotas, revoloteando sobre el agua para pescar al vuelo, nos anunciaron la proximidad de tierra; y efectivamente, ese día pasamos por en medio de las Azores, cuyas poblaciones alegres y sus faldas cultivadas se veían muy bien: y el 25 por la tarde entrábamos en el anchuroso cauce del Loira, que subimos en parte para desembarcar en San Nazario, a legua y media del mar.

Si con sólo veinte días de una navegación generalmente tranquila, por rumbo conocido y sobre sólidos buques de vapor, se experimenta tanto placer al pisar la tierra firme, e instintivamente se dirige el corazón al cielo movido de gratitud ¿cuál sería la emoción de Colón y sus compañeros cuando, después de más de dos meses de flotar en frágiles carabelas en un mar desconocido, arribaron al suelo americano, en el memorable día del 12 de octubre de 1492? Yo meditaba con frecuencia en lo atrevido de esa empresa, en el arrojado casi temerario del célebre genovés, y no podía menos que reconocer un designio de la Providencia, que había hecho sonar para los pobres habitantes de ese mundo incógnito, la hora de su redención y de su fe.

San Nazario, que hasta hace poco era una aldea insignificante, como lo muestra su más que humilde iglesia, ha tomado un rápido incremento desde que se estableció allí la línea de navegación trasatlántica; un número considerable de navíos obstruían la entrada. En la ciudad hay ya algunos buenos edificios y aún paseos; tiene telégrafos, alumbrado de gas, y cuatro mil habitantes.

Las cien leguas de camino comprendidas entre San Nazario y París, que queda hacia el nordeste, pueden recorrerse en poco más de diez horas, merced al ferrocarril; pero yo quise visitar al paso las ciudades intermediarias.

El terreno es generalmente llano. Yo lo atravesaba en la primavera, que es para el europeo la estación de las flores. Verdaderamente el paisaje me parecía encantador, pues aunque habituado a ver de cerca el lujo y galanura de nuestra rica naturaleza agreste, hallaba allí cuadros decorados por la mano del hombre, que suplía con su habilidad lo que faltaba al pincel de la creación, y los hacía para mí de una belleza totalmente nueva. La campiña estaba cubierta de una alfombra finísima de verde grama y dividida en porciones por cercas formadas de rosales entretejidos, mutilados y trabados con primor para hacer delgados muros, de bordes paralelos, como recortados con regla y con nivel, y cuajados de osas que llenaban el aire de deliciosa fragancia; su poca altura estaba mostrando al viajero el respeto que se tiene allí a la propiedad ajena. De vez en cuando se veía en la pradera alguna joven campesina, vestida con limpieza, calzada, adornada con su cofia, de piel blanca, mejillas rosadas y fisonomía inocente, sentada a la sombra de algún árbol ocupada en hilar lana y en cuidar el rebaño, que pacía sumiso a su lado, acostumbrado a obedecer su voz; escenas que me recordaban a Virgilio y me hacían respirar la dulce poesía de sus églogas.

Los terrenos estaban regados por caños de orillas matemáticamente paralelas, sombreados por sauces o álamos alineados a cordel, y atravesados por pontezuelos que me parecían juguetes; algunos gansos nadaban en su superficie, y los niños pescaban en sus riberas. Las casas de campo, generalmente de dos pisos y superadas por chimeneas, mostraban sus huertas y arboledas frutales, en que se veía el mismo orden, el mismo arreglo, la misma simetría. A lo lejos, por uno y otro lado, se veían largas colinas, coronadas de molinos de trigo cuyas aspas hacía girar el viento, y en sus faldas se extendían graciosamente pequeñas poblaciones, amparadas a la sombra de la cruz que dominaba sus torres como símbolo de salvación para el que cree...

Pero, quién dijera al viajero que por primera vez admira extasiado esas risueñas perspectivas, que vendrá el invierno riguroso, en que la tierra estará desnuda y como cubierta de luto; los campos silenciosos y desiertos, sin un ser viviente que los pueble; las aguas congeladas, el aire helado, ¡irrespirable! ¡Quién le dijera que el hombre de comodidades tendrá que refugiarse en su aposento a buscar alivio en el fuego de sus chimeneas, y a alimentarse con los productos de las estaciones pasadas, y que el pobre, el desheredado, morirá tal vez, víctima de la intemperie, sin abrigo y sin pan! ¡Mientras que allá en la zona privilegiada de los trópicos, el suelo fecundo brota alimento en todas las épocas, en todos los tiempos, y su sol, benéfico como la Providencia, calienta con sus rayos bienhechores al rico como al pobre, al soberano como al súbdito, al que sonrío acariciado por la dicha, como al que sólo ha conocido el semblante de la adversidad!

¡Ah! ¡Qué bella y cuán amable es la patria cuando se la contempla, en ausencia, a través del prisma colorido de los recuerdos!

Entregado a esas reflexiones iba yo cuando me llamó la atención un nuevo objeto. Como el camino de hierro no puede excederse de cierto desnivel, se encontraba ya muy inferior a los terrenos colaterales, para cuya comunicación fue preciso construir un arco de mampostería, verdadero puente en seco, bajo el cual pasamos. Yo vi con emoción alzarse en la llanura ese arco triunfal de nueva especie, severo monumento que no celebra bárbaras matanzas ni recuerda las conquistas compradas con la sangre inocente derramada en los combates, sino los triunfos pacíficos de la industria, ¡la gloria inmarcesible de la ciencia! ¡Bien hubiera querido hallar sobre ese pedestal las estatuas de Papin y de Watt, que al descubrir la fuerza motriz del vapor, abrieron para la humanidad tan nuevos y tan grandiosos horizontes!

Más adelante, las desigualdades del terreno hacen frecuente la necesidad de esos puentes, y aun la de túneles o perforaciones más o menos largas y oscuras, hechas a través de los cerros.

La primera población importante que hallamos en el tránsito, fue Nantes, una de las grandes ciudades de la Francia, comercial y fabril, y con cerca de cien mil habitantes. Está atravesada por el Loira, sobre el cual tiene bellos puentes y cuyas aguas surcan numerosos bajeles de vapor. Era ahí que el perverso Carrier hacía ahogar por centenares, volcando las embarcaciones, las víctimas de su odio en la nefanda revolución de 1789. Esta ciudad recuerda también el famoso edicto dado por Enrique IV a favor de los protestantes. Una bella catedral gótica, que contiene el mausoleo de mármol de los duques de Bretaña; un castillo de la Edad Media, un buen teatro, algunos paseos y jardines, con una estatua de Luis XVI y otra de Cambonne, fue lo mas notable que vi.

Angers, situada sobre el Maine, cerca de su desembocadura, se encuentra tres horas después. Visité su famoso castillo de las dieciocho torres, construido por Felipe Augusto: sus calabozos subterráneos, sus oscuras galerías, sus cadenas y demás aparatos de tortura, aún causan horror. Hay un museo rico en estatuas, en cuadros, en antigüedades, especialmente célticas, en colecciones de historia natural. Si, como yo creo, lo bueno de una pintura consiste en la ilusión que causa, hay allí una de un grande mérito. Es un cuadro que representa varios monjes de la Trapa dándose el abrazo fraternal y recibiendo la comunión. Están pintados tan a lo vivo, el pincel del artista supo interpretar tan bien las afecciones de su alma, que me parecía leer en sus semblantes el lema que esos religiosos escriben en el dintel de sus monasterios: “¡Esta es la casa de Dios: dichoso el que ella mora!”.

Al día siguiente continué mi viaje, y en tres horas y media llegué a Tours, que se halla colocada del otro lado del Loira, en su margen izquierda, y rodeada de campos feraces que han sido llamados con razón el jardín de la Francia. En esa travesía, cerca del village de Langueais, me llamaron la atención las habitaciones, que son grutas excavadas en los cerros calcáreos, con puertas, ventanas y todas las apariencias de casas. Tal vez serán cómodas; pero su vista entristece porque recuerda la edad ciclópica de la arquitectura y sugiere ideas de suma pobreza en sus moradores.

Tours es una ciudad pequeña, pero hermosa, alegre, muy aseada, con amenos paseos sombreados de álamos y de plátanos, bella catedral, un soberbio puente de 15 arcos y de 434 metros de longitud, y un buen museo. Este tiene en sus

curiosidades el gabinete de física de J. J. Rousseau, rara colección de aparatos. No lejos de allí, en una plaza, se encuentra una estatua de mármol del célebre Descartes, en cuyo pedestal se lee su famoso dicho: *Cógito, ergo sum*. Hay una capilla donde se conservan, expuestos a la veneración de los fieles, los restos de su obispo San Martín, tipo de la caridad cristiana, que compartía su capa con los desnudos.

Me dirigí en seguida a Orleans, la patria de Juana de Arco, donde visité a la ligera la vasta catedral gótica, de siete naves, en que monseñor Dupanloup, atleta infatigable de la causa de la Iglesia, hace oír con frecuencia su elocuente voz. Vi dos estatuas de la infortunada Pucela, la una pedestre, que nada ofrece de particular, y otra ecuestre, de grande talla, que adorna la plaza principal y es el más bello monumento de la ciudad. La heroína va vestida en el traje guerrero de su siglo, con espada en mano, pero revelando sin embargo en su fisonomía el candor y la bondad de su alma, que aun en el bronce protestan contra los sarcasmos de Voltaire. En los cuatro costados del pedestal hay bellos relieves que representan sus combates y victorias, su prisión y la hoguera en que la barbarie de esa época la hizo quemar como hechicera.

Cuatro horas y media después, era el 29 de abril, entraba yo en París.



IV

Indudablemente no existe hoy ciudad alguna que inspire un interés tan general como París. Corazón de un gran pueblo, más que eso, capital del mundo civilizado, tiene en sí cuanto pudiera ser necesario para llamar vivamente la atención.

¿Quién puede pensar sin horror en las espantosas escenas de que fue teatro en el pasado siglo, cuando la más formidable de las revoluciones que haya habido jamás, a la manera del huracán que sale desencadenado de los desiertos y arranca furibundo las enhiestas palmeras, los árboles corpulentos, todo lo que sobresale en la tierra, cuanto hay bello, cuanto es útil, y eleva a la altura de las nubes la hojarasca que la calma tenía relegada al olvido, así ella derrocó por donde quiera los altares, demolió los templos, arrancó de cuajo la virtud, tronchó implacable toda noble cabeza, e hizo surgir las notabilidades del crimen, los prohombres de la perversidad, que como buitres, como furias más bien, brotadas del averno, se pasearon un momento por entre los escombros, sobre las ruinas ensangrentadas de que cubrieron la nación? ¿Quién no se ha entusiasmado, quién no ha sentido latir su corazón alborozado, al ver aparecer de repente ese hombre extraordinario, que asombrando al mundo con el esplendor de sus victorias, logró ahogar en sus robustos brazos el monstruo de la destrucción, y plantar de nuevo, en medio de aquel caos, el orden, la ley, la seguridad, la religión? ¿Y quién no se entristece, quién no se llena de amargura y de dolor, al verlo desconocer su misión providencial, su papel de ángel salvador, y cegado por mundanas ambiciones, socavar con propias manos su glorioso pedestal, precipitarse con estruendo, e ir a morir, cual nuevo Prometeo, encadenado a una roca en medio de los mares?

Si París, en su pasado, cautiva la imaginación con el prestigio de sus recuerdos, le ofrece también en su presente todo género de atractivos.

¿Lleváis en vuestro pecho el noble amor de la ciencia, el ansia de la verdad; os complacéis en el estudio de las maravillas de la creación, en la investigación de los arcanos sublimes de naturaleza? Venid presurosos a la fuente del saber, acercaos al faro luminoso cuyos resplandores sirven hoy de guía sobre la faz del globo: la tierra de los Lavoisier, los Jussieu, los Laplace, los Cuvier, los Bouguer, los Gay-Lussac, los Arago, los Paré, los Laennec, los Dupuytren, tiene ahora sus Leverrier, sus Foucault, sus Boussingault, sus Beaumont, sus Beudant, sus Regnault, sus Bernard, sus Marey y centenares más; su suelo fecundo es inagotable. ¿Preferís las bellas artes, la industria, las letras o la historia? Aquí se encuentra todo lo que puede satisfacer vuestra curiosidad y vuestro deseo de adelantos. ¿Amáis los placeres, gustáis de los pasatiempos frívolos, andáis tras las orgías? Aquí caéis en vuestro elemento, aquí hallaréis, como la mariposa, la llama que embelesa y que consume. ¿Queréis encaminaros por el sendero angosto del deber; buscáis quien os aliente con su palabra y con su ejemplo? Hallaréis también: la patria de San Luis no ha apostatado por entero; aún se cantan en sus templos las alabanzas del Altísimo, se lleva la ofrenda a sus altares, se enjugan las lágrimas del desgraciado y se busca en el santuario de la penitencia la paz y el perdón. La cátedra sagrada no ha enmudecido todavía: los Bossuet, los Massillon, los Frayssinous, tienen aún sus sucesores; la fe cuenta adalides como Gaume y Augusto Nicolás.

¿Cómo, pues, pasar por París sin dar al lector que no la conoce, siquiera un bosquejo? ¿Y cómo, también, describir una tal ciudad en los límites estrechos de este libro? Tanto sería como querer representar en un cuadro las escenas más animadas de la naturaleza, sin tener los colores necesarios. Pero entre no decir nada, y dar una idea incompleta, opto por el último partido: y puesto que también fui a Londres, hablaré igualmente algo acerca de la gran metrópoli.

París está situada en un llano, a solo 60 metros de elevación sobre el mar, comprendiendo dentro de sus murallas algunas colinas insignificantes y un área de cerca de legua y media en cuadro. El Sena, que aunque un poco tortuoso, la atraviesa del sudeste al noroeste, tiene como 150 metros de anchura, y suficiente profundidad para permitir la navegación en barcos de vapor de poca cala; forma a su paso dos islas, que eran antiguamente el asiento exclusivo de la ciudad; 25 puentes, tres de hierro y los otros de piedra, todos sólidos y elegantes, unen sus riberas, que están perfectamente canalizadas en toda su

extensión y adornadas con una fila de árboles plantados a distancia conveniente de la orilla.

La ciudad, aunque moderna, está construida sobre antiguos cimientos; su plano es sobremanera irregular. Las calles, generalmente angostas, se cruzan en ángulos ya obtusos, ya agudos, y en muchos rincones desembocan hasta seis de ellas a la vez; están empedradas con piedras labradas en cubo, formando un piso ligeramente convexo, con declive hacia las aceras. Por todas ellas se notan pequeñas tapas de hierro para abrir las cañerías en caso de incendio o cuando han de lavar el suelo; pero no hay acequias en que corra el agua al descubierto. Existen además numerosos *bulevares*, que son calles de una anchura mucho más considerable, sombreadas por una hilera de árboles a uno y otro lado, que atraviesan la ciudad en varias direcciones y la hermocean. Por la noche, cuando todos sus faroles de gas, dispuestos sobre columnas de bronce alineadas, están encendidos, presentan una admirable perspectiva.

Un número incalculable de carruajes de todo género y de gentes de a pie, recorren incesantemente la ciudad, pues de millón y medio de habitantes que cuenta la población, por lo menos el millón anda en la calle. Los edificios, todos de mampostería, tienen generalmente cinco o seis pisos, con ventanas o pequeños balcones no voladizos, sin alar, techados con pizarra y erizados de chimeneas; algunos, aunque recientes, presentan en sus fachadas cariátides, florones y diversos relieves de estilo antiguo, imitando construcciones griegas y romanas de muy buen gusto. El piso inferior, en toda la ciudad, es una serie continuada de tiendas, restaurantes y cafés; lo que demuestra por sí que la mayor parte de la población se compone de extranjeros. Según cálculos que no parecen exagerados, entran y salen anualmente 50 millones de viajeros: puede decirse en rigor, que París se sostiene por la contribución voluntaria que le llega de todos los países.

Hay muchas plazas: en la de Concordia, ocupada por la guillotina en la época del terror, se alza un obelisco egipcio, de 23 metros de elevación; algunas de las otras están convertidas en jardines, admirablemente cultivados y hermosos, o decorados con estatuas y fuentes. Los más notables de estos objetos son: las estatuas ecuestres de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV; la pedestre de Napoleón, en la plaza Vendome, con la columna que le sirve de pedestal, de 43 metros de altura, hecha de piedra y recubierta de bronce al exterior, representado en bajorrelieves sus principales batallas; la fuente de Molière, con su estatua; la de los Inocentes; la de San Miguel, que presenta el arcángel en talla

heroica, oprimiendo bajo sus pies a Satanás, muy buen trabajo en bronce; y la de San Suplicio, con las estatuas, de mármol, de Fenelon, Bossuet, Massillon y Flechier. Los otros monumentos militares son: la columna de Julio, erigida por Luis Felipe para conmemorar los acontecimientos de 1830; el arco de San Dionisio, que recuerda los triunfos de Luis XIV, y los del Carrusel y de la Estrella, consagrados a Napoleón. El último, admirable por sus proporciones y su ejecución, es sin duda el arco triunfal más grandioso que se halla construido: cuesta diez millones de francos.

Existe un monumento de otro orden, no menos digno de atención: en la torre de Santiago, resto precioso de la arquitectura de la Edad Media, que sirvió a Pascal para comprobar experimentalmente las deducciones de Torricelli sobre la presión de la atmósfera. Está aislada en medio de un jardín, por haber sido demolida la iglesia de que hacía parte; tiene 150 pies de elevación; al pie de la escalera está la estatua del célebre inventor de la máquina aritmética.

Entre las cosas que merecen mencionarse, citaré los *pasajes*, que son calles cubiertas con vidrieras, para preservarse de la lluvia, que atraviesan por en medio algunas manzanas, generalmente con lujosos bazares a uno y otro lado.

El número de templos es considerable, y aunque ninguno sea de un mérito sobresaliente, sí hay muchos notables. Se distinguen la catedral o iglesia de Nuestra Señora, que sin ser propiamente hermosa, es un curioso monumento de estilo gótico; la de la Magdalena, templo griego, períptero corintio, de aspecto muy imponente: la Santa Capilla, piadoso recuerdo de San Luis, que la hizo construir para depositar las reliquias importadas de Jerusalén; la de Santa Genoveva, convertida en panteón por los revolucionarios; San Esteban del Monte, en la que se conserva el cuerpo de la mencionada santa, patrona de París, y donde están sepultados Pascal, Racine y Tournefort; la de San Germán *l'Auxerrois* y las de San Eustaquio, San Suplicio, la Trinidad y San Vicente de Paul. Hay también varios templos protestantes y algunas sinagogas, pues se cuentan mas de diez mil judíos.

Existen muchos palacios. El de las Tullerías, residencia del emperador, y el del *Louvre*, hoy convertido en museo, están unidos entre sí formando un patio inmenso, la plaza del Carrusel, adornada con uno de los arcos de triunfo; tienen tres pisos, y sobre el friso del primero aparecen de pie las estatuas de todas las celebridades de la Francia. ¡Ahí se ven confundidos en la misma apoteosis el valor y el talento, la virtud y el cinismo: al lado de los poetas están los guerreros; junto a los oradores sagrados, los apóstoles de la impiedad! Los vastos salones

del museo, recubiertos del mármol y decorados en la bóveda con magníficos frescos, contienen ricas colecciones de etnología, de marina, de pintura y escultura, abundando en la última las antigüedades egipcias y del Asia Menor. En la sala llamada de los soberanos, exhiben muchos objetos de uso personal de Napoleón, de San Luis y aun de Carlo Magno, tales como espadas, cetros, sellos y vestidos.

El palacio del Luxemburgo, construido de orden de María de Médicis, es el local destinado a las reuniones del Senado, y hay también en él un museo de pintura de los artistas contemporáneos. Contiguo se encuentra un vasto y hermoso jardín público, cercado de verjas de hierro, con un lago, varias fuentes y las estatuas de las mujeres célebres de Francia. El Palacio Real, residencia del famoso cardenal Richelieu y de Luis Felipe cuando era duque de Orleans, es ahora la habitación del príncipe Napoleón; las galerías de su piso inferior, convertidas en almacenes, son el centro de un comercio activo. Deben citarse igualmente el antiguo palacio Mazarino, hoy del Instituto de Ciencias, el del Cuerpo Legislativo, el *Hotel de Ville* y la Bolsa o Lonja, edificios que por su magnificencia merecen figurar en el mismo rango que los anteriores.

Se ha dicho por alguno, que cuando los españoles toman posesión de un país, lo primero que hacen es construir iglesia; los franceses, teatro, y los ingleses lonja. No sé hasta dónde sea exacta esa manera de juzgar, puesto que en París abundan los establecimientos de toda clase; pero sí diré que sus teatros son numerosos, y muchos de ellos remarcables. Especialmente la Nueva Ópera, que está terminándose, de un área de once mil metros cuadrados, adornada al exterior con estatuas colosales y los bustos de todos los grandes compositores, es sin duda el templo más grandioso que en los pueblos modernos se haya consagrado a las musas del placer. Bien puede asegurarse que no era francés el sujeto que, preguntándole su modo de sentir sobre la música, contestó que es *la menos molesta de todas las bullas*.

Las bibliotecas públicas son tan dignas de atención por lo material de los edificios como por la riqueza de las colecciones, en impresos, manuscritos y grabados. La de Santa Genoveva cuenta doscientos mil volúmenes, y la Imperial, un millón quinientos mil: y aún existen otras, como la Mazarina, la del Arsenal y la especial de medicina. El conservatorio de artes y oficios es un establecimiento en que se hacen cursos públicos sobre las ciencias y con sus aplicaciones industriales, y en él hay salas donde se exhiben y se hacen funcionar las máquinas.

El Jardín de Plantas, a la vez que destinado al estudio, es un paseo muy ameno y muy frecuentado: ahí se cultivan los vegetales, agrupados por familias naturales, y se conservan vivas casi todas las especies notables del reino animal; ahí está también el Museo de Historia Natural, que es magnífico. Pero nada hay, en clase de jardines, que sea comparable al llamado Bosque de Bolonia, espléndido parque en que el arte más exquisito se ha reunido en lagos, islas, cascadas, grutas, bosquecillos y colinas, todo formado artificialmente, cuanto la naturaleza en sus más risueños paisajes, en sus más poéticas manifestaciones, podría ostentar.

Hay aquí varios cementerios, todos muy espaciosos, pues según la última estadística, mueren anualmente en París *cuarenta y cinco mil* personas. El más digno de visitarse es el llamado del Padre Lachaise, verdadera ciudad de muertos, silenciosa, sombreada de cipreses y cruzada de calles con regularidad: y como es el asilo de la aristocracia, está lleno de momentos, algunos verdaderamente soberbios. Yo, si bien me detuve ante los sepulcros de Abelardo y Eloísa, de Arago, Larrey, Massena, Alfredo de Musset, Delavigne y otros hombres célebres, sólo busqué con especial interés el de nuestro distinguido poeta Salazar, a quien el benemérito general Acosta hizo erigir un modesto túmulo.¹

Otros mucho objetos existen aun en París, que merecerían no sólo mencionarse sino también describirse, tales como el jardín de las Tullerías, el Observatorio astronómico, los mercados, las prisiones, los hospitales, en número de veinte, de que uno solo, el Hôtel-Dieu, contiene como setecientos enfermos, y el Hotel de los Inválidos, destinados a los militares inútiles, en que hay tres mil asilados. Su iglesia está adornada con infinidad de banderas rotas, trofeos conquistados en mil combates. En un edificio contiguo se encuentra el mausoleo de Napoleón, que es quizá el monumento más suntuoso en su género.

Quiero concluir esta relación con un dato numérico curioso. Como aquí todo está sujeto a cuenta, y de todo se obtiene exacta razón, ha podido averiguarse que en huevos solamente, se consume anualmente en París algo más de 8 mil millones y 600 mil francos.

Catorce horas próximamente se emplean para trasladarse de París a Londres, atravesándose en dos el borrascoso canal de la Mancha, donde, sea dicho de paso, se ha pensado seriamente en establecer un puente. No es pues imposible

¹ Véase la nota D al final del volumen.

que algún día la Inglaterra, hecha isla por la naturaleza, venga a ser por el arte una especie de península. En materia de adelantos, todo es permitido esperarlos: los límites asignados por Dios al progreso de la humanidad, nos quedan aún demasiado lejanos.

Habiendo conocido antes la capital francesa, no se experimenta grande admiración al llegar a la de la Gran Bretaña, porque a primera vista no dejan de asemejarse: es sólo al observar sus detalles que se notan las diferencias y aun los contrastes.

Londres es, sin disputa, la más grande ciudad, no sólo de Europa sino del mundo; pero no teniendo muralla ni límite alguno marcado, que la separe de los villajes inmediatos, no puede decirse en realidad dónde principia ni dónde acaba. El censo de la población que ahí se mira como urbana, es actualmente muy cerca de tres millones. Su trazo es quizá más irregular que el de París: los *bulevares*, esas grandes arterias que a la vez sirven de ornato a la ciudad, facilitan la renovación del aire y permiten atravesarla en línea casi recta desde sus partes mas opuestas, son aquí desconocidos. El turbio Támesis, bastante mas caudaloso que el Sena, batiendo en su flujo y reflujo los edificios de la orilla, por no estar en canalado, la divide casi por la mitad, cruzado por soberbios puentes que alcanzan a tener hasta 15 arcos gigantescos y 400 metros de longitud.

Lo primero que ahí extraña el viajero es la grande cantidad de humo que se ve esparcido por todas partes, proveniente de la mala calidad del carbón mineral que se consume y del prodigioso número de fábricas que existen dentro de la población; lo que a la vez oscurece la atmósfera y ennegrece los edificios, tizna las personas, precisándolas a lavarse varias veces. En los barrios comunes se observa la más grande actividad: apenas puede andarse por entre el torbellino de gentes, que visto de una altura parece un hormiguero. Se ha calculado sobre datos exactos, que por uno solo de los puentes alcanzan a pasar en un día como treinta mil personas de a pie, sin contar la multitud de carruajes, de ómnibus y de ferrocarriles que los cruzan, pues aún éstos últimos recorren la ciudad: y como ahí se paga en la mayor parte de los puentes (lo mismo que para visitar la Torre, subir a la cúpula, ver el tesoro, varios de los museos, etc.), puede suponerse cuál será el producto, por el contrario, están siempre silenciosos y casi del todo desiertos; y como las habitaciones permanecen cerradas y las plazas están ocupadas por bosquecillos que allá llaman jardines, pero que son *rastreros*, sin flores, sin fuentes y sin pájaros, todo aquello presenta un aire lúgubre, un aspecto casi sepulcral, que hasta cierto punto hace comprender el

esplín inglés. Sin embargo, yo estuve contento: sin el humo que ahí se respira y sin el frío de los inviernos, la vida de Londres me parecería agradable: me gusta el carácter cenobítico de ese pueblo, que busca la felicidad de puertas para adentro, en el hogar.

En los días de fiesta la soledad es general; los ingleses son tan rígidos en la observancia del domingo como lo eran los hebreos en la del sábado, pues no sólo se abstienen de trabajar, sino también de toda diversión; y aun se ha dicho, aunque dudo que sea cierto, que interrumpen las observaciones meteorológicas, por no creer lícito mirar los instrumentos en tales días. Lo propio se nota por la noche, pues mientras que en París el bullicio y la agitación se prolongan hasta cerca del amanecer, allá todo el mundo se recoge a buena hora: aquí son esencialmente festivos, allá metódicos.

Las casas, formadas de ladrillo y recubiertas de argamasa para imitar la piedra, de que carecen, son de poca altura, pues no exceden de cuatro pisos, y el primero, en que está la cocina, es subterráneo, hallándose separado de la calle por un foso angosto cercado o recubierto con rejas de hierro. La portada tiene frecuentemente un aspecto monumental. No hay patios, de modo que las habitaciones principian desde el zaguán, que está generalmente tapizado y muy limpio. El carbón y demás objetos que podrían ensuciarlo, se introducen por un ancho conducto, especie de buzón, que principia en el suelo de la calle, tapado con una compuerta de hierro y va a terminar en uno de los cuartos inferiores.

La gran metrópoli es, sobre todo, una población comercial y fabril, y escasa por lo mismo de monumentos; pero aunque no puede llamar la atención por su hermosura, posee objetos que le son peculiares y que la harán siempre de su grande interés para el turista.

En primer lugar está el famoso Túnel, doble galería subterránea que abre camino a pie enjuto por debajo del Támesis, de una a otra orilla, como si el genio de Brunel hubiera querido imitar la vara milagrosa de Moisés. Este célebre ingeniero, francés de nacimiento, fue el mismo que inventó una máquina para hacer zapatos sin costura.

Viene después el *Palacio de Cristal*. Los que no han leído su descripción, llena la imaginación con los sueños fantásticos de las *Mil y una noches*, esperan hallar un edificio formado todo de cristal macizo, el pavimento, las columnas, las paredes y las bóvedas; lo que al ser así, más que una maravilla sería un prodigio.

Mucho dista de tan bello ideal: mas no por eso deja de ser muy digno de visitarse. Puede mirársele como una enorme jaula, o más bien un vastísimo invernáculo, cuya armazón está toda formada con columnas y varillas de hierro, y los espacios intermedios, tapados con vidrios planos. Se halla situado fuera de la ciudad, en medio de un campo cubierto de jardines. Tiene la forma general de un templo, con una nave central, de la misma altura del edificio, y dos laterales, ocupadas por cuatro galerías o pisos sobrepuestos.

Construido para servir de lugar a las exhibiciones industriales, es a la vez un curioso museo y un rico bazar, en que se encuentra bastante qué admirar y mucho qué comprar. Lo primero que se nota al entrar, son unos grupos de estatuas vestidas, representando al natural los habitantes de las cinco partes del mundo. La nave central está casi toda cubierta de plantas exóticas, yerbas, arbustos y grandes árboles, entre ellos el laurel del alcanfor y el que da la canela, cultivados con el auxilio del calor artificial. En los lados hay varias salas que reproducen el estilo arquitectónico y las esculturas célebres de la antigüedad, contándose una egipcia, otra asiria, griega, romana, bizantina, una parte de la Alhambra de Granada, y una casa de Pompeya. En el centro está una orquesta en que pueden trabajar a la vez cinco mil ejecutantes, como se verificó en 1862. Hay galerías de pintura y de escultura, con los bustos de todos los hombres célebres; artefactos, productos naturales y varias curiosidades. Recuerdo un pedazo del cable trasatlántico de 1866, y varias nuestras de tabaco de Ambalema, Palmira y Girón, que además de su nombre de lugar tenían el nacional de Venezuela, haciendo ver lo ignorada que está aún nuestra geografía. Esto me hizo acordar de Deslandes, que refiere en su *Higiene* que los *peruanos* de las provincias de Quito y de Popayán mascan coca, que es como si dijera que los ingleses de las provincias de París y Nápoles son aficionados a la cerveza.

Existe también ahí un curioso barómetro formado con agua en vez de mercurio, cuya columna líquida tiene por consiguiente cerca de treinta y dos pies de altura, lo que hace ostensibles las más ligeras variaciones atmosféricas. Fuera del palacio se encuentra una torre muy elevada, de 400 escalones, de donde se goza de una vista admirable sobre la amena campiña de las inmediaciones. Pero lo que mayor interés inspira, es sin duda la *isla geológica*, situada en un bosquecillo de las cercanías, donde se ven, hechos en bronce y de grandor natural, el iguanodon, el pterodactilo, el ichthyosaurus y demás reptiles gigantescos de la época antediluviana, que el genio de Cuvier ha hecho revivir de sus osamentas.

Mas volvamos a la ciudad.

El jardín zoológico de Londres, la *menagerie* como dicen los franceses, es el primero en su clase, y merecería por sí solo un largo viaje. Es una grande extensión de terreno, cubierta de arbustos y de flores, regada por un canal, con lagos y fuentes, y dividida en compartimientos apropiados, donde se conservan, domesticados o cautivos, casi todos los animales importantes que existen en el mundo. Ahí viven la foca marina, el castor del Canadá, el reno y el oso blanco de las regiones polares, con el león, la hiena, la zebra, la jirafa, el rinoceronte, el avestruz y el hipopótamo del África; el elefante, el dromedario y la cabra almizclada del Asia, con el bisonte de Norteamérica, las alpacas y vicuñas del Perú, el canguro de la Australia, el tatabro y el tigre de nuestras selvas. Se ven los grandes lagartos de la zona intertropical, las serpientes venenosas del Brasil, el áspid de Egipto, el ave hermosa del paraíso, el armadillo humilde que cava su habitación en la tierra, y el cóndor altivo que establece su nido sobre las rocas más encumbradas de los Andes. Ahí canta el ruiseñor, gime la tórtola, grazna tristemente el búho, ruge la pantera, charlan los loros, y las ardillas y micos hacen piruetas junto al paciente camello o al perico-lijero inmóvil (*bradypus*). Aquello es, pues, casi una reproducción del arca de Noé.

No pude resistir al antojo de montar en un elefante. Paseándome sentado en su lomo, yo veía un horizonte mucho más extenso que el que Dumas describe con gracia por haber hecho al Sinaí un viaje en camello.

Pasemos al jardín botánico de Kew, otro de los establecimientos sin rival, de que la Inglaterra puede justamente lisonjearse. Aunque situado a más de dos leguas del centro de la ciudad, se llega en un instante por el ferrocarril. Es una magnífica exhibición, iba a decir una asamblea de vegetales, en que las *floras* de todos los países están abundante y lujosamente representadas. Los árboles, arbustos y yerbas de Europa, cultivados en pleno aire, aunque cuidados con esmero y dispuestos de la manera más agradable a la vista, nada ofrecen de particular, que no se halle en otros establecimientos de ese género; pero en cuanto a las plantas tropicales, que se tienen en invernáculos, es decir en grandes cámaras de vidrio, expuestas por consiguiente a la acción benéfica del sol, y el agua, hay una profusión admirable. Allí encontré en plena fructificación, gracias a esa temperatura dada por el arte, nuestro plátano (*musa*), la piña (*ananasa*), el café y multitud de esos vegetales de la zona tórrida.

Paseándome junto a palmeras elevadas, bajo el follaje de árboles que me eran bien conocidos; viendo crecer a mi lado helechos colosales, aroideas gigantes-cas, y colgarse en columpio nuestros bellos bejucos; mirando las orquídeas, que

adheridas a los troncos ostentaban sus extrañas flores, y las *alstræmerias*, que elevándose en espirales dejaban pendientes sus vistosos corimbos, yo me creía transportado a esas selvas encantadas de la América, que tanto amaba Mutis, y donde más de una vez, estudiando las maravillas de la creación, escrudiñando los secretos de la naturaleza, yo también había logrado olvidar las penas de la vida, y hallado para el alma goces puros y fruiciones inefables. Pero en vano trataba de aspirar el aroma silvestre del abebe (*renealdia*); en vano escuchaba para oír el chirrido de las cigarras, que cantaran en las ramas, o para percibir a lo lejos la dulce melodía del torrente, murmurando entre las piedras, oculto en la espesura... Nada de eso había: me hallaba en las márgenes del Támesis, lejos, bien lejos de esas riberas del Gualí,² en cuyo bosque umbrío y en cuyas ondas fresquísimas y límpidas, hallé en otro tiempo gratos instantes de solaz.

Otro de los objetos remarcables es la catedral de San Pablo, que dicen haber costado ocho millones de duros, y que después de la de San Pedro en Roma y la de Santa Sofía en Constantinopla, se considera ser la mejor en el mundo. Se alza en medio de un cementerio, que por una de esas aberraciones propias del carácter inglés, existe dentro de la población, separado de las calles por sólo una verja de hierro.

Al exterior, su mole inmensa, la pureza de su estilo griego, las estatuas colosales que le sirven de ornamento, y su alta cúpula, que se eleva a 112 metros del suelo, le dan un aspecto muy imponente; pero en el interior la impresión es bien distinta. Mientras que los templos católicos están habitados por Dios en persona, bajo la forma del Sacramento, y decorados con altares en que se tributa veneración a la virtud, allí todo está desierto: nada hay que revele que aquel es un lugar sagrado, sitio siquiera de oración. La *religión reformada*, comenzando por protestar contra la autoridad del jefe de la iglesia romana, el único que puede hacer venir su sucesión de los apóstoles, acabó por protestar contra todo, por abolir todo culto, reduciendo sus *oficios* a leer en coro algunos pasajes de la Biblia, que cada cual está en su derecho para interpretar a su acomodo.

¿Quién no ve que aquella no puede ser una institución divina; que Dios, sabiduría infinita, perfección por esencia, no ha podido dejar su obra así, tan imperfecta, tan desordenada, sujeta al mero dictamen de personas sin carácter, sin unción, sin ninguna misión sacerdotal? ¿Quién, procediendo de buena fe, no

² Río de Mariquita, uno de los afluentes occidentales del Magdalena.

protesta a su turno contra la sinrazón, contra lo disparatado de tal creencia, que por sí misma, por el desconocimiento de toda autoridad, por su máxima del libre examen, está sujeta a dividirse hasta al infinito en las sectas más contradictorias? ¿Quién puede creer que un sendero tan vago, tan sin guías, sea el camino de la verdad?

A falta de imágenes para adornar el templo, han apelado a sus difuntos almirantes, erigiéndoles bellas tumbas y haciendo así, de la catedral, un verdadero panteón. Ahí están sepultados Nelson y Wellington, sus dos más grandes notabilidades guerreras. La cúpula, a la cual puede subirse mediante unos chelines, tiene por el interior una curiosa galería acústica, donde por efecto de su construcción, hablando en voz sumamente baja en un lado, oye perfectamente una persona colocada en el punto diametralmente opuesto, a 45 metros de distancia.

La Torre de Londres, antigua fortaleza y prisión de Estado, célebre por haber sido el teatro de horrorosas tragedias, hoy no es más que un curioso museo militar, que tiene su equivalente en el de artillería de París. Se encuentran ahí, dispuestas con gusto formando graciosas figuras, toda suerte de armas ofensivas, y colecciones completas de las pesadas armaduras de la época caballeresca, entre ellas la que usaba el memorable Enrique VIII. Muestran el hacha con que fue decapitada Ana Bolena, el lugar de su sepultura y los de Catalina Howard y del canciller Tomás Moro. Exhiben también las joyas reales, que según pretenden, valen diez millones de pesos.

La vieja abadía de Westminster, que es todavía el lugar donde se celebra la coronación de los reyes de Inglaterra, es otro edificio monumental, lleno igualmente de sepulcros, entre los cuales se notan los de Shakespeare, Watt, la infortunada María Estuardo y el del célebre autor del *Paraíso perdido*. No lejos de ahí se encuentra el palacio del Parlamento, que aunque moderno, está construido en el mismo estilo gótico de aquellos tiempos, tan majestuoso, tan sombrío y a la vez tan bello y tan rico de detalles. Para hacer en él la ilusión más completa, aún los empleados que ahí había llevaban togas y largas pelucas blancas y trenzadas, para indicar, por la edad supuesta, juicio del que tal vez carecen: puerilidad que contrasta abiertamente con la sociedad inglesa. Lo mismo observé en los lacayos que guiaban los coches de la aristocracia, los cuales tenían el cabello pintado con tierra blanca: restos de la tonta vanidad de los pasados siglos, que necesita aún un poco más de filosofía para desaparecer.

Los museos de Londres son sin duda de los más importantes. El Británico, bajo el punto de vista de la historia natural, nada deja qué desear, y como colección arqueológica es uno de los primeros en el mundo. En él se conservan los ponderados relieves del Partenón, *conquistados* por lord Elgin. El de Kensington es particularmente notable por los objetos científicos y la maquinaria, y el de la India contiene muchas peculiaridades de aquel país, entre las cuales me llamaron la atención unas muestras de cartón y de telas hechas con las fibras de muchas plantas que nosotros poseemos y no utilizamos con tal objeto, como el plátano, la piña, una asclepias y una sida (*escoba babosa*).

Concurrí a algunos de los principales teatros, que si por su arquitectura no me inspiraron interés, por sus representaciones me parecieron fríos. Más digna de atención es la colección de estatuas de madame Tussaud, hechas en cera y de grandor natural, que representan con bastante perfección la mayor parte de los personajes históricos de los tiempos modernos.

En las plazas se encuentran también algunas estatuas, de bronce o de mármol, tales como la del ilustre físico Cavendish, que logró, por medio de la balanza de torsión, *pesar* el globo terrestre y determinar su densidad; la del célebre Peel, de Jorge IV, y otras; pero las únicas notables son la de Nelson, de pie sobre una alta columna en la plaza de Trafalgar, nombre que recuerda a la vez su victoria y su muerte, y la ecuestre del duque de Wellington. Esta última, con el guerrero vestido y montado a la romana, es decir en alfombra, sin silla ni estribos, como las hay también en París, es un imperdonable anacronismo. Tales estatuas, más bien que a un héroe de aquellos tiempos, se me parecen a los criados a quienes se envía por las bestias y se vienen montadas en *pelo*. No sólo la historia sino también el sentido común, exigen que se representen los personajes con los trajes correspondientes a su época. Es sin duda una necedad creer que todavía hoy el heroísmo y la grandeza, para ser reconocidos, hayan de llevar el coturno y la clámide de los antiguos romanos, que si no le llaman bárbaros, es porque se les compara a otros pueblos que lo eran más que ellos.

La casa de moneda, la bolsa, el palacio de Somerset y el arsenal son igualmente dignos de atención; pero dejemos ya las costas del Albión para volver a Francia.



V

El 29 de mayo por la tarde salía yo de París por el bulevar Mazas, y sentado en un tren del ferrocarril de Lyon, emprendía mi viaje al Asia. Me acompañaba un amigo que deseaba ardientemente, como yo, visitar la Palestina, para volver a descansar tranquilo al lado de los suyos. Iba contento, y sin embargo, la tumba lo esperaba abierta en su camino: él no debía volver a ver su patria, su familia, ni su hogar.

¡Ah! ¡Qué infeliz fuera el hombre si Dios, en su munificencia, hubiera agregado a sus dotes el conocimiento del porvenir! ¡Qué sería de nosotros sin ese velo de rosa con que la imaginación nos encubre la fea desnudez de la vida! Si el hombre, al llegar a la edad de la razón, pudiera contemplar en un solo cuadro todos los desengaños y las amarguras que lo aguardan, ¡cómo retrocedería espantado! Si las lágrimas que ha de verter desde la cuna al sepulcro, hubiera de derramarlas de una vez, ¡quién podría contener el torrente?, ¡qué mano bastaría a enjugarlas?

Si alguien pudiera hacer a la humanidad el don funesto de enseñarle a descifrar lo futuro yo no vacilaría en mirarlo como el primero de los malefactores.

Todos, en la infancia, hemos sonreído acariciados por una aurora de ventura que nos presagiaba hermosos y apacibles días; todos hemos soñado con un sendero de flores que conducía a la felicidad. ¿Y quién la ha hallado después? Buscad sobre la tierra uno solo que se crea dichoso, y sin duda no lo hallaréis; preguntad por los desgraciados, y su voz os ensordecerá...

¿Cómo no reconocer, pues, en ese estado anómalo del hombre, en esa tendencia vana hacia una felicidad que no existe en el mundo, cómo no reconocer, digo, su origen superior, su caída de un estado primitivo más perfecto? ¿Cómo

no ver en él un astro que ha salido de su órbita, por el choque violento de otro cuerpo, y que se agita en el espacio buscando el foco que debía atraerlo?

El camino que tomamos se dirige al sudeste, cruza el Marne cerca de su confluencia con el Sena, continúa costeano la ribera derecha de este último, y va a atravesarlo hora y media después, al salir de Melun. Los terrenos, generalmente llanos, aparecían cultivados por todas partes: se veían verdes alfombradas de centeno, céspedes limpios esmaltados con las flores de fuego de las amapolas, fajas extensas cubiertas de nabinas de amarillas espigas, y alfalfaes oscuros con sus capullos rosados; y de vez en cuando, algunas colinas de suave pendiente, sembradas de vides. Sin embargo, aquellos campos sin casas, sin cercas, sin divisiones, porque pertenecen a grandes propietarios que los hacen beneficiar por jornaleros, me parecían monótonos y tristes, y me hacían recordar a Antioquia, país venturoso, donde hasta el pobre labriego es dueño del suelo en que planta su huerto y establece su hogar.

Yo meditaba en el raro patriotismo de esas gentes, que sin un palmo de tierra que les pertenecen, defienden con denuedo el país en todas las ocasiones. ¡Ah! el amor patrio es una planta privilegiada, que como los pólipos marinos, se adhiere con tenacidad aun a las rocas. Es que Dios en su sabiduría, ha puesto en el corazón del hombre afectos arraigados por todo aquello que gozó en la niñez. ¿Quién habrá tan insensible que llevado lejos de la patria, por los vientos caprichosos de la fortuna o la desgracia, no haya echado de menos mil objetos y deseado poder trasladar consigo los sitios predilectos que amó infantil, el árbol que le dio sombra, el arroyuelo que lo adormecía con su murmullo o que apagó su sed, la pradera en que corría, la colina a donde iba a sentarse?

Casi a las dos horas de camino llegamos a la floresta sombra de Fontainebleau, que atravesamos sin alcanzar a ver la ciudad ni el castillo, velados por las altas encinas. Entre los muchos recuerdos que ese paraje despertaba, me detuve a reflexionar en la cautividad que sufrió el virtuoso Pío VII en 1812, y en el trágico fin de Napoleón, que señor de la Europa, caía allí mismo desde su alto trono, herido por los rayos del Vaticano, y conmovido y lloroso partía para la isla de Elba. Escrito está en el libro de los libros: “Contra el Señor no valen sabiduría, prudencia ni consejo: aparéjense los caballos para el día de la batalla, mas quien de la victoria es el Señor”.¹

¹ Sm 31, 30-31.

Poco después atravesamos un canal que comunica el Loira con el Sena; llegamos a Montereau, situada sobre el Yone, cuyo puente recuerda el asesinato de Juan sin Miedo, duque de Borgoña, acaecido en 1419; pasamos por Sens, digna de mención por su concilio de 1140, en que el elocuente abad de Clairvaux, el apóstol de la segunda cruzada, confundió a Abelardo e hizo condenar sus obras; cruzamos el Yone, costeamos otro canal que queda a la izquierda, atravesamos el Armanzon y llegamos a Mombart, patria de Buffon, colocada sobre una colina. Aún se conserva el castillo que habitaba el célebre naturalista, donde compuso la mayor parte de sus obras, que le merecieron el justo renombre de *Plinio francés*.

Más adelante se encuentra una población llamada Blaisy-Bas, a la entrada de un túnel de una legua de longitud, que ha costado dos millones de pesos fuertes, y que atraviesa los cerros que separan las hoyas hidrográficas del Sena y el Saona. Después está Malain, con el Castillo de Urey que el señor de Lamartine ha hecho célebre en sus *Confidencias*. Era de un tío suyo, y en él compuso, siendo joven, una parte de sus *Meditaciones*, que le han adquirido su mejor gloria.

Llegamos en fin a Dijon, la antigua capital de la Borgoña, y hoy de la Costa de Oro. Está situada en una llanura, al pie del monte África, a 64 leguas de París. En el siglo pasado figuró casi tanto como esta última ciudad; pero hoy se encuentra muy decaída de su rango. Bástale, sin embargo, haber dado nacimiento al gran Bossuet, para que el viajero no pueda mirarla sin interés. Su catedral gótica, construida sobre el lugar donde fue martirizado San Benigno, a quien está dedicada, tiene una flecha de 92 metros de elevación, y encierra los restos de Juan sin Miedo y de Felipe el Atrevido. Hay algunos paseos, museos ricos en antigüedades, jardín botánico, academia y varias sociedades científicas. En una calle hay una buena estatua de bronce, de San Bernardo.

Esta ciudad es la patria del anatomista Chaussier y de Guyton de Morveau, a quien la humanidad debe la aplicación del cloro como desinfectante, hecho de suma trascendencia en los anales de la higiene. Es sensible que pese sobre él el cargo de haber contribuido con su voto, como miembro de la Convención, a decapitar al infortunado Luis XVI. Cuando un hombre se distingue por su talento, se quisiera siempre ver lucir en sus sienas la aureola de la virtud.

De Dijon en adelante, el camino sigue más o menos al sur; se pasa otro de los numerosos canales que facilitan la comunicación de esas comarcas; se costea el Saona, que queda a la izquierda; cuando el tiempo es bueno se percibe a lo lejos la cordillera del Jura coronada por el Monte Blanco, la más elevada de las

montañas de Europa (4.810 metros), y se llega en fin, después de cinco horas de ferrocarril, a la ciudad de Macon, patria de Lamartine.

Está situada en un llano, a la derecha del Saona. Es muy mercante en vinos y en granos, pero triste, silenciosa y sin nada notable, sino es el raro tocado de las campesinas. Llevan sobre la cabeza un gran círculo de carbón puesto horizontalmente, con un delgado cilindro vertical en el centro, figurando como un pie de copa, forrado todo en encaje negro, y con cuatro anchas fajas pendientes de los bordes del disco, a manera de cortinas; lo que en vez de ser hermoso, les da un aire sumamente grotesco.

En Macon dejamos el camino de Lyon, que sigue casi al sur, y tomamos de nuevo el sudeste, atravesando el Saona para dirigirnos hasta los Alpes. En una hora llegamos a Bourg, patria del astrónomo Lalande, y poco después penetramos en un valle angosto, llamado de la Albarina. Más allá las montañas se aproximan y acaban por encajonar el camino en una garganta árida, estéril y desapacible. Franqueamos el monte Colombier, a cuyo pie está Culoz; atravesamos el Ródano sobre un puente de hierro; llegamos al lago Bourguet, que se costea de norte a sur por más de tres leguas de longitud; recorrimos varios túneles, y entramos en Chamberí, capital de la Saboya, y obispado que fue de San Francisco de Sales. Se encuentra en un llano alegre y fértil, en medio de altas montañas, regado por el Aliso y el Albano. Chateaubriand al describir con entusiasmo la campiña donde existen las ruinas de Esparta, la compara a Chamberí.

Desde allí se veían los Alpes con sus crestas cubiertas de nieve. Los contrafuertes próximos aparecían áridos, desnudos casi de vegetación, cortados por derrumbes que mostraban sus exquisitos inclinados, haciendo ostensible su formación por levantamiento de la costra terrestre, y superados de picos agudos. De sus vertientes descendían varios arroyos, pero turbios e impotables por el constante desmoronamiento de las montañas. En algunas partes de las faldas y colinas, llenas de pretilos en escalones para detener los abonos, estaban cultivadas a fuerza de industria y de labor, revelando la lucha incesante del hombre con ese suelo infecundo.

Continuamos nuestro viaje, y en cuatro horas más arribamos a San Miguel, pequeña población situada al pie de la cordillera, donde termina el ferrocarril actual.

Era domingo, y los sencillos aldeanos celebraban a esa hora, con toda la solemnidad de que eran capaces, una procesión pública. No puede contemplarse sin emoción el espectáculo de un pueblo, por reducido que él sea, en

que niños inocentes, mujeres candorosas y ancianos venerables, cuyos cabellos han blanqueado ya los azares de la vida, se juntan a tributar de consuno el homenaje de sus adoraciones al Criador, inclinando reverentes ante él sus cabezas y reconociéndolo por su legítimo soberano y protector. El escenario agreste que me rodeaba, el valle sombrío, las altas montañas, el ruido de los torrentes, y las nubes plomizas que velaban el sol, realzaba a mis ojos el interés del cuadro. Sin duda, no han visto escenas semejantes los filósofos semicatólicos que niegan la utilidad del culto externo, pretendiendo que no ejerce influencia sobre el corazón.

En adelante el sendero se interna en una cañada estrecha, verdadero desfiladero, encerrado entre escarpas vestidas de pinos y de abetos y recorrido por el Arce, cuyas riberas estaban sombreadas por nogales y saúcos en flor. Casitas tristísimas, formadas de piedras simplemente sobrepuestas, sin argamasa alguna, aparecían de vez en cuando en los recodos. Encontramos después la fortaleza llamada de Esseillon, donde acostumbraban poner una guarnición militar, y más lejos aún el villaje de Laus-le-Bourg, donde principia propiamente la ascensión del Monte Cenís. De este punto hasta Susa, que es la estación del ferrocarril italiano, del otro lado de la cordillera, se calculan 37 kilómetros de distancia (como nueve leguas) que se andan en cinco horas en diligencia, es decir, en carruaje tirado por caballos.

Se cree que por esa parte hizo el grande Aníbal el pasaje de los Alpes, con su armada de doscientos mil españoles y africanos; y si hemos de admirar todo lo que dicen los historiadores, escaló las rocas con vinagre. Mario, Pompeyo, Constantino y Carlo Magno condujeron por ahí mismo sus ejércitos, cuando aquello era casi intransitable.

La vía actual, aunque se eleva hasta 2.100 metros sobre el nivel del océano, forma una suave pendiente que no excede de 70 milímetros por metro. Su apertura se principió en 1803, por orden de Napoleón, habiéndose empleado 15 años y millón y medio de duros en su construcción. Pronto estará reemplazada por un ferrocarril ascendente, y más tarde por un túnel, hoy en construcción.

Por una fatal combinación de los trenes del camino de hierro con la diligencia, nos vimos precisados a hacer la travesía por la noche. La luna, que debido a las sinuosidades de la ruta parecía mecerse en el espacio, próxima al horizonte, ya hacía brillar los yelmos de plata con que aquellos gigantes de los montes revestían sus frentes, ya se ocultaba tras los altos picachos y proyectaba sombras inmensas sobre las pendientes, las cañadas y los abismos. En lo alto

del tránsito se encuentra un gran lago, que permanece helado seis meses en el año: a su lado se destacaba la silenciosa casa del *Hospicio*, donde existió antes un convento de benedictinos.

Eran ya las doce. En otro tiempo, a esa misma hora, aquellas soledades debieron resonar con la voz cascada de los monjes, que como los jóvenes de Babilonia, invitaban a la naturaleza entera, —a los montes y a los valles, a las nieves y a los vientos, a las lluvias y al granizo, al cielo y a la tierra—, a bendecir y a alabar a su Creador. ¡Ah! qué imponente, qué majestuoso sería ese concierto de voces humanas, repercutido a tales horas en las concavidades de los cerros y elevándose unísono con el rumor de los torrentes, hasta el trono de Dios.

Pero ahora todo era silencio, desierto y lobreguez. ¡Ah! era que en otro tiempo cuando el hombre se hallaba agobiado por las amarguras, oprimido por las injusticias sociales, lleno de desengaños, podía sepultarse en la soledad de un claustro, a buscar en el retiro y la oración bálsamo para sus dolores, sosiego para su alma, paz para su espíritu angustiado; le era permitido desdeñar las galas y las vanidades del mundo, vestirse con el burdo sayal del cenobita e ir a morir tranquilo sobre la paja o la ceniza, en brazos de su religión y de su Dios... ¡Pero hoy... ah! hoy los pueblos *cultos*, en nombre de la Libertad, que sanciona todo derecho, en nombre de la Justicia, que exige igualdad para todos, le niegan ese consuelo. Y sin embargo la humanidad no ha cambiado: el corazón es inmutable, y en su sendero habrá siempre espinas y dolor...

Pero los gobiernos se creen detenidos en su marcha progresiva, grandemente embarazados, teniendo a la vista esos pobres hombres, que extraños a la política del mundo, fincan todo su anhelo en aliviar al desgraciado, en llevar al moribundo los sólidos consuelos de su fe, en enseñar al huérfano alimentar al mendigo, y en orar a Dios para que dé la salud al enfermo, la lluvia a los campos, la bendición a las cosechas, la paz a las naciones.

Sumido en tales reflexiones, descendí con rapidez el declive oriental de la montaña; llegué a Susa, la antigua Sugusio de los romanos; en dos horas de ferrocarril recorrí gran parte de la llanura, bañada por el Doria, que va a desaguar en el Po, y entré en Turín.



VI

Turín, la antigua capital de la Cerdeña, es una gran ciudad de 150 mil habitantes. Está situada en una llanura, con pequeñas colinas hacia el norte, atravesada por el Po, que corre al nordeste para desembocar en el Adriático, y sobre el cual tiene buenos puentes. Era notable desde tiempo de los romanos, en que fue tomada y saqueada por Aníbal. Sus calles son rectas, trazadas con regularidad; las casas, generalmente de muchos pisos, son de buena apariencia, y algunas están precedidas de pórticos o galerías en arcos. Hay varias plazas decoradas con estatuas, una del célebre geómetra Lagrange y dos ecuestres, de Carlos Manuel y de Manuel Filiberto, el famoso vencedor en San Quintín. Existen también algunos jardines públicos y un hermoso paseo, sombreado de árboles y adornado con esculturas de mármol.

Visité el palacio real, residencia de Víctor Manuel antes de trasladarse la corte a Florencia: tiene lujosos aposentos, algunas pinturas, rica locería de la China, una galería de estatuas y un bello jardín.

La sala de armas, la biblioteca pública y el museo son bien notables. Este último, que contiene colecciones zoológicas y de bellas artes, es, sobre todo, rico en antigüedades egipcias. Me llamaron la atención varias momias, que por la conformación del cráneo, la nariz aguda, los labios delgados, la boca proporcionada y el cabello lacio, muestran claramente que pertenecían a la raza asiática, y no etiópica como se había supuesto. Hay papiros, ídolos y una cabeza colosal de Juno, encontrada en Alba Pompeya.

Una de las particularidades de Turín es la Capilla de la Sábana Santa, que existe en la catedral, iglesia contigua al palacio real con el cual comunica. La capilla está construida en el fondo, detrás del altar mayor, y elevada sobre el piso principal del templo, siendo preciso subir, de uno u otro lado, por una escalera

de treinta y tres gradas. Toda ella está hecha de mármol negro, lo que le da un aire lúgubre propio de su objeto. Se compone de una rotonda superada por una cúpula, descansando en columnas de orden compuesto, de bases y capiteles dorados, dispuestas en pares y cuyos arquivadros forman balcones o pequeñas galerías. Los intermedios de las columnas están ocupados por estatuas, en mármol blanco, de los príncipes de la Casa de Saboya. El suelo, embaldosado con mármoles alternativamente blancos y negros, tiene incrustadas grandes estrellas de bronce dorado. En el centro, sobre una plataforma un poco elevada, se levanta un túmulo, también de mármol negro, rodeado de una balaustrada adornada con ángeles; en sus faces anterior y posterior hay altar para celebrar la misa, y encima, dentro de un enrejado de bronce coronado por una cruz, está encerrada la doble caja, de madera y de plata, que contiene la Sábana. Cuatro lámparas de plata arden constantemente ahí.

Esa reliquia, cuya autenticidad no entro a juzgar, fue traída del Oriente en el siglo XVI, por Guillermo de Villar Sexel, y estuvo depositada en Chamberí hasta 1578, en que San Carlos Borromeo la trasladó a su lugar actual. Como no es permitido mostrarla sino en épocas determinadas del año, hube de contentarme con la siguiente relación. Es de lino, como de dos metros de longitud y uno de latitud, perfectamente blanca, menos en el centro donde presenta una marca confusa, como indicando el cuerpo de N. S. Jesucristo.

Saliendo de Turín por el sur, y continuando después casi directamente al este, se recorren en poco más de doce horas las ochenta leguas comprendidas entre aquel punto y Bolonia. El ferrocarril atraviesa llanos ligeramente ondulados, que pocas veces presentan verdaderas colinas.

Los campos que se extendían a la vista estaban por doquiera cubiertos de labor; y en vez de esa compostura y simetría que había admirado en Francia, allí brotaba todo con una pujanza y un desarrollo semisalvajes que no carecían de atractivo. La excelencia del terreno, que se revelaba en la abundancia y la belleza de los frutos, hace comprender por qué los romanos honraban tanto la agricultura, por qué los cincinatos y los fabios, cuando entregaban el bastón de la dictadura o colgaban sus espadas de guerreros, volvían solícitos a empuñar el arado. Entonces, como ahora, la verdadera prosperidad de la Italia estaba basada en la fecundidad de su suelo.

El pan, el vino y el vestido brotaban a porfía por todas partes. Aquí eran grandes fajas de trigo, de espigas doradas, próximas a la siega; allá hileras de olmos en que las vides se colgaban en columpio, cuajadas de jugosos racimos; acá

crecía el cáñamo que debía abrigar al pobre; más allá las moreras que alimentan el infatigable gusano, que hilaba seda para vestir al opulento; de una parte se mostraban las humildes hortalizas, —la haba nutritiva engalanada de blancas flores, el rojo tomate, la abundosa papa y las cebollas preciadas del Egipto—, y de otro lado la vista iba a reposar sobre el verde apacible del follaje del maíz, en cuyos tallos se envolvían las espirales del frisol. Yo me complacía al hallar nuestro buen grano americano, cual podría decir antioqueño, dando beneficios en extraño suelo, aunque el italiano, que ignora su origen, lo llama *grano turco*. Lo saludé con gusto: a su vista yo sentía algo como el aliento perfumado de la patria, y más de un afecto vago se revolvía en mi interior. Sentimientos nimios, pueriles sin duda; pero si tal es el corazón humano, ¿quién podría cambiarlo?

Yo volví a ver después nuestro maíz, nuestras papas y nuestros tomates, cultivados en las márgenes del Nilo y entre las breñas de la Siria. El comercio, la navegación, los viajes, han comunicado todas las zonas, difundido sus productos y hecho del globo una heredad de hermanos.

En el tránsito pasamos por Asti, ciudad de 28 mil habitantes, que vio nacer al sentimental Alfieri; atravesamos el Tanaro y llegamos a Alejandría, plaza fuerte, de más de 50 mil almas, con buenos edificios y paseos, y que debe su nombre al papa Alejandro III. El cielo de la Italia, generalmente de un bello azul, estaba ese día nublado como con el humo de un combate, lo que me recordaba que no lejos de ahí se encuentra el campo de Marengo donde, 68 años antes, el Capitán de nuestro siglo alcanzaba una de sus más renombradas victorias.

Los Apeninos se muestran en seguida en lontananza, del lado del sur. Se atraviesan por puentes de hierro el Escrivia, el Tortona, el Voghera y el Estafore, que llevan sus aguas al Po. A la derecha, sobre una colina, aparece Castegio, que como para recordar que fue reducida a cenizas por Aníbal, ha conservado en una fuente el nombre del bravo cartaginés. Mas allá se encuentra Plasencia, tan llena de recuerdos; Parma, que refleja aún la gloria de Correggio; la ciudad del Reggio, que puede enorgullecerse de ser patria del divino Ariosto, y últimamente Módena; todas ellas cercadas de murallas del tiempo de los ducados. Se encuentran después varios puentes sobre el cauce desecado de los torrentes, que en la estación de las lluvias inundan el país y causan mil desastres; se pasa, en fin, el Reno y se llega a Bolonia.

Moreras, olmos vestidos de vides, algunos trigales, muchas quintas y castillos ocupaban toda esa comarca. Las mujeres manejaban la azada, ayudando en sus tareas a los hombres, y como ellos, iban descalzas, espectáculo que me agradaba,

porque es más conforme con la naturaleza; mientras que en el norte de Europa había hallado los agricultores luchando con el clima, tratando de trabajar metidos en zuecos de palo, con medias y gorros de lana. Decididamente, no simpatizo con los climas fríos. No llevaría sin embargo mi entusiasmo hasta aplaudir al viejo Catón, que según sus biógrafos, trabajaba completamente desnudo con todos sus esclavos.

Bolonia, que pertenece hoy al Reino de Italia, era la segunda ciudad de los Estados Pontificios, pues su población asciende a 75 mil habitantes. Se halla situada en la llanura, entre el Reno y el Savena, hacia el pie de un contrafuerte de los Apeninos, y cercada de murallas, con doce puertas. Sus calles, anchas y rectas, tienen todas pórticos o corredores de arcadas, que las hacen frescas y cómodas para el tránsito; pero el aspecto general de la ciudad es triste y de antigüedad. Tiene castillos de la Edad Media, numerosas iglesias, notables por la elevación de sus torres. En la de San Petronio, muy espaciosa, hay una puerta bellamente esculpida, y en la de Santo Domingo se conserva la tumba del santo fundador, que vivió y murió ahí.

Las famosas torres inclinadas, que están inmediatas a la iglesia de San Bartolomé, son cuadrangulares y hechas de ladrillo. Fueron construidas en 1100. La de los Asinelli tiene 88 metros de altura y más de uno de inclinación fuera de la vertical; se sube por una escalera de 449 grados. La de los Garisendi alcanza solo a 49 metros de elevación, pero está inclinada algo más de dos metros y medio.

En la plaza mayor hay una fuente notable por una estatua de Neptuno y unas sirenas de bronce.

Otro de los monumentos dignos de mención, es la iglesia de la *Madona de San Lucas*, donde veneran una imagen de la Virgen, esculpida en cedro, y que atribuyen al santo evangelista. Está edificada en el cerro, como a una legua de la ciudad, y se va a ella por una galería cubierta, de 640 arcadas, que principia cerca de la muralla.

Bolonia tiene museo, universidad, famosa en otro tiempo y que contó en su seno a la célebre Cayetana Agnesi, que a los once años profesaba el latín y el griego; es patria de Galvani, el descubridor de la electricidad dinámica; del Dominiquino, llamado el *Segundo Rafael*; de los Carracios, del papa Benedicto XIV y del piadoso anatomista Mondini, el primero que disecó cadáveres en Europa (1440), y que por respeto al bautismo no se atrevía a abrir el cráneo.

Al siguiente día continué mi viaje, atravesando campos del mismo aspecto y la misma lozanía que los que dejaba atrás. A la izquierda se extendían sin límite

aparente; a la derecha se veía el contrafuerte que sirve de respaldo a Bolonia y que se prolonga formando una cordillera deprimida, sembrada de casas, castillos y poblaciones, para ir a terminar 20 leguas más allá.

Se encuentran al paso varias ciudades notables: Bertinola, colocada sobre un cerro; Mirándola, en la llanura, que recuerda el talentosísimo Pico, que a la edad de diez años era consumado orador, poeta y erudito; Imola, donde los franceses obtuvieron una de sus victorias contra los austríacos; Faenza, afamada en otro tiempo por sus fábricas de loza (de donde la voz francesa *faïence*), y que vio nacer a Torricelli, el inventor del barómetro; Forli, que conserva las cenizas del ilustre Morgagni (en la iglesia de San Jerónimo); Forlimpópolis, y en fin Cesena, del otro lado del río del mismo nombre, y que es patria de Pío VI y Pío VII. Se encuentra después Saviñano; se pasa el Rubicón, que oyó pronunciar a César su *Alea jacta est*; se llega a Santo Arcángelo, patria de Clemente XIV, y luego a Rímini, sobre la ribera del Adriático.

¡Qué golpe de vista tan espléndido se me ofrecía! ¡Jamás había yo contemplado el mar tan bello! Ese gigante que sabe en su furor sacudir sus melenas, chasquear los dientes y arrojar espumas, aparecía ahora como dormido a las caricias de un hada encantadora. La bóveda celeste, en la cual se paseaban algunos cirrus nevosos, reflejaba sobre él y sobre la tierra un tinte de lo más agradable.

Era como un inmenso lago de leche; su superficie, tersa como un espejo, no presentaba la más ligera arruga, el más pequeño oleaje; cerca de la costa estaba coloreado en fajas irisadas que insensiblemente iban a confundirse en el más apacible azul; multitud de naves veleras, al parecer inmóviles, se veían a lo lejos y le daban semejanza con las vastas sabanas de la América, cubiertas de blancas reses. ¡Yo contemplaba a la vez el cielo, la tierra y el mar en su más risueño aspecto!

Aquel era uno de esos magníficos panoramas, de esas escenas espléndidas en que el viajero admira las bellezas de la creación sin poder describirlas, y que graban en su memoria gratos e imperecederos recuerdos. Un cuadro semejante habría sin duda visto Napoleón a su regreso de la isla de Elba, y a él se refería cuando, desesperanzado ya de su curación, decía al doctor Antomarchi en Santa Elena: “¡Hoy hace seis años estaba el cielo bellamente azul y vestido de blancas nubes. Yo sanaría si volviera a ver ese cielo y esas nubes...!”

Rímini era en tiempo de los romanos población de alguna importancia; fue la primera que ocupó César cuando hubo pasado el famoso río; hoy es un

pequeño puerto, de 16 mil habitantes. Ella hace recordar a Francisca, la protagonista de la tragedia de Silvio Pellico y del Dante. San Antonio de Padua, uno de los héroes más simpáticos del cristianismo, cuya palabra inspirada convirtió muchos a la fe, predicó largo tiempo ahí. Cerca de la ribera existe una capilla en el punto donde, según la tradición, estaba predicando un día, y como las gentes no le atendiesen, salieron los peces a escucharlo.

Desde Rímini el ferrocarril continúa por la orilla del mar. En 28 minutos se llega a católica, pequeña población cuyo nombre se debe a la acogida que, en 359, dio a los obispos ortodoxos que se separaron de los arrianos en el concilio de Rímini. Se recorre en seguida un fértil valle, se atraviesa una colina por un túnel de dos millas, y se encuentra a Pésaro, la patria de Rossini. Una estatua de bronce, colocada a la izquierda de la estrada, representa al célebre músico, sentado y desarrollando una hoja de nota. Más adelante está Fano, y después el Metauro, donde los cónsules Livio y Nerón derrotaron a Asdrúbal.

A la derecha, no muy distante, se halla Urbino, la ciudad de Rafael, y en el camino, a seis horas de Bolonia, se encuentra Sinigaglia, donde nació su Santidad Pío IX. Está cercado de murallas, tiene un castillo antiguo, y encierra ocho mil habitantes; generalmente triste, sólo se ve animada en su feria anual, que tiene lugar el 20 de julio.

Una hora después llegábamos a Ancona, situada sobre una alta colina de arcilla azulenta, que se avanza en promontorio hacia el mar, formando al noroeste una ensenada que me recordaba, por su apariencia, la proximidad de Santa Marta cuando se viene de Barranquilla. Esta ciudad es el puerto más importante y más comercial de toda la costa oriental del Adriático. Se conserva ahí un arco antiguo erigido en honor de Trajano.

El ferrocarril pasa debajo de ese cerro, por una perforación de casi 1.600 metros de longitud, separándose del mar y dejando la ciudad a la izquierda, para continuar por un ameno valle, cultivado como un jardín y encerrado por suaves declives en que están las poblaciones de Camerano y Osimo. Al sudeste se ve Castelfidardo, memorable desde el 8 de septiembre de 1860, en que las tropas pontificias fueron ametralladas en una emboscada. Pocos minutos después está la estación de Loreto.

Aquí es preciso dejar el camino de hierro y remontar en coche una moderada pendiente, de media hora, para llegar a la ciudad. Yo arribaba el 4 de junio por la tarde.



VII

La posición de Loreto es sumamente poética, y digna en verdad de haber sido elegida por María para residir entre sus hijos. Está situada en lo alto de una colina aislada, que por el frente, hacia el este, va descendiendo en suave declive hasta el Adriático, cuyas ondas llegan respetuosas a besar su pie; y por los flancos se halla separada de otras colinas más bajas, en que aparecen varias poblaciones, como Monte Santo al sur, Castelfidardo al noroeste, y más lejos, al norte, el cerro arredondeado que sirve de asiento a Ancona.

Los alrededores están cuidadosamente cultivados; los vallejuelos alfombrados de trigo, las faldas cubiertas de moreras, de vides y de olivos: de modo que la ciudad se alza en medio de un rico huerto.

La vida del mar tranquilo, la amenidad de la campiña y la belleza del cielo meridional, vestido de gala con los vívidos arboles de una tarde de primavera se unían a los sentimientos religiosos para hacer de mi llegada a Loreto uno de mis momentos más agradables. ¡Ah! ¡Con qué dulce melancolía recuerdo yo hoy esa tarde de mi vida, y cuán duradera me será su memoria!

Por más que haya dicho madame Staël, el placer de viajar es un muy grato placer.

La magnífica basílica de Loreto, que casi personifica la ciudad, está construida en la cima del cerro, con la espalda al mar y la fachada al occidente. El exterior, por la parte de atrás y en los costados, se halla formado de macizas torres que la convierten en una fortaleza, dominada por su gran cúpula octógona y el alto campanario. En el altozano que corresponde a una pequeña plaza, se nota a la izquierda una estatua en bronce del célebre Sisto V, sentado y en actitud de bendecir al pueblo. Tres grandes puertas de bronce, primorosamente esculpidas

con relieves del Antiguo y Nuevo Testamento, conducen a las tres naves del templo; sobre la puerta principal hay un nicho exterior con una estatua de bronce, representando la Virgen, de tamaño natural, con el Niño en los brazos.

El interior es muy suntuoso, cubierto de baldosas de mármol. Las naves, separadas por arcos que descansan en pilastras cuadradas con columnas corintias en los ángulos, forman una cruz, según el estilo bizantino, sosteniendo una rotonda coronada por la cúpula. Debajo de ésta, sobre una plataforma apenas elevada sobre el pavimento, se encuentra la *Santa Casa*, completamente recubierta al exterior de mármol de Carrara bellamente esculpido, formando un templete del más exquisito trabajo. Mide 24 pasos de longitud, de oriente a occidente, 16 de latitud, y como 10 de altura. La grada que lo rodea está profundamente acanalada por el roce frecuente de las rodillas de los peregrinos, que giran en contorno.

La faz occidental de la Casa, es decir la que se ve al entrar a la iglesia, tiene en su centro, a poco más de dos varas de altura, una ventana cuadrada, como de cuatro pies de ancho, con una reja de bronce dorado cuyas varillas se cruzan en rombos. Su única puerta, que existía en la pared del lado norte, fue tapada por orden del papa León X, pero dejando intacta su umbralada de madera, que se ve aún por dentro; y en su lugar, para facilitar el acceso de los fieles, se abrieron cuatro, dos en cada uno de los costados del norte y del sur, de dos varas y cuarta de altura, como la primitiva, y de poco más de una vara de latitud. Sus alas o batientes son de bronce, representando en bajorrelieves la historia de Jesucristo.

Entre las esculturas que decoran el exterior de ese monumento, descuellan las bellas estatuas de Moisés, Jeremías, Isaías, David, Zacarías, Ezequiel, Daniel, Malaquías, Amos, Balaam, y las siete sibilas, de Cumes, Samos, etc. Los demás relieves representan escenas de la vida de la Virgen.

En la faz posterior u oriental está figurada la Casa transportada en los aires por los ángeles; y al pie se encuentra grabada una inscripción latina, hecha en 1594 por orden del pontífice Clemente VIII, y que dice lo siguiente:

Ved, o peregrino cristiano, la Casa de Loreto, venerada en todo el mundo a causa de los divinos misterios que representa y de la celebridad de los milagros que opera. Fue aquí que nació la santa Virgen, que fue saludada por el ángel, y donde el Verbo se hizo carne.

Esta Casa fue transportada por los ángeles de la Palestina a Tersata en Dalmacia, en 1291, bajo el pontificado de Nicolás IV, y tres años después, bajo Bonifacio VIII, fue de nuevo trasladada por los ángeles al Piceno, cerca de Recanati, donde varió tres veces de lugar, fijándose al fin aquí. Este acontecimiento prodigioso y los numerosos milagros que ella operaba, atrajeron el concurso de una infinidad de personas, y Loreto vino a ser un lugar de veneración para todas las naciones... Oh pasajeros; adorad devotamente la Reina de los cielos, la madre de las gracias, a fin de que por sus méritos y su intercesión obtengáis de su Hijo, autor de la vida, el perdón de vuestras faltas, la salud corporal y la gloria del paraíso.

En el interior, la Casa forma una sala rectangular, de 13 pies al través y 30 de longitud, pero interrumpida en este sentido por el altar, que deja detrás una pequeña recámara. El suelo se ha tapizado de mármol, pero las paredes, enteramente desnudas, dejan ver bien los muros antiguos, hechos de piedras cortadas en rectángulos, algunos sin labrar, unidas con cemento. A la izquierda, hacia la mitad, se nota la umbralada de la puerta primitiva. La parte superior está cerrada por una bóveda perforada de una claraboya con reja.

Una imagen de la Virgen, labrada en cedro, de una vara de altura, con el Niño en los brazos, ocupa el altar en medio de varios ángeles de plata: y en los costados hay dos grandes bustos del mismo metal, representando a San José y a Santa Ana. La Virgen y el Niño llevan vestidos esmaltados de piedras preciosas, lo mismo que sus collares y coronas de oro, en que relucen los diamantes, amatistas y zafiros. Cincuenta y dos lámparas de plata arden constantemente en su presencia.

La tradición atribuye esa escultura al evangelista San Lucas, y según dicen, fue hallada con la Casa, lo mismo que un viejo altar que se conserva dentro del actual, y en el que suponen celebró San Pedro su primera misa; opiniones que no soy llamado a dilucidar.

En el muro, cerca del altar, se ve colgada una bala de cañón, que depositó ahí el papa Julio II en 1505, por juzgarse milagrosamente librado de ella en el sitio de la Mirándola.

La cámara comprendida entre el altar y la pared posterior, no alcanza a dos varas de anchura. Ahí se nota en la mitad del muro una excavación en arco, que llega desde el suelo hasta vara y medio de elevación, y que servía para el fogón,

pues los orientales, que según parece sólo usaban carbón como combustible, no tenían chimeneas. A los lados hay dos pequeñas alacenas, en una de las cuales se conserva una escudilla de barro, como perteneciente al menaje de la Santa Familia, y que dicen fue hallada ahí; está engastada en oro.

La basílica es también digna de atención por los bellos frescos que cubren sus bóvedas y el interior de la rotonda, y por los grandes cuadros en mosaico que ocupan las capillas laterales, cada uno de los cuales ha costado 1.500 duros; la mayor parte de ellos representan pasajes de la vida de María.

La sala del tesoro contiene una rica colección de joyas, cálices y mil objetos de valor, que los peregrinos cristianos han ido dejando en varias épocas, en testimonio de su fe y de su reconocimiento. Se nota un cáliz regalado por el bravo Murat cuando era rey de Nápoles. Con mucha frecuencia los militares son piadosos. Los sentimientos religiosos no son incompatibles con el valor, como no lo son con la ciencia. Leibnitz y Newton, los grandes genios que abarcaron con su mente el infinito, no fueron menos católicos que Chateaubriand.

Un gran número de santos y de notabilidades han tributado culto a María en su santuario de Loreto. Entre los primeros se cuentan San Francisco de Sales, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Paula, San Alfonso de Liguori y San Carlos Borromeo; y entre los soberanos, Federico III, Carlos V, Carlos IV de España, el Rey de Sajonia, e infinidad de príncipes y reinas.

Fuera de la iglesia, la pequeña ciudad de Loreto casi nada ofrece notable, con excepción del palacio apostólico, que es un buen edificio de dos pisos, situado en el lado norte de la plaza, contiguo a la basílica. Al frente hay una fuente con tritones, águilas y otras figuras de bronce. Existe un hospital en el antiguo convento de franciscanos, donde asisten 50 enfermos y se hospedan gratis los peregrinos pobres. La población apenas alcanza a seis mil habitantes, que viven de la agricultura, la fabricación de objetos de piedad y algunos tejidos.

Hay obispo, un cuerpo de capuchinos para el servicio del templo, un cardenal especialmente encargado de la Santa Casa, y diecinueve penitenciarios de distintas naciones, para recibir la confesión en sus respectivas lenguas a la muchedumbre de católicos que ahí concurre.

¡Qué espectáculo tan tierno y tan conmovedor presentan esos pobres peregrinos, de tan diversos trajes, tan diferentes fisonomías, y que muestran aún el cansancio de su largo viaje, cuando entran al santuario a implorar los auxilios de la que es *Consuelo de los afligidos y Salud de los enfermos*, o a darle gracias por

las mercedes recibidas! ¡Un hijo ausente después de largos años, no vería con mayor emoción a su madre. Lágrimas de gozo brotan de sus ojos cuando besan ese humilde muro! ¡Ah! ¡Dichosos los que creen! Ellos tienen en su fe, en esa fe que *traslada los montes y allana los collados*, el antídoto de la adversidad, el bálsamo para todos sus dolores. Ellos, más instruidos que los filósofos del mundo, saben que de lo alto se nos envían los males como los bienes,¹ y por eso acuden a la Providencia en todas sus necesidades; y si alguna vez claman en vano en su aflicción, hallan su consuelo en el lenguaje sublime de Job: “Dichoso el hombre a quien el mismo Dios corrige”.²

Yo, feliz en esta misma creencia, me confundí gustoso entre la multitud, mezclé con ellos mis fervorosas plegarias, y repetía con Jesucristo: “Yo os alabo, Padre mío, porque habéis ocultado estas cosas a los grandes de la tierra, y las habéis revelado a los pequeñuelos...”.³

¹ Eci 11, 14; Jr; Lm 37-38; Re 2, 6-8.

² Jb 5,17.

³ Mt 11, 25.


VIII

El 5 de junio por la tarde salí de Loreto y continué mi viaje en el camino de hierro, costeadando siempre el litoral del Adriático. Pocos minutos después veía hundirse sucesivamente en los repliegues del horizonte, que huía rápidamente tras de mí, la hermosa colina, el alto campanario y la gran cúpula; y les dije, no sin tristeza, mi eterno adiós.

Como 25 leguas recorrimos para ir a pernoctar en Pescara, población de dos mil almas, rodeada de fosos y murallas y convertida en plaza de armas de segunda clase, en la desembocadura del río del mismo nombre. En el tránsito avistamos a Recanati, situada a la izquierda sobre una colina. A la derecha descollaba sobre la cordillera el Gran Sasso, su punto más culminante, que asciende a 2.900 metros. Atravesamos por puentes de hierro el cauce desecado de multitud de torrentes, el río Tesino y varios túneles, y dejamos atrás un elevado faro.

De Pescara en adelante el terreno continúa allanándose cada vez más; a la izquierda va a confundirse con el mar, a la derecha con los remotos Apeninos; y todo él es notable por su feracidad. A grandes extensiones plantadas de olivos, vides, moreras, almendros, higueras y nogales, se sucedían las casas con sus jardines y huertas, donde yo veía prosperar, al nivel del océano, las hortalizas de nuestras altas cordilleras andinas. Aparecían también bellas sabanas de excelentes pastos, cuyas reses, con campana al cuello, me hacían recordar a mi pesar las bárbaras costumbres de la Roma pagana, en que para evitar la fuga de los esclavos, les ponían un collar metálico de donde se elevaba una varilla flexible que sostenía una campanilla o cascabel. Los había también, que servían de porteros, atados constantemente a una cadena, como perro infiel.

Gracias a la institución del cristianismo, no se ven ya más en la sociedad tan degradantes escenas. Una nueva ley, promulgada desde un patíbulo ominoso, y anunciada al orbe por pobres pescadores de la Galilea, debía cambiar completamente las máximas, la moral que los filósofos de la Grecia y los sabios de Roma tenían enseñada al mundo. Ya no habrá semidioses, patricios ni plebeyos; no habrá más amos ni siervos: todos serán reconocidos hijos de un mismo Padre, rescatados con una misma sangre, y pesados, en el día de la justicia, en la misma inflexible balanza.

Los habitantes de aquella comarca me llamaron la atención por la extrañeza de sus trajes. Las mujeres, cuyas fisonomías respiran inocencia y sencillez, llevan de la cintura para abajo una *funda* de color, con su inseparable delantal, sujetos ambos a dos anchas fajas que pasan por los hombros y se cruzan constriñendo horrorosamente el pecho; y sus camisas, como de hombre, dejan ver sus largas mangas llenas de pequeños pliegues transversales, hechos con esmero. Calzan gruesos botines. Los hombres usan calzón estrecho, que llega sólo a la rodilla, cubriéndose los pies y piernas con polainas de piel, abrochadas; camisa de ancho cuello volteado, sin corbata; chaqueta sin mangas, a manera de chaleco; cinta roja en el sombrero, y siempre aretes en las orejas.

Por lo demás, el uso de los aretes o zarcillos, en los hombres, es bastante común en Italia, no sólo en la clase del pueblo sino también en personas de alguna representación social, que sin advertirlo, revelan en su necio adorno la humildad de su cuna. Tal costumbre me indujo a reflexiones que no debo omitir, porque quizá no carecen de interés.

¿Qué significan los zarcillos? ¿Qué idea pudo sugerir a los hombres la extravagante costumbre de hacer huecos en su cuerpo para colgarse adornos, pudiendo llevar tantos en el cuello, en la cabeza y en otras muchas partes, sin necesidad de herirse? Yo no lo sé, ni he hallado en la historia ni en las enciclopedias que he leído, explicación alguna sobre el particular. Su uso, sin embargo, asciende a la más remota antigüedad, y no es natural suponer que el mero capricho le haya dado origen: él ha debido en su principio alguna significación ceremonial, que hoy ignoramos.

La Biblia nos habla del mayordomo de Abraham, que fue a la Mesopotamia en busca de compañera para Isaac, llevando unos zarcillos. ¿No sería como un sello que los esposos ponían en el oído de sus mujeres, para indicar que sólo a ellos debían escuchar? Tal es la interpretación que yo me he dado, atendiendo a que primitivamente sólo ellas los usaban. Una idea semejante debió introducir

los anillos, que se regalaban en testimonio de afecto, para llevarlos en el dedo que, erradamente, suponían estar en dependencia particular del corazón.

De las mujeres los pendientes pasaron a los hombres. Gedeón, después de su victoria sobre los ismaelitas, recogió de los cadáveres bastantes zarcillos para hacer un *efod* de oro.¹ Entre los griegos y romanos las jóvenes los usaban en ambos lados, y los mozos en uno solo; y algunos eran tan valiosos, que Séneca se quejaba de que se llevara en las orejas todo un patrimonio.

Pero si antiguamente los zarcillos significaron algo, y eso pudo hacerlos tolerables, no se comprende cómo hoy, en una época ilustrada y en sociedades cultas, se martiriza todavía a las niñas con tal fin. Igual razón habría para perforarles la nariz y ponerles argolla, como es moda entre los salvajes de la América. Tarde será, pero llegará el día en que el uso será abolido, y las generaciones subsiguientes se admirarán de que haya podido conservarse durante tantos siglos.

El uso de los pendientes, ya propio de las mujeres, ya común a ambos sexos, limitado a las orejas o extendido a la nariz y aun a los labios, se encuentra en todos los pueblos de la tierra, en todas las tribus salvajes que han sido visitadas: hecho que no podría explicarse satisfactoriamente, sino admitiendo para todos ellos una identidad de origen. Esta simple consideración, pues dejando a un lado los razonamientos filosóficos con que la verdadera ciencia ha demostrado la unidad de la especie humana, deducida del estudio del lenguaje, del cruzamiento y fecundidad de las razas, de la identidad de nuestras facultades y aun de la comunidad de ideas; esa sola consideración, digo, habla bien claro al espíritu, y es suficiente por sí para anonadar los sofismas con que presuntuosos novadores pretenden destruir de una plumada la máxima fundamental de toda religión, haciendo de las razas humanas especies meramente afines, como los tigres y los gatos.

¿Qué será entonces de nuestra común procedencia de Adán?, ¿qué de su caída y de la promesa de un Reparador universal?

¡Necios! Si le quitáis al hombre sus creencias, si le arrebatáis su fe, ¿qué le dejáis?, ¿qué le dais en cambio?

Por fortuna la simple razón, el solo buen sentido basta para rechazar con desdén semejantes enseñanzas. Buscad al más humilde labriego, al pobre campesino que no ha aprendido a leer, y que no tiene por lo mismo la presunción

¹ Jc 8, 24.

de los sabios; preguntadle algo sobre el origen del hombre y sobre sus altos destinos, y sabrá más, os dará más sólidas instrucciones y mejores enseñanzas que todas las academias reunidas de los *librepensadores*.

Mas no os riáis, no os burléis por eso de la ciencia; reíos sólo de sus falsos intérpretes...

Sí, bien pueden descansar tranquilos y elevar su frente con dignidad, el etíope que mora en los arenales abrasados del África, como el esquimal que habita entre los hielos: el salvaje de las riberas del Orinoco, como el bárbaro de la Oceanía; que cuando la civilización se haya posado en sus países, que tarde o temprano llegará, en nada serán inferiores a nosotros. Su origen es nuestro origen, su destino es nuestro destino; el espíritu inmortal que los anima, debe, como el nuestro, alzar su vuelo a las regiones de la eternidad.²

En Térmoli, a 19 leguas de Pescara, la costa interrumpe su dirección rectilínea y se avanza en el mar, formando un gran cabo en el cual existen los lagos de Lesina y Varano, abundantes en pesca y aves acuáticas, y detrás de ellos se elevan los montes Gárganos. No muy lejos de la ribera se vislumbran las islas de Tremiti, en que suponen hallarse la tumba de Diomedes y donde murió, después de veinte años de cautividad, la desgraciada Julia, nieta de Augusto, que heredó de su madre el nombre, los deslices y el infortunio.

Poco mas allá de Térmoli principia la vasta llanura de la Apulia, que va a terminar hacia Mola, a 46 leguas de distancia, atravesada sólo por una ligera elevación que no merece el nombre de colina, la cual viene de los Gárganos y sigue al sur a formar, a lo lejos, las célebres Horcas Caudinas. A su pie se veían esparcidas multitud de piedras blancas, que le daban ese aire de suprema tristeza de los cementerios judíos.

La llanura es escasa de agua, por lo que es preciso excavar pozos para procurársela; pero a pesar de eso, es muy feraz. Su rico propietario la hace arar por medio del vapor, y como tiene ahí el ferrocarril que la atraviesa, envía sus trigos con facilidad a todos los grandes mercados de Europa y del Asia. Multitud de trabajadores, hombres, mujeres y niños, impasibles bajo un sol ardiente, se ocupaban en la siega, y en los campos ya limpios pacían los búfalos.

Varias ciudades importantes se hallan al paso, tales como San Severo, Fojia y Cerignola, memorable por el triunfo que el célebre Gonzalo de Córdoba obtuvo

² Véase la nota E al final del volumen.

ahí sobre los franceses en 1503, donde arrebató a la Casa de Anjou el Reino de Nápoles, que pasó al gobierno español. Se encuentran en seguida Trinitápolis, Barleta, donde llama la atención una estatua colosal, de trece metros y medio, que supone ser del emperador Heráclio; se atraviesa el Ofanto, en cuyas márgenes se libró la famosa batalla de Cañas, en que Aníbal humilló por un momento a la orgullosa Roma; y se llega en fin a Trani, la antigua Trajanópolis, bella ciudad con casas de azoteas, jardín público, bonito cementerio, tribunal y alumbrado de gas. Había dos buenos conventos, de dominicanos y capuchinos, pero estaban desiertos. Sus pobres monjes, como en todo el Reino de Italia, fueron expulsados de su hogar por los *defensores de la libertad!*

El paisaje presenta por ahí una fisonomía peculiar. Nada de prados: los terrenos, siempre llanos, divididos en vastas porciones por muros de rocas calcáreas sobrepuestas, están convertidos en bosques de olivos, bajo cuyas copas se extiende la vista horizontalmente a grandes distancias, admirando en los troncos huecos y carcomidos por los siglos, pero aún llenos de vigor, la tenaz vitalidad de esos árboles, que han sobrevivido a las generaciones. Multitud de bóvedas blancas, cabañas de piedra construidas a manera de hornos de pan y recubiertas de cal, se ven diseminadas por ahí; y las casas, aisladas en el campo, sin huerta, sin arboleda, y siempre con su escalera exterior para subir al terrado, más que habitaciones me parecían atalayas.

Dos leguas delante de Trani está Bisceglia, puerto fortificado, afanado por sus vinos y pasas; más allá Molfeta, Giovinazo, digno de mención por tener una casa de expósitos donde se educan 500 huérfanos; Bari, ciudad principal del departamento, con 30 mil habitantes, en cuya catedral se conserva el cuerpo de San Nicolás, que con su fama y milagros atrae anualmente cerca de cinco mil peregrinos; Polignano, Fasano, Ostuni y últimamente Brindisi.

Brindisi, a 235 leguas de Turín y a 400 de París, es la antigua Brundisio de los romanos, a donde iba a terminar la Vía Apia. César bloqueó en ella las tropas de Pompeyo. Más tarde, Mecenas y Horacio vinieron ahí, como comisionados de Octavio, a celebrar la paz con Marco Antonio. En ella murió Virgilio, aunque sus cenizas fueron trasladadas a su quinta cerca de Nápoles. En la Edad Media fue el puerto más frecuentado por los cruzados.

Reducida casi a ruinas, ha comenzado de nuevo a prosperar desde que el camino de hierro la puso en comunicación con las ciudades del interior. Hoy tiene ocho mil habitantes. Sus calles son angostas, desaseadas, empedradas a la romana (grandes piedras, planas); sus edificios feos y antiguos. Hay un gran

castillo de la Edad Media, arruinado pero digno de visitarse. En una plazoleta no lejos del mar, existen dos columnas de piedra, del tiempo de los romanos, la una en pie y la otra rota.

El 8 a las dos de la tarde me embarqué en Brindisi, haciendo rumbo al S.S.E. De ese puerto partían las naves romanas para hacer el viaje a Grecia. Pompeyo, César, Cicerón, Catón, Antonio, Octavio, Paulo Emilio, todas las grandes notabilidades de aquella época, surcaron esas mismas aguas. Y nada había ya que pudiera indicarlo. En vano buscaría yo en la moviente superficie la estela de sus bajeles; en vano pronunciaría sus nombres con toda la fuerza de mis pulmones: no han quedado ni rocas elevadas en la ribera, que pudieran hacer eco en mi voz. ¡Todo es efímero! “Solo Dios es grande,” decía Massillon.

Por cinco horas tuvimos a la vista la costa, que forma el talón de la bota a que se ha comparado, en su conjunto, la Península italiana. En ella estaba Otranto, donde el célebre Pirro proyectaba establecer un puente de barcas que uniera el continente a la Grecia. Al siguiente día aparecieron sucesivamente a nuestra izquierda las islas Jónicas, Cefalona, Corfú, la *Córcyra* de otros tiempos, donde el rey Alcinous acogió a Ulises en su naufragio al regreso del sitio de Troya, y últimamente Zante, tristemente memorable por la muerte del ilustre Vesalio, fundador de la anatomía moderna. Injustamente acusado de haber hecho disecciones en el hombre vivo, fue condenado a ir en expiación a Palestina, y a su vuelta, en 1564, fue arrojado por una tempestad a esa isla, donde expiró de hambre.

Durante mi navegación en el Atlántico, el horizonte, siempre nebuloso, no me había permitido contemplar el nacimiento y la postura del sol, que es sin duda un bello espectáculo en alta mar, y del que en esta travesía pude gozar. Como un globo de fuego, grande, redondo, chispeante, se le ve surgir lentamente del fondo del mar, recorrer silencioso la bóveda celeste, y llegar por la tarde, rojo como un hierro en ascua, a hundirse otra vez en el abismo. El viajero que lo contempla, casi se imagina percibir el chasquido que produjera en el agua al apagarse.

Una alta cordillera azul, coronada de nieve que descendía en prolongaciones sobre sus flancos, dándole el aspecto venerable de la ancianidad, se ofrecía el 10 a nuestras miradas. Era Candia, la antigua y celeberrima Creta. ¡Cuántos recuerdos de la historia y de la fábula le están unidos! Ahí sacrificó Idomeneo su hijo querido, en aras de divinidades implacables; en ella reinó Minos, que la justicia y la sabiduría de sus leyes hicieron tan famoso; en ella estaba el

intrincado laberinto en que se guardaba al Minotauro, donde Dédalo e Ícaro fueron encerrados, y que Teseo pudo recorrer impunemente, guiado por el hilo de la ingeniosa Ariadna; y ahí, en fin, sobre la cima del Ida, se mecía en otro tiempo la cuna de Júpiter, al soplo de las brisas de la loca imaginación de los poetas... Sus moradores de hoy gimen bajo el yugo musulmán, que en vano han querido sacudir.

A la tranquilidad del Adriático se había sustituido el Mediterráneo agitado. No estábamos lejos de la costa. El 12 por la mañana llegamos delante de Alejandría. Su ancho puerto, abierto al oeste, aparecía dominado por un alto faro, elevado a la izquierda sobre una columna cilíndrica de ladrillo; multitud de navíos mercantes mostraban sus mástiles. El palacio del Virrey, algunas mezquitas coronadas de cúpulas y minaretes, y otros buenos edificios se ofrecían al frente; mientras a la derecha, la ribera desnuda de toda vegetación, sembrada sólo de hileras de molinos de trigo, que el viento hacia girar, ostentaba la suprema aridez del suelo africano.

Pocos momentos después pisaba yo la tercera parte del mundo. ¡Me hallaba a más de dos mil leguas de la patria!



IX

La opulenta ciudad de Alejandro, tan floreciente bajo los Tolomeos, que llegó a contar 900 mil habitantes y que fue el emporio del comercio de Oriente, nada ha conservado de su pasada grandeza. Inútilmente buscaría hoy el viajero las ruinas siquiera, de los cuatro mil palacios y doce mil jardines que halló Amrou en 641, al tiempo de la invasión de Omar. No existe ninguno de los cuatro mil baños que por seis meses fueron calentados con los 700 mil volúmenes de la biblioteca, que el bárbaro califa hizo quemar, “por inútil si repetía lo que estaba en el Corán, o por perjudicial si decía otra cosa”. De su famoso faro de mármol cuya luz se veía a doce leguas y que se tuvo por una de las maravillas del mundo, apenas se sabe dónde existió.

Sólo se conserva, no lejos del mar, un obelisco monolito, de granito rojo, de 21 metros de elevación, cubierto de jeroglíficos, y que recuerda a Cleopatra, la reina ostentosa que para deslumbrar a Marco Antonio en un banquete, se tomó, disuelto en vinagre, una perla de 150 mil pesos de valor.

Se encuentra también, fuera de la población, la columna impropia­mente llamada de Pompeya, pues que su inscripción griega, conservada casi intacta, manifiesta haber sido dedicada a Dioclesiano por el prefecto Publio. Tiene 30 metros de altura.

Pero nada hay ya que conmemore la famosa Escuela en que los Hiparcos, los Apolonios, los Diofantos, los Euclides, encendieron las antorchas cuyos resplandores iluminan aún nuestro camino.

La ciudad de hoy es más europea que oriental. En su parte central está la plaza de Mehemet Alí, que es un gran rectángulo sombreado por dos hileras de árboles, con asientos públicos y dos fuentes o surtidores. Ahí se encuentran la

bolsa, que es buen edificio, las habitaciones consulares y lo mejor y más activo del comercio. Las casas, de tres y cuatro pisos, son elegantes y cómodas. Hay alumbrado de gas, telégrafo y multitud de carruajes. Existe una regular catedral, anexa al convento latino de franciscanos, a cuya orden pertenece el obispo; hay hermanas de la caridad, lazaristas, hospital, convento griego con muy buena iglesia, y varios templos protestantes. La población se calcula en cien mil habitantes, de que la cuarta parte son católicos.

Los barrios musulmanes, de un aspecto totalmente diverso, serían bien dignos de atención si el Cairo no presentara los mismos cuadros en su mejor escala.

Me apresuré pues a trasladarme a la capital, situada a 45 leguas al sudeste. Se emplean seis horas para hacer la travesía en el ferrocarril.

La estrada principia sobre una calzada construida en parte dentro del lago Mareotis, que se deja a la derecha, y continúa después por una inmensa llanura de indecible monotonía. Era la estación de sequedad, por lo que el suelo, tan feraz después de las inundaciones, era ahora un desierto desapacible. No había más vegetación que algunas acacias de mezquina sombra, y escasas palmeras que se percibían en los confines del horizonte. El cielo, de un azul blanquecino y sin la más pequeña nube, contribuía a dar al paisaje un aire de imponderable lobguez. ¡Yo estaba en la tierra en que no llueve!

Hallamos al paso varios miserables, formados de pequeñas cabañas redondas, agrupadas unas contra otras, hechas de barro amasado con paja picada. Más se parecían a esos grandes hormigueros que se ven en las regiones calientes de la América, que a habitaciones humanas. Su vista inspira respecto del país y de sus moradores, la más triste idea. Nuestros salvajes, habitando sus *buhios* pajizos, pero hechos señores de una selva rica en producciones, me habrían parecido reyes, comparados a esos pobres árabes.

Cruzamos varios canales destinados al riego; pasamos por algunas poblaciones, de las cuales la única importante es Tintah, situada entre los dos brazos del Nilo que van a Roseta y Damietta, que se atraviesan por magníficos puentes de hierro, de que uno solo ha costado dos millones de pesos, y llegamos en fin al Cairo.

Esta gran ciudad, cuya población asciende a 360 mil almas, está situada a la derecha del Nilo, atravesada por un canal sobre el cual tiene algunos puentes de piedra, y cercada de murallas, destruidas en algunos puntos. Su aspecto general es enteramente morisco. Habitaciones irregulares de varios pisos, con

azoteas, sin chimeneas, y pintadas de rayas y arabescos o llenas de relieves y molduras sin gracia: callejuelas angostas, tortuosas, obstruidas a cada paso, casi incomunicadas entre sí, desaseadas, sin empedrar, oscuras en muchas partes por estar cubiertas con tablas o esteras para preservarse del sol. El viajero que ha conocido los lujosos *pasajes* de París, no puede menos que reírse a la vista de esa *contresaction*. Como cuatrocientas mezquitas, más o menos arruinadas, muestran sus minaretes dispersos en toda la población.

La más grande animación reina en esa ciudad singular. Ya son carruajes que recorren las calles, guiados por cocheros de color de ébano, lujosamente vestidos; ya sargas de camellos cargados de trigo, en que va el arriero árabe trepado a la altura de las casas; ya multitud de muchachos que aguardan con borricos ensillados, el transeúnte que se los alquile para andar en la ciudad, pues ese es ahí el vehículo más cómodo y más usual; ya los asnos que cruzan al galope, sonando los cascabeles que les cuelgan en la cabeza, y cuyos jinetes van con quitasol en mano; ya damas del país, que vienen montadas como hombre, con las piernas encogidas, en jumentos del pausado andar. Traen la cabeza cubierta con el manto, y la cara tapada con un velo de los ojos para abajo; los párpados pintados de negro, y un sartal de cobre, a manera de dedales, por delante de la nariz. Si acaso están descubiertas, se les ven rayas azules que se hacen por inoculación, y por consiguiente indelebles, en la barba lo mismo que en los brazos.

Los hombres de la clase baja van vestidos con calzón interior, una larga túnica de anchas mangas, gorro y un gran pañuelo doblado como faja y envuelto alrededor de las sienes. Por todas partes se les ve sentados, siempre en el suelo, sobre esteras o alfombras, con las piernas cruzadas y las babuchas al lado, pues sólo se las ponen para andar. Los unos fuman tranquilamente en pipas hechas con un frasco lleno de agua, de donde aspiran el humo fresco y sin acritud, por un largo tubo flexible; otros se ocupan en trabajar, ya cortando el tabaco en menudo ripio, por medio de una maquineta, para darlo al consumo, ya haciendo cepillos del palo o *rena* de las hojas de las palmeras, filtros de paja, u otros artefactos; unos venden sus melones, ajíes, garbanzos tostados y dátiles en almíbar; otros, y son los más, altercan y gritan en su lengua gutural, pero sin llegar a pelear.

Los árabes de alta clase, los de tono, lo mismo que los griegos, usan una especie de calzón en bomba, sin pernas, que baja sólo o las rodillas, con medias largas, chaleco, chaqueta y un gorro rojo.

Es admirable la facilidad que tienen ahí los muchachos del pueblo para aprender idiomas, estimulados también por la necesidad o el interés. El extran-

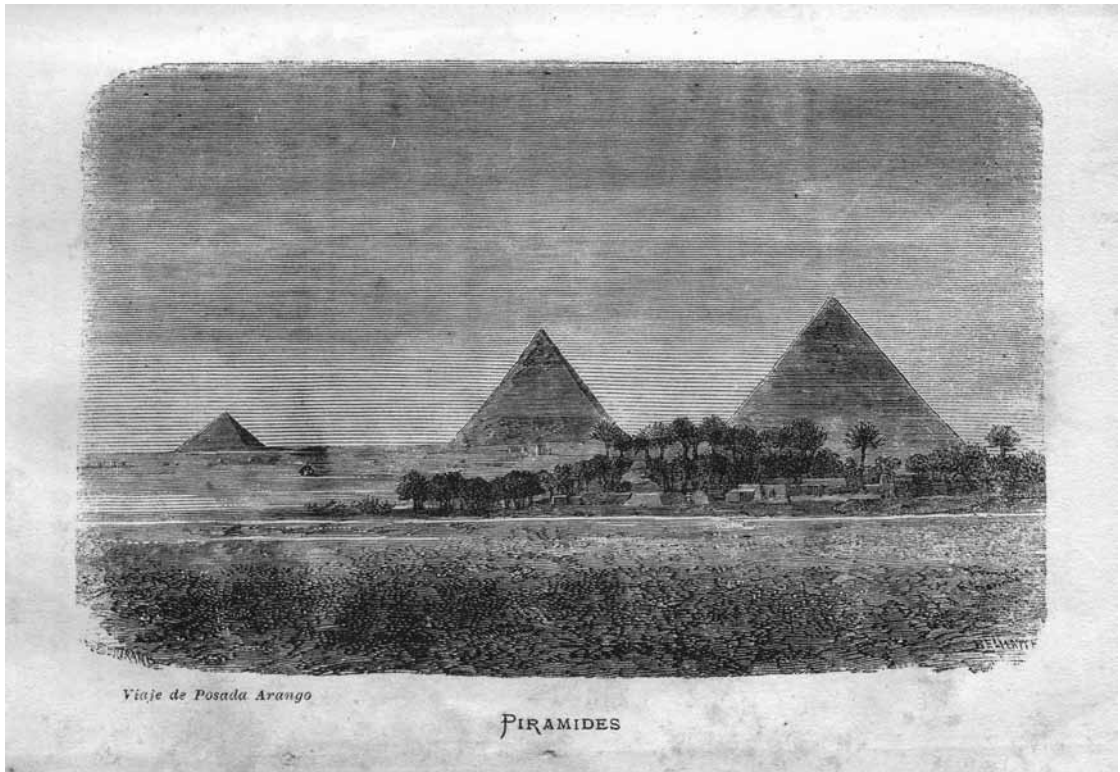
jero, sin comprender un solo vocablo árabe, puede irse a viajar tranquilo, pues a cada paso le saldrán ellos a hablarle en italiano, en francés, y en inglés, para ver cómo se hacen entender y servirle de guía. Y lo curioso es que con frecuencia ignoran los nombres de las lenguas que hablan.

En una de mis andanzas por la ciudad encontré en uso, no sin sorpresa, la chirimía, ese pito chillón que se creía peculiar de los aborígenes americanos, y que contribuye todavía a nuestros regocijos públicos. Era exactamente igual a la nuestra, solamente que el tambor que la acompañaba, tenía la caja de barro quemado. A cada paso se descubren en las costumbres de los pueblos, usos comunes, que prueban su identidad de origen, la unidad de la especie.

Entre los monumentos públicos del Cairo, figura en primera línea la mezquita de Mehemet Alí, construida sobre un cerro, en medio de la ciudadela. Al frente presenta dos de agudos minarettes y en el centro una gran cúpula rodeada de cuatro semicúpulas. El interior está alfombrado, lleno de arabescos y molduras doradas, y recargado de arañas y lámparas; las paredes son de mármol, y las pilastras y columnas que sostienen la bóveda, de hermoso alabastro. Detrás de un enrejado de bronce aparecía el túmulo del Bajá, cubierto de seda. Tendidos sobre el pavimento dormían la siesta algunos árabes, descalzos en señal de respeto, pues el rito musulmán no permite entrar a sus templos de otra manera. A los extranjeros nos conceden hacerlo calzando unos escafpines rojos, que tienen preparados al efecto. Contiguo a la mezquita está un gran claustro de mármol, en cuyo centro se halla la fuente de las abluciones.

No lejos de ahí se encuentra el célebre pozo de José, hoyo vertical de 18 varas de diámetro y más de 100 de profundidad (25 metros), de donde se saca el agua por medio de una sarta de cubos. Está formado por una doble pared de rocas, encerrando una pendiente en espiral por la que puede bajarse al fondo. Generalmente se atribuye esta obra a Saladino, aunque algunos pretenden que él no hizo sino limpiarlo, y que su construcción remonta hasta la época del hijo de Jacob cuyo nombre lleva.

Son también notables la mezquita llamada del Hassan, el palacio del Virrey, especialmente sus jardines, y el museo, rico en antigüedades egipcias. Hay bulevares, jardín público, algunas casas de estilo europeo, como 30 capillas o iglesias cristianas, pues además del convento de franciscanos, se encuentran maronitas, coptos, armenios y griegos ortodoxos. Hay cerca de 300 fuentes o cisternas, hospital, imprenta, fundición de cañones, enseñanza de medicina, a cargo de un profesor francés, y numerosas escuelas primarias, en que los niños deletreaban el árabe con el mismo sonsonete que entre nosotros el español.



Restábame visitar las famosas pirámides, lo que hice en la mañana del 15. Las de Ghizéh, que son las mayores, están situadas en el confín del desierto, a cuatro leguas del Cairo y al occidente del Nilo, que se atraviesa en barca. Sus aguas, tibias y ligeramente verdosas, corren lentamente al norte, encerrando una isla en cuya extremidad se encuentra el Nilómetro, que es un pozo con una columna graduada en divisiones de a 54 centímetros, llamadas codos. Para que la cosecha sea buena, es preciso que la creciente suba por lo menos a 18 codos.

Montados en jumentos, mi compañero y yo, recorrimos la limosa llanura que existe del otro lado del río, pegada por algunos canales y sombreada a trechos por bosques de palmeras, y llegamos por fin al pie de los grandiosos monumentos, que por mucho tiempo creíamos tener cerca y huían siempre de nosotros.

Las pirámides de este grupo son en número de seis, tres grandes y tres pequeñas, situadas en una misma dirección, un poco al suroeste de la mayor. Sus bases están en parte hundidas en la arena. La mayor, conocida con el nombre de Cheops, por el monarca que la hizo construir, es sin duda la más digna de atención. Su base es un cuadrado regular, de caras perfectamente orientadas, con 250 varas de lado (227 metros 30 centímetros). Está construida de rocas calcáreas, talladas en cuboides de uno, dos o más metros de longitud, unidas con orgamasa y sobrepuestas en desorden, formando gradas irregulares, que varían por todas partes de número y de altura, y que hacen el ascenso sumamente penoso. Sus flancos representan planos de 52° de inclinación. Se cree que antiguamente formaban una superficie unida, porque en uno de los ángulos ha quedado una piedra saliente que parece indicarlo, y porque las otras pirámides están aun recubiertas por una capa de cemento que las alisa. La altura vertical de esta pirámide es como 140 metros, y su cima, truncada, hace una plataforma de 10 metros de lado.

Sentado en la cúspide de esa montaña artificial, veía yo desplegarse a mis pies un horizonte inmenso: de una parte del árido desierto, de otra las vegas feraces que fecunda el Nilo; de un lado el campo de gloria de Bonaparte, del otro mil hoyas sepulcrales por entre las cuales se alzaba la Esfinge gigantesca, que como un monstruo marino, parecía sacudir su cabeza para alejar de sí las olas de arena con que los vientos del Sahara quisieran sepultarla... Y en presencia de esos monumentos, que han visto sucederse las generaciones y los reinos, como pasan presurosas las ondas de un torrente, cuántos recuerdos se agolpaban en tropel a mi imaginación.

Fue en esas aguas que yo veía correr, que flotó un día, abandonado en una cesta, ese varón privilegiado que Dios tenía escogido de abeterno para conducir su pueblo victorioso a través de los desiertos y los mares, y para transmitirnos en ley, escrita con el fulgor de los relámpagos y entre el fragor de los truenos del Sinaí. Sobre esas comarcas se paseó una vez airado el ángel del Señor, cubriendo la tierra de tinieblas, convirtiendo en sangre las aguas potables, haciendo llover fuego y granizo sobre las campiñas, e hiriendo de muerte con sus alas a los primogénitos, que dormían.

¿Quién no temblará ante la majestad de ese Señor, tres veces Santo?

Fue en ese mismo Egipto que, entre el más grosero fetiquismo, nacieron las ciencias y las artes que han conducido la humanidad a un grado tan avanzado de progreso. Los sabios y los filósofos de la antigüedad iban allá a beber instrucción. La geometría y la agrimensura brotaron ahí en medio de las inundaciones; la astronomía, salida en su infancia de la Caldea, alcanzó bajo ese cielo diáfano un notable desarrollo; la hidráulica tuvo sus primeras aplicaciones, y la estática se estrenó erigiendo esos enormes obeliscos, esos grandiosos templos con que Ménfis la opulenta y Tebas la renombrada, la de las cien puertas, admiraron en otro tiempo al mundo.

Los soberanos de ese país fueron otras veces árbitros de las naciones; algún día llenaron el orbe con su fama. ¿Y hoy qué queda de ellos? ¡Ah! ¡Ni esos soberbios catafalcos con que quisieron inmortalizar su memoria, han guardado siquiera sus cenizas! El soplo destructor de los siglos las arrojó a los aires, y es mucho si sus nombres, envueltos en conjeturas, pueden aún descifrarse... ¡Cuán vana es la grandeza del mundo! ¿Quién no clamará con el profeta, *que toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado*?¹

La segunda pirámide, o de Chefren, tiene 135 metros de elevación, y la tercera o de Micerinus, sólo 66. Todas ellas tienen la entrada al pie, hacia la mitad de la cara del norte. La de la grande es una abertura cuadrada, como de dos varas de altura, que conduce a una galería en declive (25°), por la cual se baja a una cámara central que se halla al nivel del Nilo. Según Herodoto, había antiguamente un canal que daba entrada al agua del río. Dicha galería se comunica en la mitad de su trayecto con otra ascendente, que lleva a una cámara

¹ Is 30, 6.

superior; y más arriba aún, siempre en el eje de la pirámide, se encuentra la cámara principal, con un sarcófago de granito donde colocaban la momia real.

Al frente de estas pirámides se ven los restos de dos calzadas que iban al Nilo, por donde conducían las piedras, que en su mayor parte son calcáreos incrustados de fósiles.

La construcción de estos monumentos remonta a los reyes de la cuarta dinastía, anteriores en muchos siglos al establecimiento de José en Egipto. Es por consiguiente inexacta la opinión que atribuye a los israelitas participación en ese trabajo.

Si hemos de creer en los historiadores, se emplearon diez años en reunir los materiales, y treinta en construirla, trabajando cien mil obreros.

De las inscripciones que últimamente han podido descifrarse, han inferido los egipcígrafos, que cada soberano al subir al trono daba principio a la construcción de su tumba, comenzando por una pirámide pequeña, que servía de núcleo, y que iban aumentando al exterior hasta que él moría. De modo que se deduce la duración del reinado, de la magnitud del monumento.

Este hecho no carece de relación con una de las costumbres de los aborígenes de Suramérica. En algunas tribus, como las que habitaban el territorio del Sinú en Nueva Granada, hacían sus sepulcros colocando el cadáver del indio en el llano, con sus armas al lado izquierdo, siempre al oriente, y lo cubrían de tierra, formando un monte cónico o más o menos piramidal; y como los convidados trabajaban bebiendo chicha costeada del caudal del muerto, el túmulo era tanto más elevado cuanto más rico había sido el sujeto, circunstancia que conocen bien los que se ocupan en excavar esas sepulturas por interés de las joyas que contienen.

Como 500 varas al este de la segunda pirámide está la Esfinge, que como se sabe era un león gigantesco (57 metros) con cabeza humana. Representaba una divinidad, y ante ella se hacían sacrificios. Está labrada en una roca calcárea que hace parte del suelo.

Su cara, un poco dañada en la nariz, tiene diez varas de altura.

En contorno de la Esfinge como al oriente y occidente de las pirámides, hay una multitud de pozos cuadrados o rectangulares, con excavaciones a lo largo de las paredes, donde se ven las momias colocadas en cajas de piedra.

El número de pirámides halladas en todo el Egipto, pasa de cincuenta. Después de las de Ghizéh, las más notables son las de Sakarah, en número de nueve, que se hallan al sur de aquellas. En sus inmediaciones se han encontrado

también pozos sepulcrales con momias humanas o de animales sagrados, como serpientes, ibis, bueyes y carneros.

A las doce del día emprendí mi regreso a la ciudad. El termómetro centígrado, colocado en la sombra al pie de la gran pirámide, marcaba solo 31°,2.

Otra de las curiosidades del Cairo es la *Selva petrificada*, que se encuentra a tres cuartos de hora al este de la ciudad. Es un gran depósito de fósiles vegetales, casi todos monocotiledones, especialmente pedazos de palmera y bambusas, perfectamente silicificados, pero conservando su estructura orgánica.

Es bien sabido que en Egipto no llueve. Sus habitantes no tienen idea de las nubes, el arco iris, el granizo ni ninguno de los meteoros acuosos. El cielo durante el día es de una limpidez y una claridad apenas soportables, y durante la noche está siempre bellamente estrellado. Subido en la alta azotea del hotel, yo me entretenía en reconocer las constelaciones que otras veces había contemplado con gusto en la patria. ¡Cómo se despertaban los recuerdos afectuosos del hogar! ¡Bien hubiera querido tener la supuesta ciencia de los astrólogos, que pretendían ver reflejarse en los astros, como en fieles espejos, lo que pasaba allende los mares y aun en el seno de los corazones!

Sobre mi cabeza veía la *Corona boreal*, cuya declinación es igual a la latitud del Cairo, y no lejos se mostraba la *Cabellera de Berenice*, que allí mismo, según Conon, fue transportada al alto empíreo desde el templo en que la princesa la había consagrado a Venus; lo que me recordaba hallarme en el Oriente, en la tierra clásica de las fábulas y la ficción.



X

El 17 partí de Alejandría, a bordo del *Eridano*, para seguir al Asia. Llevaba en mi memoria muy gratos recuerdos del Egipto, pues si no es el país más hermoso del mundo, como algunos han dicho, sí es cierto que su interés histórico unido a los atractivos de la naturaleza, hace su visita sumamente agradable. Todo allí es gigantesco, todo es grandioso: la llanura inmensa, el cielo despejado en toda su extensión, el río caudaloso, los monumentos enormes, las palmeras encumbradas, los camellos corpulentos...

¡Sólo el hombre es pequeño! Y hay un espectáculo que prueba su miseria y que entristece: la multitud de ciegos, de la clase pobre, que recorren las calles. El frío de las noches, debido a la abundante irradiación del calórico por la falta de nubes, es la causa principal de las violentas oftalmías que ahí reinan y que en poco tiempo destruyen los ojos, cuando no se emplea oportunamente un tratamiento enérgico.

En treinta horas puede hacerse la travesía de Alejandría a Jafa, en buen vapor; pero habiéndonos detenido en Puerto Said, a la entrada del Canal de Suez, no llegamos hasta el 19 por la mañana.

La ciudad, cuyas casas están techadas en bóveda, a manera de cúpula, aparece agradablemente agrupada sobre una colina próxima al mar, dominada por el convento de franciscanos, que se avanza al frente brindando su hospitalidad. El puerto está lleno de escollos y de rocas a flor de agua, que hacen difícil el arribo, y donde las olas en su eterno batir forman torbellinos de espuma.

Fue allí que el profeta Jonás, desobedeciendo la orden de Dios que le mandaba ir a predicar a Nínive, se embarcó para Tarsis, y en ese mismo mar fue tragado por la ballena, que después de tres días lo vomitó en la costa.¹

¹ Pf2, 1.11.

Según la tradición fue también en Jafa, que es la Jope de la Escritura, donde se construyó el Arca de Noé, lo que no es inverosímil, pues aquel es positivamente uno de los puertos más antiguos. Por ahí entraban los cedros del Líbano que sirvieron a Salomón para la fábrica de su grandioso templo. Después ha sido teatro de variados acontecimientos. Judas Macabeo la incendió, para castigar sus habitantes que habían hecho ahogar alevosamente doscientos judíos. Conquistada y engrandecida por los cruzados, decayó a su turno. En marzo de 99 fue empapada por Napoleón con la sangre de cuatro mil prisioneros, y en 1837 fue arruinada por un terremoto que hizo perecer más de doce mil personas. Esta ciudad cuenta hoy con seis mil habitantes.

Está cercada de muralla y guarnecida de cañones; sus callejuelas son pendientes y tortuosas, y no hay plaza ni edificio público notable. Apenas puede llamar la atención el convento latino, de donde se goza de una magnífica vista sobre el mar y los campos. Lo habitan 16 religiosos franciscanos, de la Misión de Tierra Santa, que tienen abierta escuela gratuita para los niños, prodigan medicinas y socorros a los enfermos, y dan albergue a todos los peregrinos. Sus beneficios, tan útiles sobre todo en las épocas de epidemia, les han granjeado una justa estimación aun entre los musulmanes, de modo que son respetados y gozan de garantías que no encuentran ya en los países cultos.

Todos los religiosos católicos que hallé en Palestina, son extranjeros: italianos, españoles, franceses, alemanes y aun mexicanos. Unos se han reunido allí voluntariamente, y otros, expulsados de sus países en diversas épocas, han sacudido el polvo de sus sandalias,² e ido a llevar sus beneficios a los bárbaros. ¡Pobres padres! ¡Cuántas veces, sentados en el terrado de su monasterio de Jafa, como Ovidio en el lugar de su ostracismo, habrán contemplado con tristeza el anchuroso mar, buscando con mirada ansiosa alguna navecilla que les llevara nuevas de la patria, noticias de su hogar!... ¡Se ama tanto el suelo natal cuando se está lejos de él!

Pero no; ellos rompieron hace tiempo las ataduras que los ligaban a la tierra; sus espíritus vuelan en regiones elevadas, y sus ojos, fijos en el cielo, sondan sólo los abismos de la eternidad...

Unas pocas cuadras al sur del convento se encuentra una casa baja, que dicen ser la del curtidor donde habitó San Pedro, cuya pieza señalan. Ésta es

² Mt 10, 14-15.

abovedada, con una puerta y dos ventanas al norte, otra ventana al occidente, y al sur una especie de alacena para el fogón, como la de la Casa de Loreto. Hacia afuera de la ciudad vivía la viuda Tabita que el apóstol resucitó.³ Contiguo a dicha casa está el faro, y a su pie hay una roca horizontal, inmediata a la ribera, donde suponen estuvo encadenada Andrómeda hasta que fue libertada por Perseo; fábula que indudablemente encierra algún hecho histórico.

Desde Jafa se nota particularidad en los trajes. Los hombres se visten como los árabes de Egipto, y su lenguaje es el mismo; pero mientras que allá las mujeres llevan los ojos destapados, aquí se cubren completamente la cabeza con un velo que les permite ver sin ser vistas. Las cristianas usan sobre el *camisón* una especie de *sobretudo* blanco, con una parte que hace del manto, cosida a la cintura, y con la cual se cubren la cabeza dejando visible la cara; se diría que van envueltas en una sábana. En la iglesia como en sus casas, se descalzan. Las fisonomías son generalmente hermosas: piel blanca, ojos grandes, negros y brillantes, con largas pestañas y cejas pobladas: nariz recta, boca bien trazada, labios rosados.

Ansioso de dar término a mi viaje, continué pronto la marcha para Jerusalén. El camino se dirige al este sudeste. Durante media hora se anda por un sendero pedregoso encerrado entre vallas de nopales, con huertos a uno y otro lado, en que abundaban los naranjos, granados, albericoques, duraznos y algunas palmas. Se continúa después por una extensa llanura, la mayor parte inculta, pero cubierta de pastos naturales. El paisaje era agradable; hacia atrás la planicie iba horizontal hasta el mar; a derecha e izquierda la vista se extendía muy lejos, a pesar de ligeras ondulaciones del terreno, y al frente limitaban el panorama las montañas azulencas de la Judea, que se desplegaban en anfiteatro para confundirse al norte con las de la Samaria. El cielo como que amagaba tomar el tinte apacible de la Italia, y se vestía con algunas nubecillas que el contraste del Egipto me hacía ver con agrado.

Se encuentra al paso una fuente con un monumento, especie de capilla, que encierra la tumba de Gad, el profeta que Dios comisionó para dar a escoger a David el azote con que iba a diezmar su pueblo; tres días de peste, tres meses de guerra, o siete años de hambre. Se ven a uno y otro lado algunos villorios miserables habitados por pastores árabes, y se llega en fin a Ramla, situada en medio de la llanura, a tres horas de Jafa.

³ Hch 9, 40.

El llano que habíamos recorrido es el mismo en que Sansón incendió los trigos de los filisteos, atando mechones encendidos a los rabos de unas zorras.

Ramla es una pequeña población de tres mil habitantes, de los cuales la tercera parte son cristianos. Nada ofrece de particular. Hay algunos huertos, un hospicio de los padres franciscanos, otro griego y varias ruinas del tiempo de las cruzadas. Se dice que ésta era la patria de Nicodemus, el compañero de José de Arimatea, y su casa, convertida en capilla, se halla encerrada en el convento latino.

Saliendo de ahí se marcha aún largo rato por la llanura, en que se atraviesan dos pequeños riachuelos y se encuentran algunos caseríos, entre ellos *Latrun*, la patria del afortunado Dimas. Se sube después el primer contrafuerte de la montaña, y se halla en su flanco, a la derecha, dominando un valle fértil sembrado de olivos y de higueras, un villaje llamado Abugoy, que se cree ser la Cariathiarim donde se depositó el Arca cuando fue devuelta por los filisteos, que no la querían porque les destruía con su presencia los ídolos.⁴ Se desciende en seguida durante media hora, y se ve aparecer a la derecha un collado con algunas ruinas: era Modin, tierra de héroes, la patria de los Macabeos. Al frente, hacia el este, se ve sobre otro cerro Kustul, que era la Emaus donde Jesucristo comió con dos de sus discípulos, después de la resurrección.⁵

Poco más adelante se atraviesa el angosto valle del Terebinto, en que tuvo lugar el combate singular de Goliat y David. Aquel esforzado, educado en las batallas, vestido de coraza, y con escudo, lanza y espada; éste débil muchacho, habituado apenas a la vida tranquila del pastor, y sin más armas que una honda y cinco guijarros; pero el primero, lleno de vanidad y arrogancia, ponía su confianza en sus fuerzas; y el segundo, humilde de corazón, fincaba su esperanza en Dios, “en el Señor de los ejércitos y árbitro de la guerra”.⁶ El éxito no podía ser dudoso; el que da la muerte con el rayo del cielo y entre el estruendo de las tempestades, mata también, cuando es su querer, con un soplo de la brisa o con el agujón de un insecto...⁷

⁴ 1Re 5.

⁵ Lc 24.

⁶ 1Re 17, 45.47.

⁷ Véase la nota F al final del volumen.

Se continúa después faldeando la montaña, contorneando sus eminencias, y esperando hallar tras de cada sinuosidad del camino, la ansiada Jerusalén, que nunca llega. Al fin se percibe el Olivete, coronado por su mezquita; se desciende aún un poco, se dan algunas vueltas, y se alcanza a ver sobre un ancho cerro, rodeado de montes, la silenciosa ciudad.

Nada más triste, nada más desolado, nada más lúgubre que todo aquel paisaje. Cerros blanquecinos, desnudos de toda vegetación, áridos hasta el extremo, tajados en escalones, mostrando las capas o estratos horizontales de que están formados. Nada de bosques, nada de flores. Ni un riachuelo que humedezca ese suelo sediento, ni una fuente que murmure, ni un pájaro que gorjee, ni una ráfaga tan sólo de brisa... Era la mañana, la hora en que la naturaleza al despertar, sonríe de placer y se viste de poesía y encanto... y sin embargo, todo ahí era silencio, soledad y muerte. No se oye jamás el mugido del buey, ni el balido de la oveja, ni el cantar del gallo, ni la voz alegre del pastor.

El viajero, absorto, no puede menos que reconocer que hay algo misterioso, algo sombrío que se extiende como un crespón funerario sobre aquella comarca.

Dejando a la izquierda el establecimiento ruso, especie de ciudadela moderna, cercada de muros, que encierra dos hospicios griegos, un hospital, el patriarcado y una magnífica iglesia, se llega pronto a la muralla, hacia la puerta de Jafa, que mira al poniente. A la derecha, dentro del recinto, se ve una fortaleza ruinosa, del tiempo de las cruzadas, llamada aún la Torre de David, porque se cree que ocupa el lugar del castillo del Rey profeta.

Heme al fin en la ciudad de Melquisedec y de David, el 21 de junio de 1868.



XI

Jerusalén, edificada en su origen sobre varios collados, que los escombros acumulados por los siglos han acabado por reunir, puede decirse que se halla situada sobre un ancho cerro, el Sión, que se confunde al norte con la llanura, está limitado al oriente por el angosto valle del Cedrón, que lo separa del monte Olivete, y contorneado al occidente y al sur por el valle de Hennon que se une al anterior. Está cercada de altas murallas con torres y bastiones, abierta por cuatro puertas: la de Jafa al poniente, la de Damasco al norte, la de San Esteban al oriente y la de Sión al sur. Hay otras tres tapadas: la Dorada, situada en la mitad del muro oriental, por la que entró N. S. Jesucristo el Domingo de Ramos; la de Herodes, del lado norte, y la Esterquilina al sur, no lejos del antiguo templo.

Las casas, construidas exclusivamente de piedra, sin madera y sin tejas, están terminadas en bóvedas recubiertas de cal; por lo que vista la solitaria ciudad desde alguna de las alturas inmediatas, con su conjunto de pequeñas cúpulas blancas, dominadas por la negra rotonda de la mezquita de Omar, que se alza entre sombríos cipreses, parece un vasto cementerio; y el viajero como que quisiera aguardarse de una vez a la resurrección universal, según parece próxima.

El interior de la población presenta el aspecto general de las ciudades orientales: callejuelas mal empedradas, angostas, pendientes, tortuosas y recubiertas en muchas partes por arcadas o bóvedas que las convierten en oscuros túneles. Las habitaciones, generalmente altas, son feas, silenciosas y tristes en los barrios cristianos, y llenas de tenduchas y de gente en los de los musulmanes y judíos. Desaseo por todas partes.

La basílica del Santo Sepulcro, la gran mezquita musulmana, varios conventos y capillas, que apenas se distinguen de las casas particulares, y algunos

minaretos en ruina, constituyen los monumentos públicos de aquel recinto. No hay plaza, ni paseos, ni fuentes, ni estatuas, ni teatros. Pero ¿quién se atreverá jamás a levantar altar a las pasiones humanas, a poner en escena su ridiculez y sus miserias, allí donde se representó a lo vivo el drama sangriento, la tragedia inaudita de la muerte de todo un Dios?

El Calvario o Gólgota que, como es bien sabido, se hallaba fuera de la ciudad, hacia el poniente, está comprendido dentro de los muros actuales, que datan del tiempo de Solimán. El grandioso templo que Santa Elena hizo construir en él, arruinado por Cosroes II en 614, reedificado poco después y vuelto a destruir por el Califa Hakem en 1010, levantado de nuevo y refaccionado en tiempo de las cruzadas, igualmente que después del incendio de 1808, se ha conservado siempre sobre el plano primitivo adoptado por la emperatriz.

Aunque destinado a encerrar diversos lugares santificados por la Pasión, se guardó al construirlo bastante regularidad. Puede mirársele como formado de tres naves, con su eje o mayor longitud de oeste a este, y la rotonda en la parte occidental; pero con la particularidad de tener el frontispicio y la puerta de entrada en uno de los costados, en el muro que mira al sur.

Se nota primero un altozano como de doce varas en cuadro, donde existen las bases de antiguas columnas que sostenían un pórtico, que fue demolido. Dos puertas ojivales muy aproximadas servían de entrada; pero los turcos, que mantienen en su poder las llaves del templo, taparon la de la derecha. Se ven encima dos ventanas ojivales, y al lado un campanario truncado, porque los musulmanes no consintieron en que fuera más alto que el minarete de una vieja mezquita que existe al frente, la que fue construida en el paraje donde oró Omar cuando se hubo apoderado de la ciudad.

El interior tiene partes altas y bajas, que es preciso examinar sucesivamente. Al entrar se ve a la izquierda un diván donde están durmiendo los guardas turcos, que antes cobraban un tributo. Al frente, a 16 pasos, se encuentra enclavada en el suelo y recubierta de un mármol rojizo, la *Piedra de la Unción* (2 metros de longitud y 60 centímetros de altura), en que el cuerpo de Jesucristo fue embalsamado con aloes y mirra antes de ser sepultado; encima se ven suspendidas ocho lámparas de plata que arden constantemente. En seguida se encuentra una pared, recubierta con cuadros de la Pasión que separa la nave central que constituye la iglesia de los griegos. Dirigiéndose a la izquierda se va al *Sepulcro*, que está situado bajo la gran rotonda del templo.

La rotonda, que entonces estaba refaccionándose, tiene 20 metros de diámetro, descansa sobre 18 pilastras macizas que sostienen una galería superior de 18 arcadas, con varios nichos sobre el friso, y el todo superado por la cúpula. En el centro del pavimento se ve una capilla o templete de mármol, de 15 pasos de longitud, recubierto de su bóveda correspondiente, con una puerta al levante. Por ahí se entra a una primera cámara, donde apareció el ángel que anunció a las mujeres la resurrección de Jesús, y en seguida, agachándose, se pasa por otra portezuela muy baja a la cámara sepulcral. Sobre el Sepulcro, que está excavado en la roca en dirección de occidente a oriente, se encuentra un altar de mármol, de la misma longitud (1 metro 80 centímetros), con su frente para el sur; está dividido en tres porciones, para los católicos, los griegos y los armenios. Cuarenta lámparas de plata lo iluminan constantemente.

Dejando el Sepulcro, a veinte pasos al nordeste se encuentra incrustado en el suelo un círculo de mármol negro, que indica el lugar donde se apareció Jesús a la Magdalena, y un poco más adelante está la capilla del convento latino, donde se conserva un trozo de la columna de piedra a que estuvo atado durante la flagelación, y hay un altar en el paraje en que se presentó a la Virgen.

Si al entrar al templo, frente a la Piedra de la Unción, se toma a la derecha, se halla una escalera de 18 gradas por la que se sube al *Calvario*, que es una capilla edificada sobre el Gólgota mismo, elevada por consiguiente sobre el piso principal de la iglesia. Hay ahí un altar con un gran crucifijo, en el punto donde se hizo la erección de la Cruz; pertenece a los griegos. Aún muestran en el suelo un hoyo redondo, de seis dedos de diámetro, que dicen ser el mismo en que estuvo clavado el santo madero. Según la tradición, Nuestro Señor quedó mirando al occidente, y los dos ladrones estaban en un plano anterior de manera que las cruces formaban al pie un triángulo, y no una línea recta.

Al lado de ese altar existe otro, el de los católicos, en el lugar de la crucifixión, cuyo paraje preciso está marcado en el suelo con mármoles negros. Fue ahí que, como estaba dicho por el Salmista, taladraron sus manos y sus pies, y desencajaron sus huesos.¹ A la derecha existe una pequeña capilla aislada, con puerta para el altonazo, en el sitio a donde se retiró María, incapaz de presenciar esa parte, la más horrorosa, de los tormentos de su Hijo.

¹ Sal 21.

Bajando del Calvario y continuando a la derecha, se encuentra una capilla o altar donde se conserva la *Columna del Improperio*, en que lo sentaron para coronarlo de espinas y hacerle burlas en casa de Pilato. Se halla en seguida una escalera de 28 gradas, dirigida al oriente, que conduce a una capilla honda dedicada a Santa Elena, donde hay también un altar consagrado a San Dimas. De ahí se desciende aún, por trece escalones más, a una cueva excavada en la roca, y por lo mismo oscura y húmeda, llamada de la *Invencción de la Cruz*, pues fue en ella que la halló la emperatriz.

Volviendo a subir la escalera de Santa Elena para tomar el piso principal de la iglesia, y marchando siempre a la derecha, se ve una capilla en el lugar en que *repartieron los vestidos y sortearon la túnica*, como diez siglos antes se había predicho;² otra a donde, según la tradición, se retiró meditabundo Longino, después que le hubo herido el costado; y por último, la capilla dicha de la *Prisión*, por señalar el punto donde tuvieron a Jesús mientras hacían los preparativos necesarios para crucificarlo.

Todos los días, entre las cuatro y las cinco de la tarde, veáanse entrar por la puerta que conduce al pequeño convento latino, unos pobres frailes, vestidos de burdo sayal, ceñidos con el cordel del penitente, llevando los pies desnudos y sus semblantes macilentos por el ayuno, aunque revelando la tranquilidad del alma. Con un libro en una mano y una antorcha en la otra, van desfilando en fúnebre procesión, recorriendo todos esos sitios santificados por el Hijo del hombre, y haciendo resonar las oscuras bóvedas del templo con un canto lúgubre, en que conmemoran los últimos instantes de la Víctima y piden al Eterno Padre, al Dios de las Alturas, por el mérito de esa Hostia inmaculada, el perdón de los pecados del pueblo y la salud para el mundo. ¡Acto solemne, escena patética que causa honda impresión en el ánimo del creyente!

¡Cuán superior aparece la religión cristiana en todos sus actos, a los ritos frívolos del gentilismo! Ella toma en la esencia de sus misterios la elevación y la dignidad de su carácter. Los más pomposos sacrificios de la antigüedad, en que se inmolaban hecatombes de bueyes blancos como nieve, se quemaba la carne de los corderos con el cedro aromoso, se hacía arder sobre la pira para la mirra escogida de la Abisinia y el incienso selecto de la Arabia, derramando sobre las

² Sal 21.

aras el mejor aceite y haciendo libaciones con el vino exquisito; esos cuadros, digo, serán siempre pálidos y miserables ante todo lo que recuerde el suceso estupendo, el acontecimiento asombroso de un Dios hecho mortal por medio de la carne, que se sacrifica voluntariamente por su pueblo, por sus perseguidores y enemigos, en un altar de ignominia, para saciar su amor y su misericordia infinita hacia los hombres, satisfaciendo a la vez las exigencias de su indefectible justicia. ¡Planes sobrehumanos que la mente puede apenas comprender!

Todos los peregrinos católicos que visitan a Jerusalén, concurren a esa procesión vespertina, y guardan con esmero, para llevarla a su país; la vela bendita que reciben ahí de manos de los religiosos, y que está marcada con un sello especial de Tierra Santa. Ella debe recordarles en la ancianidad la grata peregrinación que hicieron en su juventud, y enseñará a sus hijos, que si no descienden de los nobles cruzados que con espada en mano fueron a rescatar la tumba de Cristo, sí llevan al menos en sus venas sangre de creyentes, que en una época de despreocupación, se atreven todavía a rendir homenaje a ese Dios crucificado y a acogerse humildes y fervientes a la sombra de su pabellón, que es la única salvación para los pueblos.³

También yo conservo con satisfacción mi vela.

A la derecha de la Piedra de la Unción, debajo del Calvario, hay una gruta oscura, excavada en la roca, llamada capilla de Adán, donde se ven al entrar, a uno y otro lado, dos mármoles que marcan los sepulcros de los primeros reyes de Jerusalén, Godofredo de Bouillón y su hermano Balduino. En el fondo de la capilla muestran una hendidura en la peña, visible también en el altar del Calvario, que consideran como rastro del cataclismo que tuvo lugar al expirar Jesús, en que “el mundo se cubrió por tres horas de tinieblas; tembló la tierra, se partieron las piedras, se rasgó el velo del templo y se abrieron los sepulcros”.⁴

Los instrumentos de la Pasión no existen ya en dicho templo: la mayor parte fueron trasladados a Roma después de la pérdida de Jerusalén, y otros, en fragmentos, se hallan dispersos en diversas catedrales del orbe católico.

³ “Id y predicad el Evangelio por todas partes. El que creyere y fuere bautizado, ese se salvará; pero el que no creyere se condenará”. Mc 16, 15-16.

⁴ Mt 27, 45.51-52. Véase la nota G al final del volumen.

Vi con satisfacción, en la sacristía de los latinos, la vieja espada con que el heroico Godofredo guiaba sus huestes al combate. Aunque mohosa y abandonada hoy, brilló un día reflejando el sol de la victoria ante los muros de la santa ciudad, como en el campo glorioso de Ascalón, en que 20 mil cruzados batieron las fuerzas reunidas de Asia y África. Se conservan también sus espolines.

Además del convento latino existen, contiguas al templo y en comunicación con él por el interior, las habitaciones de los griegos, armenios y coptos. Cada comunidad, según sus ritos, tributa el culto a su manera, en diversas horas del día y de la noche. La primera misa que se celebra cada día en el altar del Sepulcro, la dice un religioso franciscano. Haber asistido a ella para recibir la comunión, es un muy grato recuerdo que jamás podré olvidar.

Después de la basílica del Santo Sepulcro, lo que naturalmente llama más la atención es la *Vía dolorosa*, o más expresivamente, la *Calle de la Amargura*. Trataré de describirla.

En la puerta de San Esteban, que se halla en el muro oriental de la ciudad, principia una calle que va directamente al poniente. Recorriéndola en esa dirección, se nota a la izquierda, cercada de paredes, la *Piscina probática*, que servía en el antiguo templo para purificar los corderos destinados al sacrificio. Es un gran pozo de cal y canto, de más de cien varas de largo (100 metros de longitud, 40 de latitud, 23 de profundidad), lleno en parte de escombros entre los cuales vegetan algunos nopales. Al lado opuesto de la calle está reconstruyéndose, por cuenta del gobierno francés, la iglesia de Santa Ana, que ocupa el lugar de su casa. Según la tradición, fue ahí que nació María, aunque después vivió con sus padres en Séforis, cerca de Nazaret.

Poco después se ve, en la pared del lado izquierdo, una parte tapada con piedras más nuevas o mejor labradas, y que indica el paraje donde existía la escala por donde bajó Jesucristo para pasar el Pretorio de Pilato al patio en que fue azotado, el cual se halla hoy al otro lado de la calle, a 38 pasos más adelante, y está ocupado por la pequeña iglesia de la *Flagelación*. Antiguamente estaba comprendido en el palacio, pues esa calle no existía.

El Pretorio propiamente, es hoy un cuartel turco; pero puede visitarse. En él muestran un cuarto bajo, que dicen fue la prisión de Jesús, y en una de las paredes del patio hay una piedra que señala el punto donde le pusieron la cruz.

Continuando en recorrer la calle, a 70 pasos mas allá de la puerta de la iglesia de la *Flagelación*, se encuentra atravesando el *Arco del Ecce Homo*, es decir, el

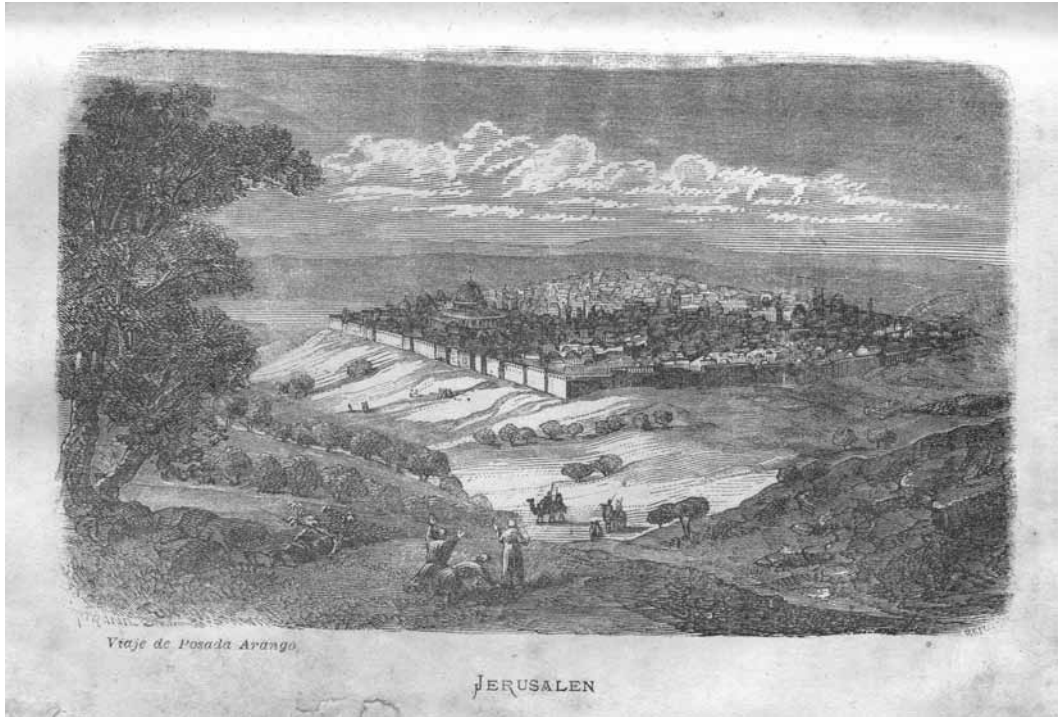
balcón en que fue asomado, esperando Pilato excitar el pueblo a compasión. Aquí existe, al lado derecho, una bella capilla moderna, perteneciente al convento de las Hermanas de Sión, dentro de la cual hay otro arco más bajo, evidentemente antiguo, que fue hallado cubierto de escombros y que es la continuación del arco exterior. Sobre él han colocado una estatua de Cristo en su actitud de rey de burlas. Esta pequeña iglesia, cuya erección data solamente de 1867, es uno de los monumentos más interesantes de Jerusalén.

Se continúa la calle por 185 pasos más, y ahí desemboca en otra que va de sur a norte. Al voltear la esquina, a la izquierda, se encuentra el lugar de la *primera caída*, marcado con una columna de piedra tendida en el suelo, y en parte sepultada. Siguiendo a la izquierda, es decir al sur, se ve la salida de otra callejuela que viene del lado del Pretorio, por donde salía María cuando se encontró con su Hijo. A 33 pasos más allá torna la calle a la derecha, para tomar su dirección primitiva hacia el poniente. Aquí está marcado en la pared del lado izquierdo, por una piedra cóncava, el lugar donde comenzó a ayudarle el Cirineo.

Desde ahí se marcha ya en pendiente, y a 120 pasos se nota, a la izquierda, una puerta baja que corresponde a la casa que habitaba la piadosa mujer que le enjugó el rostro a Jesús, y que se llamó después Verónica; y 96 pasos más adelante se ve una antigua columna de piedra que hacía parte de la puerta Judicial, por la que se salía de la ciudad. Según una tradición, fue aquí que cayó Jesús por segunda vez; aunque otros dicen haber sido poco después de su encuentro con la Virgen, por cuyo motivo llamaron al Cirineo. Los evangelios no dan pormenores sobre esto, y la tradición ha debido confundirse algo en tantos siglos.

Siguiendo en la misma dirección, se llega en ocho pasos al punto donde estaban las mujeres que lloraron al ver al Señor tan maltratado, después de todos los beneficios que había prodigado al pueblo; por lo que él, con ese lenguaje sublime que un hombre no podría tener, les dijo: “No lloréis por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos”.

El camino que conducía de ahí al Calvario, está hoy obstruido por edificios, por lo que es preciso volver a la puerta Judicial, tomar al sur, es decir a la izquierda viniendo del Pretorio, por una calle abovedada, para voltear luego a la derecha e ir al lugar de la *tercera caída*, señalado por una columna tendida cerca de la pared exterior del templo. De este punto al encuentro con las mujeres de Jerusalén, puede haber como 200 pasos en distancia directa, lo que hace ochocientos próximamente desde la *Escala santa* hasta la *última caída*.



Si volvemos ahora a la puerta de San Esteban para salir de la ciudad hacia el oriente, hallaremos inmediatamente el angosto valle de Josafat, seco en verano y por donde corre en invierno el torrente Cedrón. Antes de terminar el descenso de la pendiente, se encuentra una ancha piedra donde fue lapidado el ilustre diácono, que abrió la serie de los tres millones de mártires que confirmaron con su sangre la verdad de la Religión. Se pasa después un pequeño puente de piedra, y se tiene a la izquierda la portada de una iglesia. Desde el umbral se comienza a bajar por una ancha escalera de 48 gradas, y hacia la mitad se notan dos altares, uno de cada lado: el de la izquierda contiene el sepulcro de San José, y el de la derecha los de San Joaquín y Santa Ana. En el fondo de la iglesia, a la derecha, hay una gruta con altar donde se cree que estuvo sepultada la Virgen antes de su Asunción. Estos santuarios pertenecen a los griegos, armenios y coptos, y aun los árabes, que tienen mucha veneración por María, van con frecuencia a orar.

Saliendo de esta iglesia se encuentra inmediatamente al este la puerta de otra capilla subterránea, llamada la *Gruta de la Agonía*, porque, según parece, comunicaba antiguamente con el Huerto, y se cree que fue en ella que Jesucristo sudó sangre en la noche que precedió a su muerte. Es una gran cueva excavada en la roca, como de tres varas de altura –diariamente se dice ahí misa–; pertenece a los católicos.

A poca distancia de la gruta, al pie de la vertiente del Olivete, está el Huerto. Es un pequeño cuadrado como de 35 varas de lado, cercado de pared, convertido en jardín al interior y cultivado con esmero por uno de los religiosos franciscanos. En él existen ocho olivos de muy viejo aspecto y cuyas cepas se juzgan contemporáneas de Jesucristo, pues es bien sabido que este árbol puede vivir muchos siglos, y aunque Tito hizo talar los campos cuando tomó a Jerusalén, no es de suponerse que se hubieran tomado entonces el trabajo de arrancar las raíces.

El Huerto ha sido siempre para mí uno de los objetos más interesantes de la Palestina, y tal vez el que afectaba más vivamente mi ánimo. Él, a pesar de su silencio y su mudez, es un testigo elocuente de los más acerbos dolores y de la más grande amargura que un corazón pueda sentir. Jesús, que durante su vida no había hecho más que derramar a manos llenas beneficios sobre su pueblo, curando sus enfermos, resucitando sus muertos, alimentando las muchedumbres en los desiertos y nutriendo sus almas con la doctrina de la verdad, se hallaba ahí contando sus últimos instantes y viendo representar en su espíritu el cuadro

completo de su horrorosa pasión, de su muerte tan cruel, tan ignominiosa y tan injusta. Iba a ser vendido, por sólo treinta monedas, por uno de sus discípulos amados; esos pobres pescadores, sus únicos amigos, que en vez de acompañarlo dormían, y hasta su Padre, el Dios de las Misericordias, el consuelo de los que sufren, lo había abandonado...

Así estaba anunciado por boca de los profetas, y era preciso que la palabra santa se cumpliera hasta la última tilde. ¡Pobre Jesús! A pesar de su fortaleza divina desfalleció entre tamaña amargura, y poseído de tristeza mortal, casi intentara suplicar a su Eterno Padre revocara la fatal sentencia que había tomado sobre sí.

Misterios inefables de la Providencia, ¿quién podrá comprenderlos dignamente?

Si un simple mortal, uno que cualquiera de los benefactores de la humanidad, hubiera sido la víctima de una tal tragedia, cómo acudirían ahí los poetas, los filósofos y los sabios del mundo a buscar inspiración para sus liras, a lamentar las virtudes del héroe y a entonar sentidas elegías sobre su sepulcro. Y esos mismos no pueden ver con calma, no pueden tolerar sin escandalizarse, que la muchedumbre, ese pobre pueblo que no tiene sobre la tierra otro tesoro ni otra esperanza que su fe, vaya impedido por más nobles sentimientos, a rendir allí el homenaje de sus adoraciones, a pagar el tributo de sus lágrimas, gimiendo donde gimió su Dios.

Hacia afuera del recinto actual señalan una ancha roca donde dormían los apóstoles, y el paraje donde Judas le dio el beso traidor.

Dejando el Huerto y ascendiendo por la falda del monte Olivete, puede llegarse en media hora a su cima. Con 150 pasos antes de terminar la subida, y un poco a la derecha, está el lugar donde congregados los apóstoles, antes de dispersarse a predicar por las naciones, compusieron el *Credo*. Yo me postré en tierra y repetí con emoción, palabra por palabra, esa misma profesión de fe.

¡Cómo podría permanecer impasible yo, que yendo desde el otro lado de los mares, desde las selvas remotas de la América y al cabo de diecinueve siglos, me encontraba en aquel sitio, capaz de exclamar con la mano sobre el corazón: *¡Creo que existe un Dios soberano, hacedor del universo; creo, y esa creencia es mi supremo consuelo, que por un exceso de su misericordia nos envió su Hijo, que vestido con la carne de una virgen sufrió la muerte sobre estos mismos lugares, ofreciéndose como víctima expiatoria por nuestros delitos; creo que éste resucitó después y volvió al seno de su Padre, de donde vendrá un día, con el carácter de juez, a residenciar a*

los hombres, impartiendo a los unos el castigo y a los otros el premio que merecieren sus obras!

No faltan sin embargo desgraciados que, recorriendo esos mismos sitios, han hallado sólo la incredulidad. Para ellos aquella naturaleza muerta nada dice: no comprenden su misterioso lenguaje. Esos monumentos que se ven esparcidos por doquiera y que hablan en todas las lenguas y para todos los pueblos, son mudos ante ellos; la tradición viva que ha conservado la memoria de tantos prodigios, ellos no la entienden, quisieran tergiversarla a su manera; y obcecados por su necio orgullo, o más bien dejados de la mano de Dios en el más terrible de sus castigos, sólo aciertan a abrir sus labios impuros para blasfemar...

Un poco más arriba se encuentra el lugar donde Jesucristo enseñó el *Pater noster* a sus discípulos. Antiguamente había ahí una iglesia. La princesa de la Tour d'Auvergne que ha comprado el terreno, lo hizo encerrar en un muro, y parece que se dispone a reedificar el oratorio.

En la cima del monte, ligeramente allanada, hay un caserío árabe y una mezquita arruinada, que reemplaza la iglesia que en tiempo de los cruzados ocupaba el lugar de la *Ascensión*. Fue allí que Jesucristo, "cuarenta días después de su resurrección, en presencia de cerca de ciento veinte discípulos, les echó la bendición, y fue elevándose a los cielos hasta perderse de vista"; y allí mismo debe bajar sobre las nubes,⁵ entre escuadrones de querubines armados, en el día terrible de su justicia, en que, como dice el profeta, "oscurecerse han el sol y la luna; las estrellas retirarán su esplendor; y al hacer oír el Señor su voz desde Sión, el cielo y la tierra se estremecerán".⁶

Desde ese punto se alcanza a percibir al oriente el Mar Muerto, una parte de la llanura de Jericó y el valle profundo del Jordán; y en la pendiente, del lado de Jerusalén, se ve el sitio donde Jesús lloró contemplando la ciudad y profetizando su ruina.

El valle de Josafat, que como queda dicho está al oriente de la ciudad, separándola del monte Olivete, se extiende de norte a sur por cerca de tres cuartos de legua, recorrido por el cauce desecado del Cedrón. Casi todo él está convertido en cementerio por los pobres judíos, pues maldecidos y despreciados en todas las naciones, hallan su consuelo en ir a descansar allí a la vista de esa Jerusalén

⁵ Mt 26, 64.

⁶ Jl 3, 15-16.

que nunca más poseerán. Ni cruces, ni cipreses, ni flores sombrean sus cenizas: piedras sin labrar, dispersas como el ocaso, marcan sólo sus sepulcros, ¡como si aún después de la muerte pesara sobre ellos la reprobación!

A poco de recorrer el lecho del Cedrón hacia el sur, se encuentran a la izquierda unos monumentos antiguos en forma de torres, que se reputan ser las tumbas de Absalón, Josafat y Zacarías. Más adelante, a la derecha, existe un pozo de agua viva, al cual se baja por una escalera de 30 gradas, pero muy tendida. Las gentes piadosas, ese pueblo sencillo cuyo corazón no se ha endurecido con las abstracciones de la ciencia, ni conoce el análisis letal con que una filosofía apasionada conduce al hombre a dudar de todo, hasta de su propia existencia; esas buenas gentes, que pueden poner sus afectos en cualquier objeto, evocando en él algún tierno recuerdo de la *Madona* o de su Niño, tienen en gran veneración dicha fuente, que llaman de la Virgen, porque creen que María durante su residencia en Jerusalén, lavaba ahí sus pobres pañales. El agua es fresca y limpia, pero un poco salobre.

Un poco más lejos está la Fuente de Siloé, que es otro pozo que recibe el agua de la Fuente de la Virgen por un canal subterráneo. En él curó Jesucristo un ciego de nacimiento, mandándole bañarse los ojos, después de lo cual le preguntó: —¿Crees en el Hijo de Dios? —¿Quién es, Señor? —dijo el otro—. —El mismo que te ha curado. —Creo, contestó, y le adoró.⁷

A la izquierda se ve el villaje de Siloé, incrustado en los barrancos del *Monte del Escándalo*, que es la continuación meridional del Olivete, y que debe su nombre a los altares que Salomón, en su prevaricación, erigió en él a los ídolos de sus mujeres.

Andando un poco más, se llega a una morera llamada *el Árbol de Isaías* porque, según la tradición, marca el sitio en que el célebre profeta fue dividido por mitad, con una sierra de madera, de orden del perverso real Manasés.

No puede recordarse el nombre de Isaías sin que se vengan a la memoria las profecías tan explícitas en que, siete siglos antes del nacimiento de Jesús, había anunciado su procedencia de una virgen, su carácter y las circunstancias de su pasión, con una claridad tal, que por sí solas bastarían a probar la divinidad de Jesucristo, mostrando en él al Mesías que todas las naciones esperan.

No quiero resistir el deseo de no transcribirlas.

⁷ Jn 9.

Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emanuel, o *Dios con nosotros*.⁸

Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y estará lleno del espíritu del temor del Señor. Él no juzgará por lo que aparece exteriormente a la vista, ni condenará sólo por lo que se oye decir, sino que juzgará a los pobres con justicia y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra.

Y en el día en que el renuevo de la raíz de Jessé esté puesto como señal o estandarte de salud para los pueblos, será invocado de las naciones, y su sepulcro será glorioso.⁹

Hé aquí mi siervo, mi escogido en quien se complace el alma mía; yo estaré con él: sobre él he derramado mi espíritu, él mostrará la justicia a las naciones.

Mansísimo y modesto, no voceará ni será aceptador de personas; no quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que aún humea: ejercerá el juicio conforme a la verdad.

No será melancólico ni turbulento, mientras establecerá en la tierra la justicia; y de él esperarán la Ley divina las naciones.¹⁰

Sabed que mi siervo estará lleno de inteligencia y sabiduría: será ensalzado y engrandecido, y llegará a la cumbre de la gloria.

Al modo que tú, oh Jerusalén, fuiste en tu ruina el asombro de muchos, así también su aspecto parecerá sin gloria delante de las gentes, y en una forma despreciable entre los hijos de los hombres.

Él rociará o purificará a muchas naciones; en su presencia estarán los reyes escuchando en silencio, porque aquellos a quienes nada se había anunciado de él por sus profetas, le verán, y los que no habían oído hablar de él, le contemplarán.¹¹

⁸ Is 7,14.

⁹ Is 11, 1. 5.10.

¹⁰ Is 42, 1. 4.

¹¹ Is 52, 13.15.

¡Mas, hay! ¿Quién creará a nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor? Porque él crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raíz en tierra árida: no es de aspecto bello, ni es esplendoroso. Nosotros le hemos visto, dirán, y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención hacia él.

Vímosle después despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrenta, por lo que no hicimos caso de él.

Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestros pecados y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado. Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fue él llagado, y desplazado por nuestras maldades: el castigo que debía hacer nuestra paz con Dios, descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados.

Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del Señor para seguir su propio camino, y a él solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros.

Fue ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resistencia, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que le esquila.

Después de sufrida la opresión e inicua condena, fue levantado en alto. Pero la generación suya, ¿quién podrá contarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para expiación de las maldades de mi pueblo le he herido yo, dice el Señor.

Y en recompensa de bajar al sepulcro, le concederá Dios la conversión de los impíos; tendrá por precio de su muerte al hombre rico, porque él no cometió pecado ni hubo dolor en sus palabras.

Y quiso el Señor consumirle con trabajos; más luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma, y quedará saciado.

Este mismo justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina o predicación, y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré como porción o en herencia suya, una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes, pues que ha entregado su vida a la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos y ha rogado por los trasgresores.¹²

Como lo ha dicho con razón uno de los expositores, en estos pasajes más bien parece Isaías un evangelista que un profeta.

A pocos pasos del *Árbol* se reúne el valle de Siloé con el angosto y profundo de Hennon, tan citado en los Libros Santos con los nombres de Tofet y Gehenna. En él hacían los judíos, a imitación de los paganos, sacrificios humanos al ídolo Moloc, chamuscando sus propios hijos. Bajando hacia el este se encuentra un pozo profundo, de donde se saca el agua por medio de cubas atadas a una cuerda. Fue aquí que Jeremías depositó el fuego sagrado cuando los judíos fueron llevados en cautividad a Babilonia; y al regreso, Nehemías hizo sacar de ahí mismo agua fangosa con la que roció la leña del sacrificio, que al instante tomó fuego.¹³

Recorriendo el valle de Hennon al occidente, se tiene a la izquierda el *Monte del Mal Consejo*, cuyo nombre recuerda el conciliábulo que los Doctores tuvieron en él, en una casa de campo de Caifás, para deliberar sobre la manera de perder a Jesús. En él acampó Pompeyo cuando fue a sitiar a Jerusalén. En su flanco, que es casi vertical, se ven excavadas en la peña muchas grutas antiguas, y encima está el *Campo de Sangre, o Hacéldama*, que perteneció a un alfarero y que fue comprado con el dinero que Judas devolvió. Fue convertido en cementerio de forasteros, y aún existen varias grutas sepulcrales.

A la derecha está la pendiente meridional del monte Sión, que es preciso ascender para dirigirse a la puerta que conduce por ese lado a la ciudad. Antes de llegar, y por consiguiente afuera de la muralla, se encuentra a la izquierda un viejo edificio que perteneció antes a los franciscanos y que hoy ocupan los turcos; pero puede visitarse con un pequeño regalo. Es el *Cenáculo*, uno de los lugares más venerables de Jerusalén. Si los otros inspiran tristeza, este es un manantial de inagotable consuelo. ¡Qué escenas se han pasado ahí!

¹² Is 53.

¹³ M 1, 21.

En ese recinto instituyó el Salvador el sacramento augusto de la *Eucaristía*, con aquellas memorables palabras: “Tomad y comed: este es mi cuerpo; tomad y bebed: esta es mi sangre.”¹⁴ Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida; y quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él”.¹⁵

Allí mismo, después de resucitado, confirió a sus discípulos la potestad de absolver nuestras culpas, diciéndoles: “Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáis, y quedan retenidos a los que se los retuviéreis”.¹⁶ Fue también ahí que los apóstoles recibieron el Consolador que les estaba prometido: “De repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos: entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu ponía en su boca. Y la multitud de forasteros que había en Jerusalén y que los oían, estaban pasmados al ver que cada uno los entendía en su propia lengua”.¹⁷

En ese mismo lugar celebraron los apóstoles el primer concilio, hicieron la elección de Matías en reemplazo de Judas, nombraron los siete diáconos, y consagraron a Santiago el Menor obispo de Jerusalén. Ahí estuvo el Arca Santa hasta la construcción del templo; y según se cree con fundamento, es en ese mismo sitio que está sepultado David.

No lejos del Cenáculo, un tanto al oeste, existe una capilla armenia, en el local que ocupaba el palacio de Caifás, donde Jesús fue abofeteado por Malco y negado por San Pedro. Toda esta parte se hallaba comprendida dentro de los antiguos muros.

Entrando en la ciudad se encuentra pronto el vasto convento armenio, donde está incluida la casa de Anás, y adjunta se halla la iglesia de Santiago, una de las más adornadas y bellas de Jerusalén, construida en la prisión en que el apóstol fue degollado.

¹⁴ Mt 26, 26.28.

¹⁵ Jn 6,56-57.

¹⁶ Jn 20, 23.

¹⁷ Lc; Hch 2.

Según la tradición, Jesús fue conducido del Huerto de Getsemaní por la ribera de Cedrón, donde sufrió una caída; lo entraron a la ciudad por la puerta Esterquilina, cerca del ángulo oriental del muro del sur, para ir a casa de Anás; en seguida lo condujeron al palacio de Caifás, donde permaneció preso hasta el amanecer, en que fue llevado al Pretorio de Pilato, y de ahí a presencia de Herodes. El palacio de este último, cuyas ruinas se ven, se hallaba al norte del *Arco del Ecce Homo*, cerca del convento actual de las Hermanas de Sión.

Véanse también en la ciudad los restos de la cárcel donde estaba encadenado San Pedro cuando lo libertó el ángel, y la casa de María, madre de Juan Marcos, donde se refugió aquella noche.¹⁸

El antiguo templo de Jerusalén, la maravilla del mundo, ocupaba la parte oriental de la ciudad, el monte Moria que había sido allanado; y hoy se eleva en su lugar la mezquita de Omar, coronada por la medialuna. Al echarlo de menos, yo, forastero sobre ese suelo, traía con tristeza a mi memoria la oración de Salomón al acto de consagrarlo: “Cuando el extranjero que no pertenece a tu pueblo de Israel, viniere de lejanas tierras por amor de tu Nombre, puesto que la fama de tu grandeza y tu poder se esparcirá por todas partes; cuando viniere, digo, y orare en este templo, tú le oirás desde el cielo, desde aquel firmamento en que tienes tu habitación, y le otorgarás todo cuanto te suplicare: para que así todos los pueblos del mundo aprendan a adorar tu santo Nombre, como tu pueblo de Israel, y sepan por experiencia que tú eres invocado en esta Casa que yo te edifiqué”.¹⁹

Consolábame sin embargo, al percibir sobre el Gólgota la otra cúpula dominada por la cruz, que me recordaba una promesa más reciente y más explícita: “Cuanto pidiéreis a mi Padre en mi nombre, se os concederá”.²⁰

La célebre mezquita, cuya entrada estaba rigurosamente prohibida a los extranjeros, hasta hace poco tiempo, puede visitarse hoy mediante algunos francos. Por doquiera es exacta la máxima de que *una llave de oro abre todas las puertas*.

Esa misma prohibición ha hecho que se le mire con un grande interés, que realmente no tiene. Está reducida a una gran cúpula, antes dorada y hoy

¹⁸ Hch 12 .

¹⁹ Re 8, 41.43.

²⁰ Jn 16, 23.

negra, que cubre un tambor octágono, tapizado exteriormente de losas azules con versos del Corán, con una puerta para cada uno de los cuatro puntos cardinales, alzándose sobre una plataforma rectangular, entre arcadas y columnas de mármol, en medio de un vasto patio en que crecen algunos pinos y cipreses, y al cual corresponde la parte oriental de la muralla con su puerta Dorada, hoy obstruida. En el interior se encuentra, rodeado de una balaustrada de madera dorada, una gran piedra calcárea, de cerca de 20 varas de diámetro, que es el objeto principal de la veneración de los musulmanes. Según sus absurdas tradiciones, sobre ella dormía Jacob cuando tuvo en Betel el sueño misterioso de la escala; de ahí dicen que se elevó Mahoma al cielo, montado en su yegua, en confirmación de lo cual muestran depresiones que serían marcas de los cascos del animal y de la cabeza del *profeta*, que a juzgar por el molde, además de dura era bien grande. Dicha piedra forma una bóveda, de modo que puede bajarse a una cámara que existe debajo de ella; por lo que los árabes pretenden que está en el aire, sostenida por el arcángel Gabriel, aunque ven bien que descansa en sus bordes y en una columna lateral que la sostiene. Golpeando en el suelo de dicha cámara, se siente que hay debajo otra cavidad, por lo claro del sonido.

Según todas las apariencias esta roca hace parte del suelo, y ha debido existir siempre ahí. Algunos suponen que, descubierta al preparar el terreno para la construcción del templo de Salomón, la dejaron como ara en que se hacían los holocaustos.

Además de la roca indican ahí varios *sitios sagrados*: el trono de David y su tribunal, trono de Salomón, de Mahoma, el punto donde Saladino hizo su primera comida después de la toma de la ciudad, la balanza invisible en que se pesan las acciones de los mortales, la bandera de Omar, el estandarte de Mahoma, etc.

Dentro del mismo recinto de murallas, del lado del sur, está la mezquita llamada el *Aksa*, nombre que han aplicado a la basílica de Santa María, construida por el emperador Justiniano. Los cristianos la denominan Iglesia de la Presentación, porque ahí quedaba el altar del antiguo templo en que María ofrendó su Niño. Es una iglesia de siete naves, con la fachada al norte, sostenida por columnas cortas, de capiteles corintios, y coronada de cúpula. Debajo hay unos subterráneos, y por ahí muestran una piedra excavada, que los árabes pretenden haber servido de cuna al Niño.

Más importante que todo eso es la antigua *Puerta Especiosa* del templo, situada en el muro del norte, cerca de la Piscina Probática, que recuerda el primer milagro de San Pedro.

Subían un día Pedro y Juan al templo, a la oración de la hora nona. Y había un hombre, cojo desde el vientre de su madre, a quien traían a cuestras y ponían todos los días a la puerta del templo, llamada Especiosa, para pedir limosna a los que entraban en él. Pues como éste viese a Pedro y Juan que iban a entrar, les rogaba que le diesen limosna. Pedro entonces, fijando la vista en el pobre, le dijo: plata ni oro yo no tengo; pero te doy lo que poseo: en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y camina. Y cogiéndole de la mano derecha le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y los pies, y echó a andar por sí mismo; y entró con ellos en el templo, saltando de gozo y loando a Dios.

Y Pedro dijo a la muchedumbre que acudía asombrada: ¿Por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando a nosotros como si por virtud o potestad nuestra hubiésemos hecho andar a este hombre? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado con esto a su Hijo Jesús, a quien vosotros habéis entregado y negado en el tribunal de Pilato, juzgando éste que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros renegásteis del Santo y del Justo, y pedisteis que se os hiciera gracia de la vida de un homicida: disteis la muerte al Autor de la vida; pero Dios le ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de su resurrección. Su poder es el que, mediante la fe en su nombre, ha consolidado los pies a este que vosotros visteis y conocisteis tullido; de modo que la fe que de él proviene, es la que ha causado esta perfecta curación delante de todos vosotros.²¹

De hechos semejantes, ejecutados en pleno mediodía y a la faz de las poblaciones enteras, está llena la vida de Jesús y de sus discípulos; hechos que ningún contemporáneo se atrevió a contestar, porque para todos eran evidentes y palpables. Por el contrario, aun los césares paganos quisieron inscribirlo entre sus divinidades.

¿Cómo, pues, los que dan crédito a las narraciones de la historia profana, querrán que se les tenga por personas de buena fe y de criterio, por espíritus rectos, cuando se empeñan en negar la realidad de los milagros, únicamente porque no los comprenden? ¿Como si Dios, omnipotente, hubiera de andar solo por el sendero trillado de las leyes físicas que nosotros conocemos!

²¹ Lc; Hch 3.

Y pues, si no sólo se vio a ese Nazareno dar cumplimiento en sí a cuanto las profecías tenían anunciado; si no sólo se le vio andar sobre las aguas, imponer silencio a las tempestades, curar con su querer toda suerte de dolencias, dar vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los paralíticos, y aun resucitarse a sí mismo, con tal evidencia que sus numerosos testigos prefirieron la muerte en los patíbulos, antes que confesarse unos ilusos; si no sólo, digo, se le vio ejecutar todo aquello, si no que aun su nombre, evocado por gentes sencillas, sin ciencia y sin instrucción, causaba iguales prodigios;²² si su doctrina, establecida por tan oscuros misioneros, ha causado en el mundo una total transformación ¿cómo se podrá, procediendo de buena fe, rehusarse a reconocer en él un ser sobrenatural y divino, negarse a mirarlo como el Mesías prometido por boca de los profetas y esperado por todas las naciones? Quién, llevando la mano al corazón y a la frente, no siente que se agita torturada su conciencia, y que en medio del torbellino de las pasiones, quiere exclamar como Pedro: *Tu es Christus filius Dei vivi.*, “Sí, Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”.

No, no es la religión el patrimonio de los necios; no es la simplicidad, no es la sencillez, no es la credulidad, no es la ignorancia lo que se necesita para ser cristiano: es sólo proceder de buena fe, es buscar la convicción con ánimo despreocupado y con honradez, arrojando de sí el espíritu de soberbia, quitando de sus ojos la venda de las pasiones, rompiendo el prisma de los intereses mundanales, que conspiran a ofuscar la verdad, porque ella se opone a su reinado. Es cierto que el cristianismo, como ha dicho Frayssinous, tiene sus misterios, tiene su parte oscura que lo hace meritorio; pero tiene también su parte clara, su parte luminosa, que lo hace eminentemente racional.

Una parte del muro que encierra el recinto de la gran mezquita, en su lado occidental, presenta caracteres de mucha antigüedad, y ha sido considerado por todos como restos del templo hebreo; en él se ven piedras enormes, de seis y siete metros de longitud. Es ahí que los judíos, en uso de un derecho que han comprado repetidas veces a peso de oro, se reúnen todos los viernes por la tarde a llorar la pérdida de su nacionalidad y la destrucción de su santuario.

Las mujeres van envueltas en sus mantos, pero con la cara descubierta; los niños llenos de harapos; los hombres con su sayal o túnica a manera de bata, hendido a los lados hasta la altura de la rodilla, dejando ver las medias que cubren

²² Mt 10, 8; Hch 6,8; Hch 8, 6.8; Hch 9, 34.40; Hch 14,9; Hch 19,12.

toda la pierna, y con un gorro a manera de turbante, y un mechón de cabellos largos delante de cada oreja: todos ellos revelando la más grande miseria y un supremo abatimiento. Toda esa muchedumbre, los unos sentados, los otros en pie, algunos de rodillas, agitándose constantemente, exhalan ahí en presencia de su Dios el dolor que no pueden reprimir, besando repetidas veces el viejo muro que bañan con sus lágrimas, y leyendo con voz entrecortada la sentida oración de Jeremías, que parece dictada aún para ellos:

Acuérdate, oh Señor, de lo que nos ha sucedido; mira y considera nuestra ignominia. Nuestra heredad ha pasado a manos de extranjeros: en poder de extraños se hallan nuestras casas. Nos hemos quedado como huérfanos privados de su padre: están como viudas nuestras madres. A precio de dinero bebemos nuestra agua, y con dinero compramos nuestra leña.

Pecaron nuestros padres, y ya no existen, y el castigo de sus iniquidades lo llevamos nosotros. Nuestros esclavos se han enseñoreado de nosotros; no hubo quien nos libertase de sus manos. Con peligro de la vida vamos a lugares desiertos en busca de pan, temiendo siempre la espada. Quemada y denegrida ha puesto nuestra piel el hambre atroz.

Faltan ya en las puertas los ancianos, ni se ven los jóvenes en el coro de los músicos que tañen. Extinguióse la alegría en nuestro corazón: convertido se han en luto nuestras danzas. Han caído de nuestras cabezas las coronas.

¡Ay de nosotros que hemos pecado! Por esto ha quedado melancólico nuestro corazón, por esto perdieron la luz nuestros ojos. Porque desolado está el santo monte de Sión; las raposas se pasean por él.

Empero tú, oh Señor, permanecerás eternamente: tu solio subsistirá en todas las generaciones venideras. ¿Por qué te has de olvidar para siempre de nosotros? ¿Nos has de tener abandonados por largos años?"

Conviértenos, oh Señor, a ti, y nos convertiremos; renueva nuestros días felices como al principio. Mas tú, Señor, nos has desechado como para siempre; te has irritado terriblemente contra nosotros.²³

Espectáculo es ese, que no puede verse sin profunda emoción. ¡Qué reflexiones inspira! ¡Hoy, después de diecinueve siglos de la venida del Mesías, cuando

²³ Jr; Lm, 5.

ya la luz del Evangelio ha sido llevada hasta los más remotos rincones de la tierra, todavía, sobre ese mismo monte de Sión, aquellos pobres ciegos desconocen la fuerza de la verdad, lloran obstinados sobre las ruinas del templo de los antiguos sacrificios, y bajan al sepulcro sumidos en su error!

Y por una rara coincidencia, han elegido para sus plegarias el mismo día y hora en que fue inmolada la Víctima santa cuyo carácter no quieren comprender.

En ellos se ve cumplida fielmente la palabra del profeta: “Yo os llamé, y no respondisteis; os hablé y no hicisteis caso. Por tanto, sabed que mis siervos comerán, y vosotros padeceréis hambre; mis siervos beberán, y vosotros padeceréis sed; mis siervos se regocijarán, y vosotros estaréis avergonzados; y sabed, en fin que mis siervos, a impulsos del júbilo de su corazón, entonarán himnos de alabanza, y vosotros, por el dolor de vuestro corazón, alzaréis el grito, y os hará dar aullidos la aflicción de ánimo. *Y dejaréis cubierto de execración vuestro nombre a mis escogidos.* El Señor Dios acabará contigo, oh Israel, *y a sus siervos los llamará con otro nombre;*²⁴ en el cual nombre, quien fuere bendito sobre la tierra, bendito será del Dios verdadero”.²⁵

Los otros monumentos que existen aún en Jerusalén dignos de visitarse, son las piscinas y las grutas.

La piscina de Ezequías está comprendida dentro de la ciudad, y rodeada de casas, de modo que es preciso pedir permiso en alguna de ellas para entrar a verla. Es un pozo rectangular de 73 metros de longitud y 44 de latitud, que recibe el agua, para el uso de la población, por un acueducto que viene del Estanque Superior. Este se halla situado afuera de las murallas, como a 400 varas al occidente de la puerta de Jafa: tiene 90 metros de longitud y 83 de latitud. El Estanque Inferior o piscina del Rey, la mayor de todas, pues que tiene 180 metros de largo y 78 de ancho, está en parte destruido y permanece en seco: se encuentra al sur de la puerta de Jafa, no lejos de la muralla, en el principio del valle de Hennon.

Todo el terreno de las montañas de Jerusalén está constituido por un calcáreo compacto, muy semejante a la piedra litográfica, y en él se encuentran a cada paso grutas excavadas artificialmente con más o menos regularidad, de las cuales unas estaban destinadas a servir de sepulcros, y otras fueron habitadas por anacoretas de los primeros siglos de nuestra era.

²⁴ ¿Cristianos?

²⁵ Is 65,12.16.

Entre esas cavernas llaman la atención las conocidas con los nombres de tumbas de los Reyes, de los Jueces y de los Profetas.

Las primeras están situadas al norte de la puerta de Damasco, como a ocho cuabras. Se nota ahí una especie de pozo cuadrado, con una puerta en arco en uno de los lados. Luego que se entra, se halla un corredor labrado en la roca, con coronas y otros dibujos en relieve: a la izquierda se ve una puerta por la que se llega a una escalera que conduce a una sala subterránea, debajo de la cual existe otra semejante, y a los lados hay otras cámaras que comunican con la sala por puertas en arco. En las cámaras se ven numerosas cavidades excavadas de punta en las paredes, enteramente semejantes a las bóvedas sepulcrales que se usan entre nosotros (en Medellín).

Se ignora en qué tiempo fueron hechos estos trabajos, y qué personas fueron sepultadas ahí: pero se reconoce sin dificultad participación del arte griego, por lo que se les atribuye a los últimos reyes de Judea, posteriores a Herodes. Hacia la misma época debieron ser hechas las tumbas impropriamente llamadas de los Profetas y de los Jueces, cuya construcción es semejante a aquellas. Estas últimas se encuentran del lado de la puerta de Damasco, más retiradas aún que la de los Reyes; y las de los Profetas están en el Olivete.

Es también del lado de la puerta de Damasco que se halla la gruta que habitó Jeremías después de la ruina de la ciudad, y donde compuso sus memorables lamentaciones. Es una gran cueva de 50 pasos de diámetro. Pertenece a un santón turco que la ha comprendido dentro de los muros de su casa, para especular haciéndose pagar de los que la visitan, a la vez que ha establecido en ella un molino de trigo. Ahí cerca hay un pozo con agua, que suponen ser la cisterna en que el profeta fue arrojado por orden del rey Sedecías.

Jerusalén está situada a los 31° 47' de latitud norte, y los 33° al oriente del meridiano de París; su elevación sobre el nivel del mar se calcula en 805 metros; su temperatura media, que determiné por el método de las cisternas, es 17°,5 centígrados; pero en esa época subía a 28° a las dos de la tarde.

Su población, que antiguamente era hasta de 120 mil, apenas llega hoy a 20 mil habitantes, de los que 8 mil son judíos, 7 mil musulmanes, 3 mil griegos cismáticos, 1.500 católicos, y los demás armenios y coptos.

Los judíos tienen sinagoga, hospicio y hospital; los musulmanes, además de sus mezquitas ruinosas, tienen veneración por los templos cristianos, pues miran a Jesús como un gran profeta, aunque inferior a Mahoma; los griegos tienen un patriarca, hospicios, hospital, ocho conventos de hombres y cinco de

mujeres; y los armenios cuentan también con su patriarca, un buen convento y varias capillas.

El catolicismo está representado ahí por un obispo o patriarca y por los padres franciscanos, que componen la Misión de Tierra Santa, distribuida en varios monasterios de la Palestina, pero dependientes todos del Guardián que reside en el convento de San Salvador, en Jerusalén.

Los servicios que esos pobres monjes prestan ahí a la religión, son muy positivos, y merecen por lo mismo un constante apoyo. Ellos son los custodios de los Santos Lugares, los encargados de mantener allá el verdadero culto, haciendo arder incesantemente su lámpara en los altares, como homenaje de adoración de todo el orbe católico; ellos son los representantes de los héroes cruzados, los sucesores de los reyes de Jerusalén; y con su pobreza, su humildad y sus oraciones, nos conservan abiertas todavía las puertas del Santuario, que la espada no pudo conquistar.

Además, ellos tienen en todos sus conventos una escuela árabe y otra italiana, para dar gratuitamente a los niños la instrucción literaria, moral y religiosa; tienen un religioso profesor de medicina, y una buena farmacia, para distribuir generosamente a la población los recursos de la ciencia; sostienen las familias necesitadas, que son muchas, pagándoles las habitaciones y contribuyendo a su alimentación con lo que ahorran en sus ayunos ¡Ejemplo sublime de caridad evangélica! ¡Difunden la palabra divina por medio de pláticas en la lengua del país; llevan los consuelos de la religión a los moribundos, y albergan caritativamente todos los peregrinos pobres. Y sin embargo, viven de limosnas que cada día escasean!

Últimamente se han establecido también allá algunos protestantes, y cuentan ya con un hospicio, un hospital, escuelas y un obispo pagado por la Prusia.

El número de peregrinos que concurre anualmente a Jerusalén es bien considerable, pues entre los católicos solamente se calcula en treinta mil, y el de los cismáticos no es menor. Todas las sectas, cada una a su manera, rinden allí su adoración.

Así estaba profetizado.

“Y cuando yo seré levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré hacia mí (Jesucristo)”.²⁶ “Vendrán a ti las naciones lejanas, y trayendo dones adorarán en ti al Señor, y tendrán tu tierra por santa”.²⁷

²⁶ Jn 12, 36.

²⁷ Tb 13, 14.


XII

Todo contribuye en Jerusalén a entristecer el ánimo del viajero, a hacer brotar en su espíritu ideas de profunda melancolía: su cielo pálido y escaso de nubes, sus cerros calcinados y desnudos, sus campos áridos y yermos, las mil cavernas que se ven por todas partes, las rocas hendidas, los torrentes desecados, la ciudad ruinosa, los recuerdos dolorosos de la pasión del Cristo, la contemplación del Valle de Josafat, cubierto de sepulcros, con los pensamientos que inspira sobre el juicio universal, todo aquello reunido angustia el corazón y hace sentir la necesidad de respirar otro aire, de buscar otro horizonte.

Por fortuna, dos horas son suficientes para cambiar de perspectiva y de impresiones, dirigiéndose a Belén.

Se sale de Jerusalén por la puerta de Jafa; se marcha al sudoeste, pasando cerca de la gran piscina de Salomón y dejando a la izquierda el Monte del Mal Consejo, para atravesar, durante una hora, el llano en que el ángel del Señor mató en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib, que sitiaba la ciudad en tiempo de Ezequías.¹ Por ahí, un poco a la derecha de la ruta, se ven las ruinas de la casa de Simeón, aquel santo sacerdote a quien Dios había revelado que no moriría sin haber visto al Mesías; por lo cual, al recibir el niño que María presentó en el templo, exclamó inspirado: “Ahora, Señor, bien puedo morir en paz, pues que mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine a los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel”.²

¹ Re 19, 35.

² Lc 2, 29.32.

Encuétrase más allá, en la mitad del camino, una cisterna llena de agua, en la que dicen se detuvieron los Magos para dar de beber a sus caballos, cuando iban para Belén, y donde vieron reaparecer la estrella milagrosa que les servía de guía, y que se había ocultado desde su aproximación a Jerusalén. Poco después se llega a una ligera cuchilla, donde está un convento griego de San Elías, pasada la cual se pierde de vista a Jerusalén, mientras que Belén aparece a lo lejos.

En adelante el camino continúa en suave declive. Se halla en el tránsito la tumba de Raquel, monumento del siglo xvii, coronado con una cúpula, pero que ocupa positivamente el sitio donde fue sepultada la esposa querida de Jacob, cuyo sepulcro existía en tiempo de Moisés y que aun alcanzó a ver San Jerónimo. Los árabes y los judíos tienen por ella igual veneración, y la refaccionan con frecuencia.

Casi al llegar a Belén, desviándose a la izquierda, se encuentran unas cisternas que llevan el nombre del Rey profeta, porque se supone que fue de ellas que él quiso beber en una de sus guerras con los filisteos, y cuya agua fueron a buscar sus capitanes por entre las filas enemigas; pero él la derramó, como un obsequio a Dios.

La patria querida de David es hoy una población más reducida aun que en el tiempo en que el profeta Miqueas exclamaba: "Tú, Belén, eres pequeña entre las ciudades de Judea; pero de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fue engendrado desde la eternidad".³ Sus casas, en un todo semejantes a las de Jerusalén y Jafa, separadas apenas por callejuelas irregulares y angostas, están agrupadas sobre una colina, destacándose en medio de la iglesia de la Natividad, que ocupa el lugar del nacimiento del Mesías, rodeado de los conventos latino, griego y armenio.

Este templo, que se halla en poder de los griegos, es la única construcción que ha quedado de la época de Santa Elena. Está formado de cinco naves, separadas por columnas cortas, presentando bastante semejanza en su interior con la iglesia de la Presentación, llamada el *Aksa*.

Bajo el altar principal hay un subterráneo al cual puede descenderse por dos escaleras, una de cada lado; y es ahí que se encuentra la *Gruta de la Natividad*, es decir, el lugar mismo donde nació Jesús. Es una ancha cueva de más de doce varas de longitud, cinco de anchura y tres de elevación, mirando al occidente como la

³ Mi 5, 2.

iglesia, cubierta de mármol, y con una grande estrella de plata incrustada en el suelo, en la cual se lee esta inscripción: *Hic de Virgine María Jesus Christus natus est*. En el mismo piso subterráneo, a la derecha y casi al frente de dicha gruta, hay otra cueva con dos altares, el uno en el *Pesebre* propiamente dicho, es decir en el paraje donde el Niño fue expuesto a la adoración de los pastores, y el otro donde le hicieron sus ofrendas los Magos; ambos sitios adornados con cuadros relativos a escenas que ahí tuvieron lugar; y en el Pesebre arden constantemente veintiuna lámparas de plata.

Yo hubiera querido más bien hallar el establo primitivo, y si hubiera sido posible, aun su paja, su buey y su mula. Sin embargo, la consideración de esos objetos no dejaba de despertarme gratos recuerdos infantiles. ¿Quién no se ha alegrado en su niñez al aproximarse la Nochebuena? ¿Quién no ha gozado de las fiestas sencillas con que las familias cristianas conmemoran el nacimiento del Niño? ¿Quién, en esa época feliz de la inocencia, no ha hallado placer en las *misas de gallo*, las apuestas de los aguinaldos, el canto de los villancicos y en los hermosos pesebres? El cristianismo, en medio de la sublimidad de sus misterios que cautivan la inteligencia, tiene también su poesía y su encanto que tocan el corazón.

Las grutas mencionadas están en comunicación por medio de una puerta cuya llave manejan los latinos, con una galería que les pertenece exclusivamente, y en la cual existen varios altares o capillas, a saber: uno dedicado a San José, en el paraje donde el santo patriarca dormía cuando le fue revelada por el ángel la orden de huir a Egipto; una gruta donde fueron sepultados los inocentes que Herodes hizo degollar; un altar a San Eusebio de Cremona, otros a Santa Paula, Santa Eustoquia y San Jerónimo, donde estuvieron sus sepulcros antes de ser trasladados a Roma, y finalmente la cueva que el santo Doctor habitó por cuarenta años, en la que compuso, en medio de sus austeras penitencias y oyendo sin cesar la trompeta del Juicio, sus importantes obras.

Dirigiéndose para el lado del oriente se encuentra, al terminar la población, una cueva convertida en capilla por los católicos, y venerada bajo el nombre de Gruta de la Leche, porque la tradición refiere que la Virgen la habitó algún tiempo, antes de su fuga a Egipto. Está excavada en una roca cretácea muy deleznable, cuya tierra toman las nodrizas para aumentar su leche. Bajando en seguida la pendiente de la colina, se llega a un vallejuelo donde existe la *Aldea de los Pastores*, distante veinticinco minutos de Belén; poco mas allá, a la izquierda del sendero, muestran el campo de Booz, donde la pobre Ruth iba a espigar;

y después una caverna profunda, a la cual se descende por veinte escalones, donde se dice estaban los pastores cuando los ángeles fueron a anunciarles el nacimiento del Niño; está convertida en capilla armenia.

Al occidente de Belén, a una hora de camino, existen los famosos Estanques de Salomón y la Fuente Sellada, a que hace alusión el *Cantar de los cantares*. Esta brota en un pozo profundo, a donde se baja por 25 gradas, y está recubierta arriba por una bóveda de cal y canto, y cerrada por una puerta; su agua limpia y fresca, corre y se derrama en los estanques, que se encuentran a poca distancia, dispuestos en línea recta de oeste a este, principiando por el pequeño que es el más inmediato. Son grandes albercas cuadrilongas, destinadas a recibir el exceso de agua de la fuente, de que una parte va a Belén, para suministrarla a Jerusalén en los tiempos de sequedad. El mayor tiene 177 metros de longitud, 83 por un lado y 45 por otro, con 15 de profundidad; el segundo tiene 129 de longitud, 70 de latitud y 12 de profundidad, y el tercero 116 de largo, 70 de ancho y 7, 60 de hondo.

El acueducto que sale de ellos, va costeano los cerros hasta llegar al monte Moria: antiguamente iba al templo; hoy, que lo han refaccionado, surte de agua la mezquita.

En el tránsito de los estanques a Belén, se ve en un vallejuelo angosto y profundo, pero fértil, el *Hortus conclusus* de Salomón, hoy propiedad de una familia inglesa.

Belén cuenta como cinco mil habitantes, de los cuales casi la mitad son católicos, notables éstos por la bondad de su carácter, sus buenas costumbres y su afabilidad, que muestran en ellos a los descendientes de los venturosos aldeanos que merecieron entonar el hosanna con los ángeles en la cuna del Salvador. Los religiosos franciscanos tienen ahí un convento, arreglado sobre el mismo pie que los otros de la Palestina: no hay ninguna mezquita. Los campos son alegres, relativamente fértiles y cultivados, y la temperatura suave, por las brisas que soplan con frecuencia; todo lo cual, unido a los recuerdos propios del lugar, lo hace una mansión agradable, al menos para quien va de Jerusalén.

Saliendo de Belén y encaminándose al noroeste, por las faldas de los cerros, después de hora y media de camino se encuentra la fuente en que el apóstol San Felipe bautizó al eunuco de la reina Candace. Éste iba de Jerusalén para Gaza, entretenido en leer las profecías de Isaías que hacían alusión a Jesucristo, y que no podía comprender, cuando llegándose el apóstol, advertido de ello por una inspiración, se las explicó demostrándole su cumplimiento en Jesús Nazareno,

recientemente crucificado. El otro inclinó su cerviz herido por la fuerza de la verdad, y descendiendo de su coche, pidió el agua de la regeneración.⁴

Aquella ruta es hoy apenas transitable; pero es evidente que han podido existir ahí caminos carreteros, como pueden trazarse actualmente, costeadando las colinas en un plano tan horizontal como se quiera.

Volviendo sobre la izquierda para marchar directamente al norte, por entre escarpas y collados, en menos de dos horas se llega a la patria del Bautista, pequeño pueblo pintorescamente situado sobre un contrafuerte de la colina. Aquí, como en Belén, se respira cierto aire de alegría.

Una bella iglesia ocupa el lugar de la casa de Zacarías, y en ella muestran, en el altar de la nave izquierda, la gruta donde nació San Juan, como lo indica una inscripción latina que se ve en el pavimento. Varios cuadros de mármol, representando en relieve las principales escenas de la vida del Precursor, adornan ese santuario. La iglesia pertenece a los latinos, que tienen ahí un monasterio habitado por 20 religiosos; no hay mezquita alguna ni sectas cismáticas; pero el número de católicos de la población no llega a doscientos.

El señor Alfonso Ratisbona, que en 1842 dejó de pertenecer al judaísmo para hacerse católico ferviente, y más tarde sacerdote, ha establecido allí un convento de religiosas bajo el mismo plan que el de las Hermanas de Sión que instituyó en Jerusalén, es decir, con el objeto principal de acoger las niñas huérfanas y darles instrucción. Es un establecimiento muy digno de visitarse, en que el viajero encuentra con agradable sorpresa ese buen gusto europeo que sabe hermosearlo todo, y que tan raro es por aquellas comarcas.

A un cuarto de hora de camino se encuentra la casa de campo que habitaba Santa Isabel cuando fue visitada por la Virgen, después de la encarnación del Verbo; está convertida en iglesia. Se ve ahí un bello cuadro que representa la entrevista de las dos primas, cuando la futura madre de San Juan exclamó inspirada por el Espíritu divino: “Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanta dicha, que venga la madre de mi Señor a visitarme?”.⁵

Al occidente de la población, en medio de montañas desiertas, y como a una hora de distancia, se halla una gruta excavada en el flanco de un cerro, cortado

⁴ Hch 8.

⁵ Lc 1, 42-43.

a tajo, siendo preciso subir a ella por gradas labradas en la roca; al pie brota una fuente. Fue ahí que el Precursor pasó la mayor parte de su vida, alimentándose sólo con langostas y miel silvestre, y preparándose en la oración para salir a anunciar a los pueblos el cumplimiento de las profecías, la llegada del Ansiado de las naciones.

Todos los años, en el día del santo, resuenan aquellas soledades con la música sagrada y el canto solemne de los monjes, que van ahí a celebrar su fiesta. ¡Raro privilegio de la virtud! ¡Sólo ella recibe homenajes a través de los siglos y en la serie de las generaciones!

Yendo del pueblo de San Juan para Jerusalén, viaje que se hace en hora y media, trasmontando una cuchilla escarpada, se encuentra en el tránsito un hermoso convento griego, cuya iglesia está construida en el punto donde, según una tradición anterior a Santa Elena, fue cortado el árbol del que se hizo la Santa Cruz. Detrás del altar principal, a la izquierda, muestran los frailes un hoyo que dicen ser el que ocupaba la raíz.⁶

⁶ Véase la nota H al final del volumen.



XIII

La excursión al Jordán y al mar Muerto, una de las que mayor interés inspiran al viajero, es también la más penosa, menos por el temor de los beduinos, que por el excesivo calor que reina en ese valle ardiente durante el estío.

El 30 de junio por la tarde emprendí la expedición, acompañado de mi *drogman* o intérprete árabe, y de un genízaro.

Se sale de la ciudad por la puerta de San Esteban, se pasa cerca del huerto de Getsemaní y se costea a la izquierda el monte Olivete, detrás del cual, en la pendiente del sudeste, se encuentra Betania, distante cuarenta minutos de Jerusalén.

Unas pocas casas de piedra, más o menos arruinadas, es lo que resta de aquella población. Era aquí que vivía Lázaro con sus hermanas Marta y María, en cuya casa se hospedó tantas veces Jesucristo. De aquí salió el Divino Maestro para hacer su entrada triunfal el domingo de Ramos; y cuando iba a predicar a la ciudad, se retiraba siempre por las tardes, para pasar la noche en Betania. ¡Cuántas veces recorrió el camino que acababa yo de pisar!

Se ven las ruinas de la habitación de Simón el Leproso, donde él cenaba cuando María derramó sobre su cabeza el unguento precioso. Pero el único monumento verdaderamente notable, que recuerda el más estupendo milagro de Jesucristo, es la tumba de donde Lázaro fue resucitado. Está muy cerca del villaje, excavada en un barranco, con su puerta al norte; se desciende por 26 escalones a un primer piso, y de aquí se baja por 4 gradas más a la cámara sepulcral, que es una cueva cuadrada, de cinco pasos de lado, con cielo abovedado. Los cruzados le habían convertido en capilla.

Jesús venía entonces del Jordán, y aún muestran la piedra donde Marta se sentó a aguardarlo y a lamentar su tardanza, segura como estaba de que habría podido curarlo con sólo su querer. Él le dijo: Tu hermano resucitará; yo soy la resurrección y la vida, y quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá. Como quisiese ir a donde Lázaro estaba sepultado, sus hermanas le advirtieron que hacía cuatro días que había muerto, y que ya se sentía la fetidez; pero él insistió, fueron al sepulcro, mandó retirar la piedra que tapaba la gruta, y alzando los ojos al cielo, dijo: Oh Padre, gracias te doy porque me has oído, para que este pueblo que está a mi alrededor, crea que tú eres el que me ha enviado. Gritó en seguida con voz sonora: Lázaro, ven afuera; y al instante, el que había muerto salió, ligado de pies y manos con unas fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: desatadle y dejadle ir. Con lo cual, la multitud de judíos que habían venido a visitar a Marta y María, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él.¹

De Betania en adelante se continúa por un sendero pedregoso, estrechado en medio de collados áridos y sin atractivo. Se encuentra una fuente, llamada de los Apóstoles; un valle, que se supone ser el de Acor en que fue lapidado Acan; se marcha luego por sobre una cresta separada de los cerros, a derecha e izquierda, por precipicios cortados verticalmente, mostrando las estratificaciones inclinadas de las montañas, que revelan los grandes cataclismos que han conmovido ahí la corteza de la tierra, y se baja finalmente a la honda llanura de Jericó.

Este valle, formado sin duda por un hundimiento del suelo, es árido, triste y desapacible, lleno de grietas y de elevaciones irregulares que lo desnivelan. Ahí se encuentra un riachuelo insignificante, se pasa frente al Monte de la Cuarentena, cerro arredondeado, lleno de grutas y con algunas ruinas de la Edad Media, en el que Jesucristo hizo su ayuno de cuarenta días y permitió ser tentado por Satanás.

En medio de la monotonía de aquel paisaje, hay un espectáculo que alegra: es la célebre fuente dañina que el profeta Eliseo hizo potable, a instancias de los habitantes de Jericó. Brota al pie de un barranco y se dirige al sudeste, mansa y como dormida en su origen; pero aumentando rápidamente, se convierte en un raudal, y como para no quedar desapercibida por el viajero, para recordarle los beneficios que obra Dios por la mano de sus escogidos, cobra aliento y hace resonar la silenciosa llanura con el murmullo agradable de sus ondas, vivificando

¹ Jn 11,41.44.

en sus márgenes algunos sauces y espinos que resaltan en la desnudez del campo. Su agua me pareció muy agradable.

Un poco más allá se encuentra Riha, pobrísimo villorio que ocupa el lugar de la antigua Jericó. Nada hay allí que recuerde la ciudad populosa cuyos muros se desplomaron un día al son de las trompetas de Israel; nada que revele la ponderada feracidad de su suelo: el viajero sólo ve en sus ruinas el cumplimiento del anatema que le legara Josué.

Al lado de unas chozas miserables se elevan unas paredes antiguas, que se pretende han pertenecido a la casa del afortunado Zaqueo, a quien Jesucristo hizo bajar de un árbol para que lo hospedara y recibiera la gracia de la fe.

Ahí tuve ocasión de conocer las célebres *manzanas de Sodoma*, que abundan en todo el valle, y de que se ha dicho que bajo apariencias de frescura, sólo contenían ceniza. Es un *solanum* muy semejante a nuestro *lulo*, cuyas bayas, generalmente sanas, son a veces picadas por insectos que convierten su interior en una materia pulverulenta, dejando la corteza intacta; observación que ya otros viajeros habían hecho.

La planta singular conocida con el nombre de *rosa de Jericó*, y que ha sido también objeto de supersticiones, no existe en ese lugar; los beduinos la sacan del interior del desierto. No es flor, sino la planta entera, con raíz y ramos, de una crucífera, la *anastática hierochuntina*, que tiene la propiedad de contraerse por la sequedad, formando una bola, y al echarla al agua, se va abriendo de nuevo. Ese fenómeno, que es simple efecto de la higroscopicidad, es mirado por el vulgo como un hecho sobrenatural, y le atribuyen la virtud de facilitar los partos, para lo cual ponen la *rosa* en una vasija con agua, en el aposento.

En Jericó pernocté, no diré dormí, atormentado sin tregua por el aguijón de mosquitos implacables, y muy de mañana continué mi viaje. En hora y media recorrí la llanura de Gálgala, aclarada apenas por la luz de las estrellas, representándome en la imaginación las diversas escenas de que ha sido teatro. Ahí acamparon los israelitas por la última vez, después de cuarenta años de vida errante en el desierto; ahí cesó de caerles el maná, celebraron su primera pascua, y erigieron el monumento de las doce piedras, sacadas del lecho del Jordán, para conmemorar su paso milagroso, monumento que existía aún en tiempo de San Jerónimo, a principios del siglo quinto.

Al rayar el alba del primero de julio, me hallaba en las márgenes del Jordán. Corre de norte a sur, oculto en un cauce hondo formado por barrancos deleznable, en cuyos bordes crecen algunos sauces, numerosos espinos y cañas

silvestres, que impiden el arribo; sólo hay una pequeña playa cubierta de guijarros por donde puede llegarse, para ver sus aguas turbias, con treinta varas de anchura y suficiente profundidad para hacerlo invadeable; tal es el río. Pero es tanta la poesía que su nombre encierra, tan bellos los recuerdos que despierta en la memoria, que a pesar de lo ingrato y agreste del paisaje, que era el reverso del cuadro florido que mi fantasía se había complacido en crear, yo lo veía a través de un prisma alucinador que me causaba positivo placer.

Desde luego pensé en bañarme; pero antes quise orar. ¡Ah! ¿Quién habrá tan desgraciado que no tenga que dirigirse alguna vez a la Providencia, sino para alabarla en sus beneficios, al menos para implorar su misericordia en sus días de castigo o de prueba?

Separándome de los árabes, fui a postrarme al pie de un sauce, elevé mi corazón al cielo, y oré. ¿Por qué negarlo? Oré ante el Dios poderoso que hizo flotar ahí, cual leve paja, el hacha de uno de los discípulos de Eliseo; oré ante el Dios fuerte que dividió esas ondas para dar paso a su Arca Santa y a su pueblo escogido; oré ante el Dios bondadoso que sanó a Naaman de la incurable lepra, haciéndolo bañarse en esas aguas; y oré, en fin, ante el Dios misericordioso que instituyó allí, para salud del mundo, el sacramento augusto del bautismo, enviando su Espíritu divino sobre su Hijo muy amado en quien se ha complacido.²

Eran las cinco de la mañana, y el termómetro centígrado, sumergido en el río, marcaba treinta grados; a pesar de eso, el baño me pareció delicioso: ese ha sido siempre uno de mis placeres predilectos, y allí se unía a la satisfacción corporal un vago sentimiento religioso que la acrecentaba.

Teníamos precisión de abandonar aquel valle profundo antes que el calor se hiciera sofocante, por lo que llené unas botellas de agua del río, saqué del lecho unos guijarros, y me apresuré a continuar la marcha. El sol comenzaba apenas a elevarse sobre las altas llanuras de Moab, que se extendían azulencas y desnudas del otro lado del Jordán, imitando una cordillera; en lontananza se divisaba el monte Abarim, de donde Moisés vio la tierra prometida que no le era dado pisar.

En una hora recorrí la llanura y llegué a la orilla del Mar Muerto, cuyo nombre expresivo indica bien la soledad, la lobreguez y silencio de aquella comarca, y el pesado letargo de sus aguas. Forma un grande óvalo, de doce leguas de

² Mt 3,17.

longitud de norte a sur, tres de anchura y como trescientas varas de profundidad máxima: sin desagüe alguno, aunque recibiendo constantemente todo el caudal del Jordán y algunos otros afluentes. No tiene otro medio de descargarse que por la evaporación.

Visto en masa es de un azul triste; pero en pequeña cantidad, su agua, aunque espesa y oleosa, es perfectamente limpia, sin color ni olor alguno, y de una amargura casi cáustica. Su grande densidad hace que se conserve la superficie siempre serena y que floten cuerpos que en el océano se hundirían. Refieren que Tito, después de la toma de Jerusalén, hizo arrojar en él algunos esclavos atados y que no sabían nadar, los que no se ahogaron. Débese esto a la grande cantidad de sales que contiene, pues forman la cuarta parte de su peso, predominando en ellas el cloruro de magnesio, que le da su sabor insoportable. Su temperatura a las 7 de la mañana era de 32°, casi el calor animal. No se encuentran ahí peces, pero sí algunos moluscos testáceos.³

El valle ocupado por el Mar Muerto presenta el raro fenómeno de hallarse mucho más bajo que el nivel del océano, hasta tal grado, que su superficie líquida comparada a la del Mediterráneo, se calcula tener cuatrocientos metros de depresión. Por consiguiente, si llegara a establecerse una comunicación subterránea entre los dos mares, el agua subiría en el primero a una grande altura, e inundaría toda la comarca.

La apariencia de cortes que presentan las montañas inmediatas, induce a creer que dicho valle ha debido formarse por un hundimiento repentino del suelo; la frecuencia de los terremotos, con la existencia de varios productos volcánicos, tiende a confirmar esa opinión. Esto no se opone en manera alguna al testimonio de Moisés, que habla de la destrucción de las ciudades culpables por el fuego del cielo, pues la tierra podía muy bien contribuir con sus convulsiones a consumir el castigo; o bien este cataclismo pudo verificarse cuando ya aquello era un desierto. Respecto del primer hecho, la relación del Génesis es bien terminante para que pudiera quedarnos la menor duda. Los ángeles hicieron salir de ahí a Lot, advirtiéndole que iban a destruir las ciudades, por cuanto sus maldades habían subido de punto delante del Señor. “Al rayar el sol sobre la tierra, entró Lot en Segor. Entonces el Señor llovió del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego por virtud del Señor; y arrasó estas ciudades, y todo

³ Véase la nota I al final del volumen.

el país confinante, y los moradores todos, y todas las verdes campiñas de su territorio... Yendo Abrahán muy de mañana al sitio donde antes había estado, se puso a mirar hacia Sodoma y Gomora y todo el terreno de aquella región, y vio levantarse de la tierra pavesas, cual si fuera la humareda de un horno”.⁴

Del Mar Muerto me dirigí al occidente, y abandoné pronta la llanura para continuar sobre las montañas, por un camino distinto del que había llevado, pero semejante en su aspecto. Por todas partes cerros calcáreos, compuestos de gruesas capas inclinadas; campos desnudos o cubiertos de pequeña paja tostada por un sol de fuego; ni un árbol, ni una palmera, ni casas, ni sombra, ni ser animado, con excepción de algún pequeño lagarto que corría a esconderse bajo las piedras, o algún pájaro silencioso, que nacido en medio de aquella naturaleza tétrica, no adquirió tal vez ni el instinto de cantar. Por donde quiera la Judea repercute aún los acentos quejosos de Jeremías y Joel: “Lo que dejó la oruga se lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta se lo comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón lo consumió el añublo...”.⁵ “Me pondré a llorar y a lamentar a la vista de los montes, porque desde las aves del cielo hasta las bestias, todo se ha ido de ahí y se ha retirado”.⁶

A poco más de cinco horas de camino llegamos al convento griego de San Sabas, única vivienda de aquellas soledades. En el borde de un precipicio profundo, cortado a plomo en medio de los cerros, se eleva un alto muro, con apariencia de fortaleza, a cuyo pie existe una pequeña puerta de hierro. Golpeando fuertemente ahí, se ve descender desde una ventanilla una cesta pendiente de una cuerda, en la cual debe enviarse la carta de admisión del patriarca griego de Jerusalén, sin cuyo requisito no hay albergue. Entré, pues, en esa rara habitación. Se va descendiendo por escaleras labradas en la roca, hasta llegar a una pequeña plataforma que sirve de asiento a la iglesia, frente a la cual hay una capillita circular que encierra la tumba del santo fundador. Las celdas son grutas excavadas en la peña, a diferentes alturas, y que más se parecen a palomeras que a habitaciones humanas.

Este monasterio, fundado por San Sabas en el año 483, contó antiguamente un número prodigioso de penitencias, cuyas cuevas se ven por ahí en los flancos

⁴ Gn 19, 23.28.

⁵ Jl 1,4.

⁶ Jr 9,10.

de la montaña, dispersas en una grande extensión de la comarca. Entre otros personajes ilustres, acabaron ahí sus días, en medio de austeridades, San Juan Damasceno y San Nicolás.

Serías reflexiones despertaba en mi espíritu la vista de aquel paisaje singular; lecciones de profunda filosofía salían para mi alma de cada una de sus grutas solitarias, que la imaginación poblaba con las sombras de sus habitantes de otros tiempos. ¿Quién podrá meditar sin admirarse, en la grande fortaleza, en el heroísmo sublime de los anacoretas?

Se comprende perfectamente que el hombre, impelido por ese estímulo poderoso que él llama la gloria, y que es sin embargo una vana quimera, puesto que ha de acabar con el mundo, que es ante la eternidad como una gota en medio del océano; se comprende, digo, que bajo ese móvil poderoso, se lance impasible a todos los peligros, arrastre sereno todas las dificultades, surcando mares desconocidos, escalando los muros enemigos por entre el fuego de la metralla, o persiguiendo tenaz los misterios de la ciencia, entre desvelos y penalidades sin número: son empresas de corta duración, que ejecuta saboreando las dulzuras del renombre que halaga su vanidad, la primera tal vez de sus pasiones. Pero que, por el contrario, dejando las riquezas, los honores y las comodidades sociales, huya del mundo para hacerse olvidar; que vaya a sepultarse vivo en las cavernas de un desierto, a mortificar su cuerpo negándole todo reposo, alimentándose sólo de raíces, y pasando largas horas de la noche en orar, cuando todo en la naturaleza duerme... y todo aquello, por buscar la perfección espiritual, por alcanzar el dominio de la razón sobre las pasiones. ¡Ah! ese es ya un fenómeno admirable, un prodigio superior a nuestro modo de ser, y que la mente por sí no podría comprender ni explicar.

¿Y no es esta, me preguntaba yo mismo, una prueba evidente, un testimonio irrefragable de la divinidad de la religión cristiana? Sí, sin duda: una causa que origina tan extraordinarios efectos; lo que es capaz de producir tan asombrosos resultados; una institución que puede así cambiar el hombre, de esclavo de pasiones miserables, en un ser angelical sobre la tierra; una religión que puede hacerlo sonreír de placer, no sólo una hora entre las llamas y las torturas del martirio, sino también largos años pasados en el cilicio, el hambre y la soledad; una religión tal no puede ser pura invención humana, no, ella no puede venir sino de Dios...

Cincuenta monjes griegos, no católicos, ocupan hoy aquel monasterio, alimentándose únicamente de vegetales, como los primeros cenobitas. Muestran

ahí una fuente, que según dicen la hizo brotar milagrosamente San Sabas; una palma que él mismo sembró, y una gruta llena de cráneos de los antiguos religiosos que fueron asesinados por los turcos del año de 1100 en que se apoderaron del convento. Antes había sido desolado por Cosroes, rey de Persia, a principios del siglo VII.

La proximidad del valle del Mar Muerto, hacia el cual va a abrirse la garganta o cañada en que se halla el convento, comunica a este un calor excesivo. El termómetro colocado en la sombra, marcaba a las dos de la tarde 35°.

Al siguiente día muy temprano continué mi viaje, gozando de un brillante crepúsculo. En un vallejuelo del tránsito hallamos un rebaño de cabras, y a su lado los beduinos, tendidos sobre la yerba seca, vestidos con su hábito talar, durmiendo tranquilos a la intemperie, pero con su fusil a la mano. ¡He aquí el hombre de los primitivos siglos, el pastor de la época de Jacob, que sólo ha tomado de la civilización actual los medios de destruir! Dos horas después entré en Jerusalén.



XIV

El diez de julio decía yo mi último adiós a la ciudad de Sión. Desde lo alto de una eminencia la contemplé por largo rato, estudiando con atención su aspecto, sus monumentos, sus contornos, sus collados y sus valles; tratando de fijar bien en mi memoria su panorama, de grabar en mi espíritu sus últimas impresiones, de retener sus más mínimos detalles. ¡Iba a dejarla para no volver jamás!

Digo mal, puesto que la fe me enseña que he de volver, y mi razón no tiene por qué contradecir. Sí, he de volver; pero en ¡qué distintas circunstancias! ¡Ya no será espontáneamente; será llamado, llamado al son de las trompetas estruendosas con que los enviados del Juez inexorable, convocarán por todos los ámbitos del mundo a las generaciones! ¡Será en ese día sin noche, el último en la serie de los siglos, en que el universo entero se hallará desconcertado, los cielos se rasgarán como un inmenso velo, los astros caerán en pedazos, rotos en su choque; los mares se desbordarán como un diluvio, y la tierra se conmoverá desquiciada! Cuando los elementos de la materia humana, sus primitivos átomos, obedeciendo a la misma Voluntad soberana que los creó, se agitarán en el espacio, buscándose por sus antiguas afinidades, para constituir de nuevo los cuerpos que otra vez formaron, y de que tomarán inmediata posesión los espíritus que los animaba antes. Será en ese día tremendo en que el libro de nuestras acciones será leído por pregoneros celestes, desde la primera hasta la última de sus páginas; en que el hilo de nuestros pensamientos se desenvolverá íntegro delante de nuestros ojos y a la faz del mundo, y en que nuestras palabras, aun las frívolas y ociosas, guardadas fielmente por los taquígrafos de la eternidad, serán reproducidas y analizadas sílaba por sílaba, punto por punto, para recibir su calificación y su

fallo.¹ Día en que las aparentes injusticias de la vida, los caprichos de la fortuna quedarán explicados; el equilibrio se restablecerá, porque se le dará a quien no tenía, y a quien tenía se le quitará...

Abstraído en pensamientos sombríos, salí de la ciudad y tomé el camino de Damasco, que se dirige al norte. A poco andar se descubre a lo lejos, sobre una cordillera de la izquierda, una columna que señala la tumba del profeta Samuel; se pasa por varios villajes árabes, entre ellos Jib, la antigua Gabaa, en que residía Saul y a donde iba el joven David a disiparle sus tedios mortales con las armonías del arpa inspirada; se descubre desde un punto de la estrada el mar de Jafa; se deja a Ramá, pequeña parroquia católica, y se llega a *El Bireh*, caserío distante cuatro horas de Jerusalén. Fue aquí que encontrándose José y María, que habían salido de la capital por distintos caminos, creyendo cada cual que el Niño iba con el otro, notaron su pérdida; y vueltos a la ciudad, al cabo de tres días lo hallaron en el templo disputando con los doctores. “Al verlo sus padres, quedaron maravillados. Y su madre le dijo: Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo llenos de aflicción te hemos andado buscando. Y él les respondió: Cómo es que me buscabais. ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?”² Se ven ahí las ruinas de una iglesia que los cristianos de la Edad Media habían erigido para conmemorar el hecho.

Algo más de media hora más allá, sobre un cerrito a la derecha, existen los restos de la célebre Betel, donde Jacob vio en sueños la escala milagrosa que unía el cielo a la tierra, y desde la cual le habló el Eterno para anunciarle su Mesías. “Te extenderás, le dijo, al oriente, al occidente, al septentrión y al mediodía; y serán benditas en ti y en el que descenderá de ti, todas las tribus de la tierra”.³ Ahí estableció Jeroboán su altar a los ídolos, que tres siglos después fue destruido por Josías.

Un día que el profeta Eliseo iba a entrar en Betel, salieron a su encuentro unos muchachos, y lo recibieron con burlas porque era calvo. Él los maldijo en nombre del Señor; y saliendo dos osos del bosque, los despedazaron.⁴

¹ Mt 12, 36.

² Lc 2, 48-49.

³ Gn 28, 14.

⁴ Re 2, 23.

Entre Ramá y Betel se hallaba la palma histórica adonde iba Débora a profetizar.

De ahí en adelante el terreno, cada vez más accidentado, comienza a perder su esterilidad. Se encuentran algunas hondonadas cubiertas de olivos y de higueras, vallejuelos sembrados de hortalizas y cereales, y pequeñas poblaciones árabes, entre ellas Leben, la antigua Lebona, situada a la izquierda en una falda de la montaña, a inmediaciones de una cisterna. Los pastores abrevaban ahí sus rebaños de cabras, que son su ganado predilecto, probablemente porque la escasez de pastos no les permite el vacuno. Los quesos que preparan con esa leche son uno de sus mejores alimentos.

A cuatro horas de distancia de Betel se encuentra un extenso valle en cuyo extremo, al norte, está el campo que Jacob compró por cien carneros cuando vino de la Mesopotamia, y que tocó en herencia a los hijos de José. Es un hermoso llano, feraz y bien cultivado, en que el algodón, el trigo, el ajonjolí y el maíz se ostentaban con lozanía y vigor. Al fin de dicho campo, pocos minutos a la derecha del camino que seguíamos, se halla una cisterna profunda, pero rota y por consiguiente en seco. Es el célebre *pozo de Jacob*, donde Jesucristo convirtió la samaritana. “Cualquiera que beba de esta agua, decía él, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré nunca jamás volverá a tener sed: antes el agua que yo le daré, vendrá a ser en su interior un manantial que fluirá sin cesar hasta la vida eterna”. Habiéndole dicho la mujer: “Se que está para venir el Mesías, esto es el Cristo; cuando venga, él nos lo explicará todo”, Jesús le contestó: “Ese soy yo, que hablo contigo”.⁵

No lejos de ahí, en el mismo llano, se ve un monumento muy venerado por los turcos, que se cree ser el sepulcro de José, cuyos huesos, como dice el Éxodo, fueron transportados de Egipto.

Tornando al occidente, se sale de aquel valle por una angostura que forma el monte Garizim a la izquierda y el Hebal a la derecha, ambos obtusos, pedregosos y que se prolongan en dos cordilleras casi paralelas, en cuyo intermedio está Naplusa. En aquel paraje tuvo lugar una de las escenas más solemnes en la historia del pueblo de Israel: la promulgación de las bendiciones y maldiciones con que Dios los hizo amonestar antes de darles posesión de la tierra prometida.

⁵ Jn 4.

Los levitas, situados en la llanura alrededor del Arca, pronunciaban en alta voz las bendiciones para los que observaran la ley divina, y las maldiciones para los que la quebrantaran; seis tribus acampadas sobre el Garizim contestaban *amén* a las primeras, y las otras seis, desde el monte Hebal, decían igualmente *amén* a las segundas: “Si fueres fiel al Señor, clamaba la voz sacerdotal, él te colmará de todos los bienes, multiplicando el fruto de tu vientre, el fruto de tus ganados y el fruto de tu tierra; abrirá cual tesoro riquísimo el cielo, para dar las lluvias a la tierra en su debido tiempo, y echará la bendición sobre todas las obras de tus manos... Si por el contrario, no quisieres escuchar la voz del Señor, volverase de bronce el cielo que te cubre, y de hierro el suelo que pisas; el Señor dará a tu tierra polvo en vez de lluvia, enviará sobre ti hambre y necesidad, y echará la maldición sobre cuanto obras y en todo lo que pusieres tus manos”.⁶ Palabras que aunque dictadas especialmente para el pueblo hebreo, debiéramos siempre recordar.

Sobre el Garizim se ven unas ruinas que ocupan, según se dice, el lugar del antiguo templo del Reino de Israel.

Naplusa, situada en el angosto y fértil valle que limitan los montes mencionados, es la antigua Sicheim, corte de Jeroboán. Está cercada de murallas y rodeada de frondosas arboledas en que los naranjos, los granados, moreras, higueras, nogales y melocotones abundaban en frutos. Es una de las ciudades más florecientes de Palestina, aunque su interior es feo y desaseado como en todas las villas musulmanas; hay algunas casas de tres pisos, cosa rara por allá: existen varias mezquitas, algunos religiosos griegos, y un párroco católico, dependiente del patriarcado de Jerusalén; pero no hay iglesia. La población asciende a ocho mil habitantes, entre los cuales hay quinientos cristianos de varias sectas.

Sicheim recuerda el rapto de Dina, la hija de Jacob, y la terrible venganza que tomaron sus hermanos sobre toda la población. Más tarde Abimelec, el hijo de Gedeón, la arrasó y la sembró de sal. Jesucristo permaneció ahí dos días, y convirtió a muchos, después del suceso de la samaritana.

Dejando el valle, que continúa encajonado entre las dos cordilleras, dirigiéndose más o menos al noroeste, tomamos a la izquierda, y marchando sobre los cerros, llegamos al cabo de dos horas a Sebaste, la antigua Samaria, reedificada y engrandecida por Herodes Antipa que la hizo su residencia.

⁶ Dt 28.

Una ancha colina le servía de asiento, dominando completamente el campo, por lo que era famosa como posición militar. Fue ahí que el tirano hizo decapitar al Bautista para complacer a la bailarina Salomé, hija de Herodías. Los cruzados habían levantado una iglesia en el lugar de su prisión, y aún existen interesantes ruinas. De la ciudad propiamente, nada queda: sólo hay unas chozas miserables formadas de escombros, y una infinidad de columnas dispersas por el campo, pero todavía en pie, que atestiguan la extensión y magnificencia del edificio que había hecho construir el tetrarca.

Entre esas ruinas vi crecer el tabaco, objeto especial de los cuidados de aquellos pobres árabes. ¡Asombrosa inestabilidad de las cosas humanas! ¡Donde antes existiera la corte de un rey soberbio, hoy sólo se rinde homenaje a la humilde yerba americana!

Volviendo a la derecha, subiendo y bajando alternativamente varias pendientes, llegamos por fin a la verde y hermosa llanura de Metelun. De la cordillera de la izquierda se desprende una colina arredondeada, que se avanza en el llano formando una especie de península, sobre la cual existe una pequeña ciudad rodeada de murallas, llamada hoy Sanur. Nada presenta de notable, ¡y sin embargo, a su vista el corazón late apresurado y la sangre circula con vigor!

¡Aquella era Betulia, la patria de Judit, de la invicta heroína de Israel! ¿A qué oídos no ha llegado la fama de su nombre? Con su débil brazo anonadó en un día el orgullo y pujanza de la Asiria, y como disipa el sol las nubes de la mañana, así huyeron ante ella las huestes enemigas.

Después de una hora de camino, siempre al norte, se sale de la llanura trasmontando un ramal de la montaña; se pasa por la aldea de Cabati; se recorre otro valle regado por un riachuelo, y se llega a *Djenin*, población de tres mil habitantes, situada en medio de un oasis de algarrobos, olivos, nopales, palmeras.

Eran las doce al estilo oriental, es decir que el sol se hundía en el horizonte, y el campo resonaba con la voz del árabe que desde el alto minarete invitaba los creyentes a la oración. Cuando yo veía la reverencia con que los musulmanes se postran en tierra e inclinan su frente hasta el polvo, adorando a Dios a su manera, a pesar de su fanatismo y sus errores me inspiraban respeto. El sentimiento religioso, aunque vaya extraviado, excita estimación; no así el hombre orgulloso que pretende borrar de su conciencia el sello del Criador, que arranca del altar del corazón la imagen de la Divinidad, para colocar su propio ídolo, la personificación de sus pasiones.

Fue en *Djenin* que salieron a encontrar a Jesucristo diez leprosos, que él mandó a presentarse a los sacerdotes, y cuando iban se vieron curados; pero sólo uno volvió a manifestarle su agradecimiento.⁷ No hay allí ningún cristiano; sin embargo, las posadas árabes no son malas.

Partiendo de *Djenin* al noroeste, al bajar una colina se entra en una bellísima llanura, como de cinco leguas de longitud y un poco menos de anchura, cercada por todas partes de montes ondulados que forman su horizonte. El sendero la atraviesa sin cercas. En unas partes se hallaba cubierta de mantos de verdura; en otras quedaban los restos del trigo y la cebada, cuya siega había terminado; más lejos crecían grandes cardos silvestres, cuyas flores, de un azul vilado, vistas a distancia tornasolaban el campo. El cielo estaba adornado de nubes que mitigaban el ardor del sol y contribuían a hacer agradable el viaje.

Cinco horas empleé en atravesar aquel llano, que me despertaba mil recuerdos: a la derecha aparecía el monte Jelboe, maldecido por David a causa de haber muerto en él Saúl y Jonatas; en el tránsito estaba Jerin, que ocupa el lugar de Jezrael, la corte de Acab donde murió la impía Jezabel comida por los perros; por ahí fue que Gedeón, con trescientos soldados armados de trompetas y cántaros, derrotó 135 mil madianitas; en la fuente Harad puso su tropa a beber, según la orden de Dios, para escoger sólo los que tomaran el agua con la mano. Más lejos se veía el monte Hermón y a su pie Naim, de donde era la viuda cuyo hijo resucitó Jesucristo;⁸ en seguida el Tabor, hasta cuyas faldas llegaron las águilas francesas, conducidas sobre los estandartes del más célebre de los capitanes, a sacudir sus alas sobre las huestes de la Siria. ¡Guerrero extraordinario! ¡La Europa, el África y el Asia presenciaron sus batallas y sus triunfos!

Pasé por ahí un brazo del torrente Cisón, subí una pendiente escarpada, y marchando una hora más sobre las montañas, llegué a Nazaret. Desde mucho antes se ve a la derecha un monte cónico, que llaman el *Precipicio*, y que dicen ser el lugar de donde aquellas gentes querían despeñar a Jesús.⁹

Cerros calcáreos, de mezquina vegetación, abundantes sólo en nopales, sirven de respaldo a la pequeña ciudad, situada al pie y sobre sus faldas, en una ensenada que mira al sur. Sin ser bonita, es agradable; a lo que contribuyen sin

⁷ Lc 17, 14-15.

⁸ Lc 7, 16.

⁹ Lc 4, 29.

duda los recuerdos de la Santa Familia. Sus edificios son del mismo aspecto e idéntica construcción que los de Jerusalén.

En el paraje que ocupaba la casa de la Virgen, que queda en la parte oriental de la población, existe hoy la iglesia llamada de la *Anunciación*, con su frente al sur. En su interior se ven varias grutas, que según dicen formaban parte de la santa habitación. La primera se encuentra en el centro de la iglesia, y se baja a ella por una escalera de quince gradas; su altar, que es el principal, tiene grabada en el mármol esta inscripción: *Verbum caro hic factum est*. De ahí se pasa a la derecha por una portezuela, y se sube una escalera que conduce a otra gruta posterior, igualmente venerada. Sobre la gruta primera o central, en un piso elevado al cual se asciende por doce escalones de cada lado, hay otro altar, dedicado al arcángel Gabriel, en que se conserva el Sacramento. En las naves laterales del pequeño templo, hay altares de San José, San Joaquín y Santa Ana.

Esta iglesia pertenece a los católicos, y se halla a cargo de los religiosos franciscanos, que habitan en un convento contiguo.

Como a doscientas varas de la iglesia, al nordeste, se encuentra una pequeña capilla situada en el lugar en que San José tenía su taller; se ve una parte de muro antiguo, que reputan ser de aquella época. Entre las varias pinturas que la adornan, me llamó la atención por los tiernos sentimientos que inspira, un pequeño cuadro que representa al santo patriarca disponiéndose a labrar una viga, y al Niño ayudándole a tener un extremo de la cuerda mojada en tinta, con que señala los bordes de la cara que ha de labrar.

En el centro de la ciudad hay otra iglesia, que ocupa el sitio de la antigua sinagoga en que Jesús explicó las profecías de Isaías, aplicándoselas a sí mismo.¹⁰ Al occidente existe una capilla moderna, que encierra una gran piedra casi plana, como de cuatro varas de diámetro y una elevación desde el suelo, llamada *Mensa Christi* por los cristianos, porque según la tradición, el Divino Maestro comió en ella con algunos de sus discípulos, antes y después de resucitado.

Los objetos enumerados y una fuente que lleva el nombre de la Virgen, constituyen todos los monumentos históricos de Nazaret. Considerado ahí Jesús como hijo de San José, no era ese el teatro a propósito para sus acciones; como él mismo dijo, ningún profeta es honrado en su patria.

¹⁰ Lc 4, 16-21.

*

Viaje de América a Jerusalén

Además de los padres latinos, que tienen ahí un buen hospicio, hay también griegos católicos y cismáticos, maronitas y congregación de Hermanas de la Caridad. La cuarta parte de la población, que asciende a cuatro mil almas, es católica. Sus habitantes son industriosos y activos: hacen buenos tejidos, cuchillos, navajas y otros artefactos.

A las dos de la tarde el termómetro subía en Nazaret a 30°; su temperatura media la determiné de 18°,7 centígrados. Según Robinson, se halla a 273 metros sobre el nivel del mar.

*



XV

Restábame visitar dos de los objetos más interesantes de la Palestina: el Tabor y el mar de Galilea; y el 15 por la mañana emprendí mi camino, dirigiéndome al oriente.

Trasmontando ligeras colinas que impiden la vista de la población, me hallé al cabo de dos horas al pie del famoso monte, en su vertiente occidental... De ese lado aparece en forma de un cono truncado; pero en realidad es un segmento longitudinal de ovoide, que alguien ha comparado a una jiba de camello. La pendiente es suave, de modo que pude llegar a caballo hasta la cima, empleando una hora en la ascensión. Se marcha por entre un bosque de encinas, algarrobos, terebintos y diversos arbustos fragantes. La cumbre se extiende en una plataforma irregular, de muchas cuerdas de longitud y anchura, sembrada de escombros, entre los cuales se distinguen restos de fortificaciones y de multitud de edificios. Santa Elena y más tarde los cruzados, habían construido ahí no sólo templos, sino aun monasterios.

Según el común acuerdo de las tradiciones, fue en el Tabor que tuvo lugar la *Transfiguración*, en que Jesucristo se manifestó en toda su gloria a tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan. “Su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Al mismo tiempo aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Y una nube luminosa vino a cubrirlos; y resonó desde la nube una voz que decía: *Este es mi Hijo querido, en quien tengo todas mis complacencias; a él habéis de escuchar*”.¹

¹ Mt 17.

Cada año van los franciscanos a celebrar allí la fiesta de la Transfiguración, en una cueva a falta de iglesia. Los griegos cismáticos, que cuentan para todo con el dinero de la Rusia, tienen por el contrario una hermosa capilla, y un pequeño convento al lado.

Aunque la elevación del Tabor no es considerable, pues se calcula apenas en quinientos metros sobre el mar,² como domina los montes inmediatos, se abarca desde ahí un extenso campo.

Un mes exactamente hacía que, sentado en la cúspide del encumbrado sarcófago de los faraones, había estado yo admirando los imponentes paisajes del Egipto: el desierto ilimitado, las altas palmeras, el anchuroso río, los gigantescos monumentos, y por doquiera raudales de luz. Ahora contemplaba con igual satisfacción un cuadro apacible, pero no menos hermoso. La bella llanura de Esdrelón, que dos días antes había atravesado, se extendía delante de mí como una verde inmensa alfombra; al frente se alzaba majestuoso el Hermón, más lejos las montañas de Betulia de un lado, y del otro el maldecido Jelboe. Al oriente se mostraba el valle de Gor, ahondado por el cauce del Jordán, y hacia él corría el Cisón, donde Barac, alentado por Débora, derrotó a Sísara, que fue a morir a manos de Jabel clavado por las sienas. Al norte se veía el mar de Galilea, el monte de las Bienaventuranzas, la cordillera del Antilíbano y todo el territorio de Neftalí, patria de Tobías; y al occidente el Precipicio, los cerros de Nazaret y de Séforis, y en lontananza el Carmelo y el Mediterráneo.

La perspectiva me tenía embelesado. Es siempre agradable la vista que se goza de las grandes alturas. El hombre se complace en mirar hacia la tierra desde las regiones del águila, como si un instinto secreto quisiera recordarle que a pesar de su pequeñez, ha nacido para altos destinos, y que mal que les pese a los que quisieran anonadarse en el sepulcro, su espíritu, rotas un día las ataduras corporales, se alzarán en vuelo majestuoso hasta lo encumbrado de los cielos.

Bajando del Tabor me dirigí al nordeste por un llano sombreado de encinas, para continuar después por una vasta sabana en cuyo principio se encuentra una fuente y dos antiguas fortalezas, construidas por el pachá de Egipto en 1587 para abrigo de las caravanas.

Después de dos horas y media de marcha por aquella llanura, me hallé en el monte de las Bienaventuranzas, cerro pedregoso, cubierto sólo de paja y esparto,

² Véase la nota J al final del volumen.

que se alza a la izquierda del sendero, en forma de cresta; ningún monumento, ninguna inscripción lo señala. He ahí, sin embargo, uno de los lugares más venerables de la tierra, una cátedra mil veces más famosa que la academia de Platón, que el liceo de Aristóteles, y que todos los ateneos de la Grecia. De ahí salió la doctrina más extraña, la más benéfica y la más trascendental que se haya oído jamás.

Cuando el mundo entero, sumido en las ideas del paganismo, deificaba a los conquistadores, a los ambiciosos, a los potentados, a los ricos y a los dichosos de la tierra; cuando quemaba ante ellos el incienso de la adoración, juzgándolos predestinados a habitar en el Olimpo, al lado de sus divinidades disolutas; cuando el indigente y el esclavo gemían oprimidos por su suerte aciaga, sin esperar consuelos ni en la tumba, vióse aparecer aquel modesto Nazareno, sin nombre, sin títulos, sin precedentes; jamás había ido a las escuelas ni colegios de los filósofos. Salido del taller de un artesano, convoca las muchedumbres para anunciarles una nueva enseñanza; declara que las recompensas celestes sólo pertenecen a los que aman la pobreza, a los que son humildes, a los que perdonan las injurias hasta setenta veces siete, a los que heridos en una mejilla presentan la otra, a los que aman a sus enemigos, a los que son perseguidos por su amor a la justicia, a los que niegan a su cuerpo la satisfacción de las pasiones, y en fin, a todos los que sufren, a todos los que lloran.

¡He ahí un lenguaje nuevo, máximas desconocidas que jamás los filósofos soñaron! ¿Quién, pues, juzgando humanamente, hubiera podido prever que semejante doctrina, en pugna con las inclinaciones del corazón, contraria a todos los intereses sensibles, a todos los goces que el hombre ama y a cuanto profesaban los sabios, hubiera de conquistar el orbe, de someter a su yugo las más grandes inteligencias, de cambiar la faz de las sociedades, derrocando sus altares, relegando al olvido hasta el nombre de sus dioses, transformando sus costumbres, sus leyes y aun su calendario?

¿Y cuáles eran los discípulos, cuáles los tribunales encargados de difundir la nueva doctrina? ¡Ah! Pobres pescadores, rústicos y sin instrucción. Y sin embargo, en el Areópago de Atenas, en el Senado de Roma, en las academias, en las ciudades como en los campos, ellos confunden a los sabios, llevan la convicción a las conciencias, y hacen enarbolar hasta sobre la corona de los reyes, como el más alto timbre de honor, ¡el patíbulo de un ajusticiado!

¿Y cuál podía ser el motivo de semejante prodigio, cuál la causa de tan sorprendente resultado, sino el origen divino de la nueva enseñanza? “Mi doctrina

no es mía, sino de Aquel que me envió”, decía Jesús;³ el carácter sobrenatural de su misión, estaba bien probado con sus hechos.

Proseguí mi viaje. Una hora más allá, al principiar una suave bajada, se deja a la izquierda una meseta regada de piedras, donde tuvo lugar la multiplicación de los cinco panes y dos peces con que se alimentaron cinco mil personas, habiendo llenado con las sobras doce cestas;⁴ y poco después, al terminar el descenso, tuve ante mis ojos el lago de Genezaret, el mar amado de Jesucristo.

Se extendía formando un óvalo ligeramente cóncavo en su borde occidental. Sus aguas reflejaban bellamente el azul del cielo, y aunque una fuerte brisa soplaba del noroeste, permanecían tranquilas, cual si resonara aún la voz majestuosa que un día ordenó ahí la quietud a sus ondas y la calma a los vientos. Sólo un barquichuelo de pescadores, provisto de vela, surcaba su superficie. Por sobre los cerros que le servían de respaldo, descollaba a lo lejos el Antilíbano coronado de nieve.

¡Cuán tiernos recuerdos se presentaban a mi imaginación al descorrer de aquel paisaje su velo de diecinueve siglos! El Divino Maestro se complacía en habitar esa comarca, que a pesar de su soledad actual, tiene un no sé qué de melancolía agradable. ¡Cuántas veces se pasearía pensativo por aquellas riberas! ¡Quizá sentado alguna vez en sus orillas, meditando en las angustias de la muerte que le esperaba y en la ingratitud de los hombres que quería salvar, lloraría como en Getsemani! ¡Tal vez sus lágrimas, mezcladas a las ondas del lago, corrieron confundidas a perderse en el Mar Muerto!

Fue ahí que él caminó sobre las aguas, y que tomó sus primeros discípulos, para convertirlos en *pescadores de hombres*. Sentado en la barca de Pedro, predicaba con frecuencia a la multitud, que lo escuchaba desde la orilla. Allí hizo coger un pez para sacarle del vientre dos denarios, con que pagó su tributo de hombre;⁵ y aun después de su resurrección volvió a ver el bello lago, y comió con los siete apóstoles.⁶

El lago de Genezaret, llamado impropriamente mar de Galilea, es un gran depósito de agua dulce formado por el Jordán, que entra por su extremidad norte

³ Jn 7, 16.

⁴ Mc 6.

⁵ Mt 17, 26.

⁶ Jn 21.

y sale por el sur para continuar su curso al Mar Muerto. Tiene como cuatro leguas de longitud, dos de latitud y sesenta varas de profundidad; su superficie está en un nivel inferior al del Mediterráneo (230 metros). Nada ha quedado de las diez ciudades que en otro tiempo adornaban sus riberas como una guirnalda: ¡la ira de Dios las hizo desaparecer! “¡Ay de ti, Corozain! exclamaba Jesucristo, ¡ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen ejecutado los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia cubiertas de ceniza y de cilicio”. “Y tú, Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? serás, sí, abatida hasta el profundo infierno; porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti, quizá ella subsistiera aún hoy día”.⁷

Fue en Cafarnaum que curó el criado de un centurión, que por modestia le pidió lo hiciera sin entrar en su casa, pues no se creía digno de tanto honor; sanó un parálítico absolviéndolo a la vez de sus pecados; llamó al apostolado a Mateo, resucitó la hija de Jairo y curó del flujo de sangre la mujer que tocó la orla de su vestido. Betsaida era la patria de tres de sus apóstoles, Pedro, Andrés y Felipe; ahí curó de una fiebre a la suegra del primero.

Apenas se sabe hoy el lugar que dichas ciudades ocupaban. Tiberíades, fundada por Herodes Antipa en honor de Tiberio César, donde antes estaba Genezaret, es la única que hoy existe. Se halla situada en la margen occidental del lago, extendiéndose en forma de rectángulo; está cercada de murallas ruinosas, y se ven los restos de una gran fortaleza de los cruzados. Antiguamente gozó de importancia; el historiador Josefo, como comandante que fue de Galilea, la hizo fortificar, y Tancredo, a quien tocó en repartición de la Palestina, la engrandeció en el siglo XII; en 1837 fue arruinada por un terremoto. Hoy sólo cuenta tres mil habitantes, de los cuales doscientos son católicos. Hay una pequeña iglesia dedicada a San Pedro, construida en el sitio donde Jesucristo, en su última aparición, lo constituyó cabeza del rebaño;⁸ está al cuidado de dos religiosos franciscanos.

A media hora al sur de la ciudad se encuentran cuatro fuentes termales, de 62° centígrados.

El 16, temprano, me bañé con sumo placer en las claras aguas del lago, asistí con especial satisfacción a la misa, y emprendí el regreso.

⁷ Mt 11, 21.23.

⁸ Jn 21, 15.17.

¡Qué recogimiento inspira, qué sentimientos infunde aquel augusto sacrificio, en que se renueva ante Dios la ofrenda de la víctima expiatoria, celebrado en esos lugares que ella misma santificó con su presencia! Allí el tiempo se anonada, los siglos retroceden, y la imaginación asiste de presente a las escenas sangrientas de esa época. Una misa sobre el Gólgota, en el pesebre de Belén, en la gruta de Nazaret o en las riberas del mar de Galilea, graba en el corazón del creyente vivas y consoladoras impresiones que no se borrarán jamás.

El sendero que tomamos es el mismo que habíamos llevado, hasta un poco más adelante del monte de las Bienaventuranzas. Ahí se deja a la izquierda el camino del Tabor, se atraviesa el campo en que el terrible Saladino acuchilló a los cruzados en julio de 1187, haciendo prisionero a Guy de Lusignan, entonces rey de Jerusalén, y se penetra en una bella llanura, feraz y cultivada, en la cual quedaba el campo de Zabulón donde los apóstoles, pasando un sábado con Jesús, cogieron espigas de trigo y se las comieron, lo que escandalizó grandemente a los fariseos; por lo que él les dijo: “¿No habéis leído cómo los sacerdotes trabajan en el templo el sábado, y con todo eso no pecan? Pues yo os digo que aquí está uno que es mayor que el templo, porque el Hijo del hombre es dueño aun del sábado”.⁹

Más adelante, sobre unas colinas, está Caná de Galilea, villaje ruinoso que recuerda el primer milagro de Jesucristo, *la conversión del agua en vino*. Es digno de notarse que todos los prodigios, todos los hechos sobrenaturales que Jesús ejecutó, tuvieron siempre por objeto aliviar alguna necesidad, producir el bien, nunca hizo alarde de su poder, ni obró maravillas por ostentación, como hacen los prestidigitadores: todo revelaba en él la divinidad de su misión.

Caná es la patria de dos de los apóstoles, San Bartolomé y San Simón Pedro. Aún muestran unas ruinas que dicen haber pertenecido a la casa del primero, y los restos de una iglesia que ocupaba el lugar de las *bodas*.

Hora y media más de camino, por lo alto de los cercos, y estamos en Nazaret. Si nos dirigimos en seguida al noroeste, trepando las colinas rocallosas que sirven de respaldo a la villa, hallaremos un valle cultivado, y en él, sobre un montículo, la aldea de Safa, residencia del Zebedeo. Una capilla abandonada reemplaza la habitación donde pasó su infancia el místico autor del Apocalipsis.

⁹ Mt 12.

Continuando en la misma dirección, se atraviesa más lejos en un bosque de encinas y se penetra en una llanura que es la continuación de la Esdrelón, la cual va hasta el mar. Por ella corre, hacia el poniente, una parte del Cisón, en cuyas orillas tuvo lugar la ejecución de los 850 falsos profetas que Elías hizo castigar por sus imposturas. Se llega después a Caifa, ciudad marítima, cercada de viejas murallas, con sólo dos mil habitantes, muchos de ellos católicos; nada ofrece de particular.

San Juan de Acre, la antigua Tolemaida, tan célebre en los fastos de las cruzadas por los últimos esfuerzos de los héroes cristianos, se encuentra a sólo dos horas de distancia, separada por la bahía del mismo nombre, que queda al norte. Entre los grandes recuerdos que la vista de esa ciudad traía a mi memoria, predominaba el más extraño, que muestra de cuánto es capaz la virtud. Cuando en 1291, sitiada la ciudad por los turcos, se vieron los habitantes precisados a rendirse a discreción, toda una comunidad de religiosas, para salvar su honor, tomó la resolución de mutilarse la nariz. Los bárbaros horrorizados a su vista, las asesinaron.

Cerca de Caifa, al sudoeste, se encuentra el célebre monte Carmelo, terminando una cordillera que se dirige casi de oriente a occidente, avanzándose en promontorio en el mar. Está cubierto solo de yerbas y de arbustos y coronado por un monasterio, especie de fortaleza a la cual se asciende en menos de una hora por un suave declive.

Fue ahí que Elías hizo bajar fuego del cielo para consumir su holocausto, mientras que los profetas de Baal clamaron en vano, e hizo llover después de tres años de sequedad.¹⁰ La gruta que le servía de habitación, convertida en capilla, está comprendida dentro de la iglesia, debajo del altar principal; y en la falda del monte hay otras varias, que ocupaban sus discípulos y los de Eliseo. Este monasterio, el primero en que se ha tributado culto a la Reina del cielo bajo el título de Virgen del Carmen, está habitado por religiosos carmelitas, casi todos italianos, que a ejemplo de los padres de Tierra Santa, acogen al viajero con la más solícita hospitalidad. La calma admirable de que ahí se goza, el extenso horizonte que los ojos abrazan, y las brisas frescas que soplan del mar, la hacen una mansión agradable.

¹⁰ Re 18.

Aquella era la última parte de la Palestina que yo debía visitar; mis deseos estaban satisfechos, mis fatigas remuneradas con gratas emociones e indelebles recuerdos.

El 19 estreché la mano de los buenos religiosos y me embarqué en Caifa, en dirección a Beirut, con el único objeto de tomar ahí el buque francés que debía transportarme a Alejandría. En la costa que dejaba a mi derecha se veían Tiro y Sidón, en otro tiempo señoras de los mares y hoy reducidas a escombros.

Beirut, situada en una lengua de tierra que se extiende al pie de la vertiente occidental de monte Líbano, es una ciudad muy comercial, el puerto más importante de toda la Siria, con 45 mil habitantes de población, entre los cuales hay muchísimos cristianos; pero no existe en ella cosa alguna digna de mención especial. Hube de contentarme con saludar desde ahí los cedros monumentales que coronan la montaña, cuyo ramaje se proyectaba majestuoso sobre el fondo que hacían las nubes hacia atrás.

El 22 salí de aquel puerto y dejé definitivamente el Asia, para regresar a Egipto.



XVI

Vuelto a Alejandría, aproveché los últimos días de julio para trasladarme a Mesina, viaje que se ejecuta en tres días y medio. La primera tierra que se presentó a nuestra vista fueron las montañas de la Calabria: como monstruos gigantescos que estuvieran sumergidos en las oscuras aguas del mar, iban saliendo lentamente a medida que nos aproximábamos, mostrando sus dorsos coronados de picos agudos, y sus flancos llenos de derrumbes y surcados por el cauce de numerosos torrentes agostados; en su ribera, que íbamos dejando a la derecha, se avistaban sucesivamente varias poblaciones, siendo la más notable Reggio, ciudad de diez mil habitantes. Al frente teníamos ya gran parte de la costa oriental de la Sicilia, comenzando en Mesina al norte y yendo a terminar hacia el sur en el Etna, cuya cima se adivinaba apenas, envuelta entre las brumas del lejano horizonte.

Numerosas escenas de la mitología y de la historia se presentaban a la imaginación. Ahí reinaba Fálaris, el tirano que se complacía en quemar vivos los hombres dentro de un toro de bronce, para que con sus gritos y lamentos imitaran el bramido; por ahí colocaban los poetas la gruta de Polifemo, el cíclope que quería devorar a Ulises y sus compañeros, y a quien el héroe logró clavar una estaca en el ojo, sabiéndose después todos ellos atados a los vientres de los carneros; en las entrañas del Etna estaban las fraguas en que Vulcano, ayudado de Trifón y los otros gigantes, forjaba los rayos para Júpiter.

Pero desechando esos y otros necios recuerdos, yo concentraba toda mi memoria sobre Arquímedes. A pesar del transcurso de los siglos, no se visita sin emoción la patria de los grandes hombres. Treinta leguas me separaban aún de Siracusa; pero con sólo arribar a la isla yo me complacía, considerando que pisaba ya su propio suelo, que tenía alrededor de mí un horizonte que él debió

ver, cerros y peñascos que en otro tiempo repercutieron su nombre. ¡Ah! ¡Si yo lo hubiera evocado, sin duda las montañas y aun las olas, con su eco, habrían solícitas contestado a mi voz... Aún no han debido olvidarlo!

¡Qué noble y qué gallarda se destaca su figura entre las de los prohombres de la antigüedad! Alejandro, César, Aníbal, Pirro y Escipión, todos los conquistadores y guerreros me parecían pigmeos ante él. Me los imaginaba en el palacio de la corona, y estableciendo su principio hidrostático, que dando a conocer la densidad de los cuerpos, abrió para las ciencias físicas un nuevo y luminoso sendero; lo consideraba aplicando la pesantez, en su ingeniosa rosca, a la elevación de los líquidos; y lo contemplaba de pie sobre los muros de Siracusa, rechazando con sólo la pujanza de su genio, los reiterados ataques de las legiones romanas; arrojando sobre ellas, con el poder de sus máquinas, rocas formidables, y haciendo contribuir hasta el fuego del cielo a la defensa de su patria.

La isla de Sicilia, tan afamada antiguamente por su fertilidad, que era llamada el *granero romano*, liga también su recuerdo a la agricultura. Fue la primera parte de Europa donde se introdujeron, importados del Oriente, el trigo, el arroz, el algodón, el fresno de maná y la caña de azúcar, que los chinos habían dado a los árabes en el siglo XIII, y que Pedro de Aranza introdujo a la América en 1506, donde se ha propagado como en su propio clima.

Con excepción de Palermo, que es la capital, Mesina es la ciudad más importante de la isla. Comienza en la orilla del mar, donde tiene un fuerte avanzado, y asciende por escalones hasta la cima de los cerros, que se hallan coronados por torreones y viejos castillos. Considerada en su conjunto es bella, asemejándose bastante a Turín, a pesar de su diversa posición tipográfica: las calles son bien enlosadas, las casas de varios pisos, y hay un número prodigioso de iglesias, como no he visto en parte alguna; pero que nada ofrecen de notable. La de San Gregorio, situada en una alta meseta, es un excelente mirador.

En la de San Juan Bautista hay una capilla subterránea, con un pozo cuya agua es muy venerada porque, según dicen, en él fue arrojada la lengua de San Plácido, a quien se la cortaron los verdugos por su confesión de fe. El cuerpo del santo, los de sus compañeros mártires y el de San Martín, se conservan en dicha iglesia.

Hay un pequeño museo de historia natural y bellas artes, y algunos jardines públicos, en que la guadua (*bambusa*) y el *muelle* de la América (*schinus molle*) lucían su fino follaje. La población se calcula en cerca de cien mil almas.

Partí de Mesina el 5 de agosto por la noche. El mar estaba tranquilo, y la luna, casi en su plenitud, extendía sobre él un manto de plata; un completo silencio reinaba por todas partes, y una aura ligera refrescaba la atmósfera. Largo tiempo permanecí sobre el puente del navío, gozando en la contemplación de esa calma majestuosa que presentaba la naturaleza alrededor de mí. Desde el abismo insondable de las aguas, yo elevaba mi pensamiento y mis ojos hacia ese otro abismo del infinito que se hallaba sobre mi cabeza: en él veía miríadas de constelaciones, ejércitos de estrellas moviéndose con regularidad, según las órdenes de Dios, que como dice el profeta, *las llama a cada una por su nombre, y todas obedecen, todas marchan, sin que ninguna se quede atrás*.¹ ¡Cómo se siente el hombre pequeño ante esos cuadros grandiosos de la creación!

Atrás dejo la ciudad entre mil luces; adelante percibía los resplandores instantáneos del faro, y a uno y otro lado veía las costas, que iban aproximándose lentamente hasta formar el estrecho, en que la isla se halla separada del continente poco más de media legua (3.000 metros). Aquí las aguas forman corriente, se oye el ruido y se ven blanquear las espumas; a la izquierda está Escila y a la derecha Caribdis, los famosos escollos que tanto temían los antiguos y que su imaginación había convertido en monstruos; hoy apenas se hace caso. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Ya el marino no necesita ofrecer holocaustos a Neptuno y Eolo para hacérselos propicios: a la vez que la luz del Evangelio disipó aquellas fantásticas divinidades, la ciencia anonadó la bravura de las olas y encadenó los vientos. Ya el hombre no es el juguete del caprichoso aquilón; gracias a Watt y a Fulton, el vapor, dócil y sumiso a sus órdenes, lo conduce con seguridad por en medio de las borrascas y a despecho de los huracanes.

¡Gloria al Supremo Hacedor que dotó su criatura, que no era más que un átomo de polvo en medio del universo, con una chispa de su espíritu inmortal!

Al amanecer del día siguiente nos hallábamos costeano la Calabria. Tocamos en Pizo, pequeña población que recuerda el fusilamiento de Murat, ex rey de Nápoles, ejecutado en 1815; a medio día abordamos a Paola, patria del caritativo San Francisco, fundador de la orden de los *mínimos*. Su estatua de mármol, elevada sobre una columna, se veía desde lejos, inmediata a un convento. Por la mañana temprano anclamos en el puerto de Nápoles, y poco después estábamos en tierra.

¹ Is 40, 26.

Aquí suponían los poetas haber tenido lugar la fábula de Parténope, que según decían, se arrojó despechado al mar, porque el astuto Ulises para evitar su canto fascinador, se hizo atar al mástil del navío, después de tapar los oídos de sus compañeros.

La ciudad, principiando en lo alto de una colina, desciende rápidamente hasta la ribera y se extiende como una medialuna por toda la orilla del golfo, contrastando por la blancura de sus casas con el azul del mar. A la derecha se mostraba el cono del Vesubio, envuelto en parte en los vapores de la mañana, lanzando en los aires torrentes de humo.

Esta es una de las más bellas ciudades de Europa. Bien conocido es el viejo proverbio francés, de *ver a Nápoles y después morir*, aunque es verdad que alguien, con más buen sentido, lo ha cambiado en el de *ver a Nápoles y después vivir*.

Entre las muchas cosas notables, llaman especialmente la atención del viajero: la Rotonda o iglesia de San Francisco de Paula, el palacio real, un gran castillo contiguo, el teatro de San Carlos y el museo, vasto edificio de hermosa construcción, riquísimo en antigüedades romanas halladas en Pompeya y Herculano. Es bien agradable ver ahí los muebles, los utensilios y diversos instrumentos usados ahora dieciocho siglos. En el mismo local está la biblioteca pública, con más de doscientos mil volúmenes, y en ella hay un salón curioso por su eco, que repite la sílaba final hasta treinta veces.

La catedral es un templo hermoso; su tesoro, de mucho valor, contiene varias estatuas de santos, de tamaño natural, de plata maciza; y se conserva ahí una redoma con la sangre de San Genaro, su obispo, la cual según aseguran, se liquida todos los años en el día del santo, y vuelve después a solidificarse. La iglesia de San Martín, anexa al extinguido convento de cartujos, situada en lo más alto de la ciudad, sobre una colina, es interesantísima, más que por su arquitectura, por el lujo y belleza de su decoración. Está construida con mármol y adornada con primorosas estatuas, magníficas pinturas y numerosos altares, en que el lapizlázuli, las amatistas, la plata y el oro lucen a porfía. Hay además una curiosa colección de cuadros taraceados, verdaderos mosaicos de madera, representando objetos sagrados, hechos por un monje que trabajó en ellos treinta años: obra de admirable paciencia.

Hay bonitos jardines y paseos, uno sobre todo, adornado con estatuas de mármol de muy buena ejecución, pero representando en su mayor parte faunos, sátiros y otros entes mitológicos. Me desagradaba ver que todavía, en la segunda mitad del siglo XIX, haya artistas que empleen su talento y su tiempo

en reproducir esos sueños extravagantes de la imaginación, contribuyendo así a mantener el vulgo ignorante en la errada creencia de que existen tales monstruosidades. Indudablemente, ya pasó la época de los centauros, las esfinges y tritones: en vez de eso debieran representarse los objetos de la naturaleza o los hombres que su mérito ha hecho notables.

La más grande animación se observa constantemente allí, no sólo por lo considerable de la población, que llega a cerca de medio millón de habitantes, sino también por la extraña costumbre de hacer todos los trabajos en la calle. Con excepción de la llamada de Toledo, y unas pocas más, casi exclusivamente comerciales, todas las otras ofrecen el curioso espectáculo de una serie de talleres, en que el transeúnte puede entretenerse viendo ejecutar toda clase de trabajos, desde los más finos artefactos hasta las maniobras de cocina, pues en plena calle arman sus fogones para cocer mazorcas de maíz y hacer sus guisos, que ahí mismo van vendiendo: consecuencia de la estrechez de las habitaciones, que les sirven apenas para dormir. Generalmente en una misma casa, que son de varios pisos, viven muchas familias, y como pueden necesitar entrar o salir a diversas horas del día o de la noche, el portón no se cierra nunca.

Tienen furor por las representaciones teatrales. A todas horas se ven en las calles grandes cuadros en que están pintadas diversas escenas sangrientas, o se encuentran muchachos y muchachas subidos sobre las mesas, cantando a toda voz óperas en miniatura, al son de algún violón o clarinete; todo para llamar la atención hacia la función que tiene lugar en el interior de la casa.

Uno de los espectáculos a que asistí durante mi permanencia en dicha ciudad, fue una ascensión en globo aerostático, hecha por una francesa, madama Poitevin, con su marido. Una vez inflado el globo y cortada la cuerda que lo retenía, subieron con rapidez, nos arrojaron de lo alto un reguero de flores, y desaparecieron a la vista, llevados por un viento horizontal: el viaje fue feliz. Pocos días después repitieron el ascenso, cada uno en un globo distinto; pero fueron arrebatados por un huracán que los precipitó al mar, donde hubieran perecido si un buque que estaba a prevención no los hubiera sacado oportunamente.

Si Nápoles es una ciudad digna de visitarse, sus inmediaciones son todavía de mayor interés para el anticuario y el geólogo. Como el terreno es generalmente llano, se hace el paseo en coche. Dirigiéndose al occidente, se encuentra en los confines de la ciudad la *Gruta de Posilipo*, largo túnel del tiempo de los romanos, de 668 metros de longitud, que abre camino a través de un alto cerro. Antes de entrar, a la izquierda, está la tumba de Virgilio, que tenía por ahí cerca su casa

de campo donde compuso sus égoglas y geórgicas y junto a la cual quiso ser enterrado. El célebre Petrarca le había consagrado un laurel, que no existe ya.

Una hora más allá, desviándose un poco al norte, se halla el lago de Agnano, depósito de agua dulce, de poco más de media legua de circuito, que ocupa un cráter apagado; es escaso de peces y abundante en ranas. Cerca de sus márgenes está la famosa Gruta del Perro, pequeña cueva donde los animales se asfixian, mientras que el hombre puede entrar impunemente; fenómeno del que habla Plinio, y que había admirado a los sabios de esa época. Hoy que se conoce su causa, se lo halla de suprema simplicidad. Del suelo, que es muy caliente, sin duda por alguna comunicación subterránea con el Vesubio, se exhala constantemente ácido carbónico, que siendo mucho más denso que el aire, se acumula en la parte inferior, formando una capa que no llega a una vara de altura. Llevándolo a la boca, con la mano, se le siente su sabor marcadamente ácido; y una vela, que puede tenerse encendida arriba, se apaga desde que se la aproxima al suelo. Por consiguiente, los perros y demás animales de pequeña talla, se ahogan porque no alcanzan a levantar la cabeza encima de la atmósfera irrespirable de ácido carbónico; lo mismo que le sucedería al hombre si, en vez de estar de pie, se colocara en otra posición.

Todo aquel terreno está abrasado. A poca distancia del lago han construido unos cuartos para recibir baños de vapor sulfuroso, que se desprende de las grietas de la roca a una temperatura de 64°.

Volviendo a tomar el camino que sigue por la orilla del mar, se llega pronto a Puzola, ciudad de nueve mil habitantes, notable en tiempo de los romanos. En sus cercanías había muchas quintas de personajes célebres, entre otros, de Cicerón. Ahí murió el sanguinario Sila. Se ven aún las ruinas de un templo de Serapis, con bellos trozos de columnas de mármol, curiosamente taladrados por caracoles marinos (*modiola lithophaga*), y se conserva en gran parte el anfiteatro, imitación del coliseo de Roma, que contenía treinta mil espectadores. En sus inmediaciones está la Solfatara, pequeño cráter que arroja vapor de azufre, el cual adhiriéndose a la roca la colora en vivo amarillo. Arrimándose, se oye murmullo como de una fuerte ebullición; y golpeando con una piedra el suelo de las cercanías, retumba como un cañonazo.

Avanzando un poco al oeste, se ve el *Monte Nuovo*, cerro que se formó repentinamente en una noche, en 1538; detrás de él se encuentra el lago Lucrino, lleno de agua salada, y más adelante las Estufas de Nerón, que son galerías excavadas en un cerro caliente, a donde van a recibir emanaciones sulfúreas de

una alta temperatura. Al pie está la Piscina Admirable, que es un gran baño en que brotan al lado una fuente hirviendo y otra fría.

A la derecha del lago Lucrino hay otro de agua dulce, el Averno, que ocupa el lugar de un cráter apagado, con media legua de circuito y casi sesenta varas de profundidad. Está rodeado de colinas cubiertas de bosque de poca altura, lo que da al paisaje un aire de encantamiento y poesía en extremo agradable. Por ahí suponía Virgilio que había bajado Eneas a los infiernos, acompañado de la sibila cumana, que adormeció el can Cerbero con una torta de harina, miel y amapolas.

Ocultas en la espesura del bosque, y a poca distancia de la orilla del lago, está la gruta que habitaba la famosa sibila. Es una larga galería subterránea, especie de túnel, con su puerta al norte, que tiene cerca del fondo, a la derecha, un pasaje que conduce a una cámara cuadrilonga, llena en parte de agua y con poyos al pie de los muros. Ahí hay una abertura por donde, según dicen, daba la sibila sus oráculos. Es preciso hacerse conducir en hombros de los guías y llevar teas encendidas. Dicha cámara está en comunicación con otras semejantes.

Volviendo a Nápoles para encaminarse al sudeste por el ferrocarril, se llega a Pompeya en poco más de media hora. Esta ciudad, como es bien sabido, fue sepultada por una erupción del Vesubio, que la cubrió de lavas y ceniza el año 79 de nuestra era: en ella murió el naturalista Plinio. Fue descubierta hace poco más de un siglo, y aún no se han terminado los trabajos, que se ejecutan por cuenta del gobierno; pero todo lo más notable de ella está ya a la vista.

Las calles son rectas, un poco convexas en el centro, y por consiguiente con ligero declive hacia las aceras, como las de París; están cubiertas con grandes piedras, acanaladas en muchos puntos por el pasaje de los carros. Las paredes de las casas, hechas de piedra pómez y otras lavas unidas con cemento, se han conservado hasta la altura de los techos, que aún existen en parte. La construcción interior de las habitaciones es semejante a la que se usa hoy entre nosotros (en Medellín): zaguán, dos patios, con surtidores en el de atrás, al cual corresponde el comedor, mientras que la sala de recibo está adelante. En algunas hay lujosas fuentes adornadas de estatuas; las paredes están llenas de pinturas mitológicas, hechas por procedimientos que aún se ignoran, y el suelo formado de mosaicos, con las iniciales del dueño de la casa escrito en el zaguán. Se ven por ahí grandes tinajas para recoger el agua de lluvia; hornos para el pan, que se ha hallado quemado: molinas de piedra, calderas que contenían jabón, y grandes vasijas de barro en que guardaban el vino.

Se ven las ruinas del foro, de varios templos, el teatro, fuentes públicas, establecimiento para baños de vapor y de agua, con pieza para las unciones, y tiendas y hoteles. Hay casas con pinturas obscenas que indican su vergonzoso destino y muestran la degradación a que puede llegar la especie humana.

Es con una suerte de terror que se recorre aquella ciudad solitaria, cuyos habitantes parece que durmieran, ¡pero que durmieran un sueño de dieciocho siglos! ¡Ah! El filósofo no hallará ahí mas que fenómenos naturales que estudiar, cataclismos más o menos intensos, más o menos dignos de atención a sus ojos, en que basará tal vez sus teorías sobre la formación del globo; pero el cristiano, elevándose un poco más en sus miras, verá siempre la mano justiciera de Dios, haciéndose sentir formidable sobre una sociedad disoluta.

Al salir de la ciudad, desde la puerta de la muralla, se ven a uno y otro lado de la calle las tumbas de las familias notables: son monumentos como pequeñas torres, con una puerta para penetrar al interior, donde hay numerosos nichos en forma de arco, excavados a diferentes alturas en el espesor del muro, en que colocaban las urnas cinerarias.

De ahí me dirigí al Vesubio, que se halla a dos leguas de distancia, del lado del norte. En sus faldas, cubiertas de viñedos que suministran el *lacrima christi*, de higueras, nísperos, moreras y duraznos, hay numerosos villajes que aunque arrasados muchas veces por el volcán, se alzan de nuevo sobre sus propias ruinas, arraigados ahí por la feracidad del suelo.

Se emplean dos horas y media en el ascenso, subiendo a caballo más de la mitad; pero después es preciso trepar a pie, durante una hora, por una pendiente cubierta de lava en polvo, hundiéndose hasta media pierna, lo que es en extremo fatigante. A las cuatro de la tarde del día 10 me hallaba yo sobre el antiguo cráter, a 1.100 metros de altura sobre el mar. Ahí el suelo está ardiendo, por lo que es preciso moverse constantemente para no quemar el calzado; de las hendeduras sale humo, vapor de azufre y diversas sales volatilizadas, que se subliman en sus bordes presentando hermosos y variados colores. Había una grande abertura por donde salieron torrentes de lava a principios de 68; pero no pude alcanzar a ver el abismo.

Roncos rugidos se oían en las entrañas del volcán, y su nuevo cráter, que termina en un pequeño cono que se ha elevado sobre el antiguo, arrojaba cerca ceniza y piedras en ascua que caían con violencia a nuestros pies. Un bello horizonte se ofrecía desde allí a mi contemplación; pero lo avanzado de la hora me precisó a descender.

Restábame visitar la Gruta Azul que existe en la isla de Caprea, a seis leguas al sur de Nápoles; y el 11 por la noche salí de la ciudad con tal objeto, a bordo de un barco de pescadores. El golfo, con todas sus poblaciones iluminadas, se extendía delante de mí como los palcos de un inmenso teatro; a un lado descollaba el faro y al otro el Vesubio, lanzando piedras incandescentes que resaltaban sobre el fondo agrisado del cielo. El céfiro, el más apacible de los vientos, que los poetas representaban joven y con alas de mariposa, era el único que inflaba nuestra vela. Sobre la oscura superficie del mar iba dejando la barca un surco luminoso, como un reguero de perlas, o más bien de gotas de rocío heridas por el vivo sol de la mañana.

Tendido a la descubierta y dejándome balancear muellemente y con placer, contemplaba yo la bóveda celeste, prometiéndome observar la aparición de los asteroides que, en su revolución periódica, debieran verse en esas noches. Efectivamente, dos de ellos cruzaron el espacio en dirección de oriente a occidente, apagándose rápidamente a mi vista; pero pronto Morfeo, que sin duda tenía sobre mí mejores derechos que Urania, puso sus pesadas manos en mis ojos, para no retirarlas sino al arribar a la isla, en los albores del siguiente día.

Caprea, al menos por ese lado, es una roca desnuda, que me pareció a propósito para morir de tedio un desterrado. Sin embargo, en ella permaneció mucho tiempo Tiberio, queriendo disipar el fastidio que hallaba en la capital del mundo, pero cuya verdadera causa llevaba consigo en su corazón depravado. Tiene como tres leguas de circuito, y hay en ella dos poblaciones de ninguna importancia.

Nos dirigimos al oeste siguiendo la ribera, llena de pequeñas cavernas a flor de agua, de donde salían roncros quejidos al choque de las olas; encima se veían las ruinas de vastos edificios que había hecho construir el funesto emperador. En menos de una hora llegamos a la gruta que buscábamos, cuya puerta, que mira al norte, es bastante baja; por lo que es preciso entrar agachándose mucho sobre la barca.

Es una gran bóveda excavada en la roca calcárea, con más de 50 varas de longitud y como 30 de anchura, y llena de agua a una profundidad de 60 pies; pero hay una parte del suelo en seco, donde puede desembarcarse. Su vista en el interior es hermosa, porque el color del cielo, refractándose a través del agua del mar, tiñe ésta de un bello azul y emite reflejos irisados sobre las paredes. Cerca del fondo se mostraban los rojos corales adheridos a las peñas; no hay estalactitas.

Uno de los guías, para hacerse pagar, me anunció un espectáculo admirable: el *hombre plateado*. Arrojándose desnudo en el agua, nadaba cerca de la superficie, conservándose en posición casi vertical: la cabeza, que quedaba afuera, tomaba con el reflejo de las paredes un tinte plomizo: mientras que el cuerpo, que por efecto de la refracción aparecía en escorzo o acortado, era de un blanco azulado, brillando casi como la luna de invierno; y como agitaba constantemente los brazos y las piernas para no hundirse, presentaba la más grande semejanza con ciertas ranas. El hecho si no era muy curioso, por lo menos era risible: yo me di por satisfecho, exigiéndole que me sacara una muestra de coral.

Vuelto a Nápoles, asistí en el teatro a una función de *magia*, dada por un francés. Entre muchas cosas curiosas, me llamó la atención el adelanto a que han podido llevar la fantasmagoría, pues a la más completa ilusión de la vista han agregado la del oído.

El actor se presentaba en el escenario, ligeramente oscuro, y pretendía evocar espíritus. Primero salió una dama cuyas formas, movimiento y colorido imitaban perfectamente la realidad: sólo al desaparecer repentinamente cuando él quiso cogerla, dejaba conocer que era una imagen. Después, estando él acostado sobre un sofá, salió el diablo con violín en mano, y parándose o montándose encima, jugaba su instrumento, cuyo sonido parecía desprenderse evidentemente de sus propias cuerdas; se ocultó también instantáneamente. Apareció por último la muerte, armada de cimitarra, y tomando el hombre una espada, entraron en duelo: mutuamente se atajaban los golpes, y los aceros sonaban al chocarse; pero de súbito desapareció.

Un amigo que se hallaba a mi lado, estaba estupefacto. Se comprende con facilidad la producción de las imágenes por medio de lentes convergentes, solos o combinados con espejos cóncavos; pero se necesita mucha habilidad para hacer aparecer sus movimientos arreglados al plano en que se ven ejecutar, y coordinados con las posiciones del actor. El creer que los sonidos, que sin duda se producen en la vecindad, parten de ahí mismo, no puede ser sino pura ilusión.

El 14 dejé definitivamente a Nápoles, encaminándome por el ferrocarril del noroeste; pasé frente al palacio de Caserta, que no visité, y llegué después al pie de un alto cerro coronado por un vasto edificio, antes habitado, hoy desierto. Era el célebre Casino, fundación de San Benito abad, que como una arca providencial, salvó las luces de la antigüedad en ese diluvio de barbarie que en los primeros siglos de nuestra era se extendió por el mundo; monumento glorioso

*

Andrés Posada Arango

que por más de trece centurias fue justamente venerado, recibiendo homenaje aun de Totila, ¡para ser abolido en nuestra época en nombre del progreso!

La Inglaterra protestante abogó en su favor, de parte de la civilización; pero la Italia católica, para hacer mérito de su firmeza, sancionó su supresión.

Yo lo contemplé por un instante, exhalé un suspiro involuntario, y continué mi ruta; pasé por Aquino, patria de Santo Tomás, una de las mas brillantes inteligencias de que la humanidad puede gloriarse; llegué a Veletri, lugar del nacimiento de Augusto; atravesé amenas campiñas y bosquecillos frondosos, que traían a mi imaginación las ficciones de Numa con la ninfa Egeria; y poco después tocaba en las puertas de la Ciudad Eterna.

*



XVII

Hoy que la fisiología, en su marcha progresiva, ha llegado a representar gráficamente las ondulaciones del pulso, sería curioso estudiar las contradicciones del corazón en un viajero. De qué distinta manera debe latir, cuán cambiado debe hallarse en su ritmo, cuando abandona la patria; cuando ve ocultarse su hogar tras la última vuelta del camino; cuando contempla por la primera vez el anchuroso mar; cuando se halla combatido de las borrascas; cuando admira los monumentos de la culta Europa; cuando observa desde lo alto de las pirámides los paisajes del Egipto: cuando se arrodilla ante el sepulcro del Cristo o entra en la ciudad de Rómulo y Nerón.

¿Cómo visitar a Roma sin conmoverse? ¡Cuántos recuerdos se despiertan a su solo nombre! ¡Ciudad de heroicas virtudes y de horrorosos crímenes; patria de grandes hombres y de monstruos abominables; tierra de las Lucrecias y Veturias, los Cincinatos y Fabricios, los Manlios y los Décios, los Cicerones y los Gracos, como de las Mesalinas y las Tulias, los Coriolanos y los Brutos, los Silas y Tiberios, los Domicianos y Calígulas. Ciudad a cuyo destino ha estado ligada la suerte de los pueblos, así en el pasado como en el presente, y verosímilmente en el porvenir. Madrastra cruel en las épocas del paganismo: madre amorosa desde el advenimiento de la cruz!

Era el 15 de agosto, día en que la iglesia celebra la Asunción de María. El pueblo, agrupado en la plaza de una gran basílica, sobre el monte Esquilino, aguardaba ansioso la llegada del soberano. ¡Bien han cambiado los tiempos! No era ya uno de los altivos Césares, pasando bajo arcos triunfales y viendo rodar su carroza, tirada por caballos blancos como el cisne, sobre alfombras de flores y sobre palmas tendidas a su paso. Era un modesto anciano, conducido en un

carruaje sencillo, y cuyo camino habían de propósito regado de tierra, como si él quisiera recordarse que “el hombre es polvo, y en polvo se ha de convertir”.

El vasto templo, de lustrosos mármoles y dividido en tres naves por 44 columnas jónicas, estaba lleno de colgaduras y profusamente iluminado. Llevado en silla de manos por en medio de la multitud, llegó el venerable pontífice hasta el pie del altar, donde cantó misa con voz todavía sonora. Un rato después apareció en un balcón del frontispicio de la iglesia: la población, gozosa, se postró de rodillas, y él los bendijo en nombre del Dios Altísimo. Tierno espectáculo en que se ve un pueblo que, en vez de un tirano, tiene por gobernante un padre amable.

Roma no es ciudad hermosa; pero mientras más detenidamente se la observa, mayor interés inspira. Quienquiera que la visite, el cristiano, el historiador, el filósofo, el artista, el literato o el hombre de ciencias, hallará ahí mil objetos dignos de su más grande atención. Está cercada de murallas, abierta por doce puertas, comprendiendo cerca de doscientos mil habitantes. El Tiber, que la divide desigualmente en su curso tortuoso hacia el sur, tiene varios puentes, del que uno solo, el que conduce al Vaticano, es notable: está formado de seis arcos y adornado con las estatuas de San Pedro y San Pablo, y con grandes ángeles que sostienen, cada uno, alguno de los instrumentos de la Pasión, la lanza, la columna, los clavos, etc.

Un hecho resalta desde luego a la vista de quien observa la célebre ciudad: la revolución extraordinaria, el cambio asombroso de que ha sido teatro. Cuando los escribas y fariseos deliberaban quitar la vida a los discípulos de Jesús, para impedir que propagaran su doctrina, uno de aquellos, Gamaliel, dijo a sus compañeros: “Yo os aconsejo que no os metáis con esos hombres, y que los dejéis, porque si este designio o empresa es obra humana, por sí misma se desvanecerá; mientras que si es cosa de Dios, no podréis destruirla, y os expondríais a ir contra Dios”;¹ prueba la más rigurosa, la más decisiva a que podía sujetarse la nueva religión. Basta, por tanto, echar una ojeada sobre Roma, recordar lo que era la ciudad pagana, la señora del mundo, esa enemiga implacable del nombre cristiano, y ver su estado actual, para no poderse denegar a reconocer en ella un testimonio elocuente, una prueba monumental de la divinidad del cristianismo, y admirar lo espléndido, lo palmario de su triunfo.

¹ Hch 5, 38-39.

Por donde quiera se ven los antiguos monumentos, la sobras del politeísmo, cuando no reducidas a escombros, convertidas en santuarios del nuevo culto. Recorramos las calles. En vez de los lares ficticios bajo cuyo amparo se colocaban las familias, aparecen hoy por todas partes, incrustadas en las paredes, en las esquinas y sobre las puertas, las imágenes de la madre inmaculada del Nazareno. Vayamos al Capitolio. Es una pequeña plaza situada sobre una colina, adonde se sube por una escalera encerrada entre balaustradas de piedra, y decorada con dos estatuas gigantescas de mármol, representando a Cástor y Póllux; otra ecuestre, en bronce, del emperador Marco Aurelio, y varios trofeos, como para recordar al viajero qué tierra pisa; pero el famoso templo de Júpiter Capitolino, a donde iban los hombres a doblar la rodilla y a adorar en la mentida divinidad el adulterio, los celos, la venganza y las más bajas pasiones, no existe más. En su lugar se alza hoy un monasterio, escuela de virtudes evangélicas, donde el ayuno, la humildad, la paciencia, la pureza de las costumbres, la mortificación en todo, forman el programa. ¡Qué contraste!

Lejos de ahí, en dos plazas distintas, se encuentran las elevadas columnas de Aurelio y de Trajano, llenas de esculturas y relieves que conmemoran sus hazañas y sus triunfos; pero no se ven ya sobre ellas los emperadores, que un senado imbécil había llamado *divinos*. Tiempo ha que terminó su reinado, y hubieron de descender desde sus altos pedestales para ceder el puesto a un pescador de Betsaida y a un tejedor de la Cilicia, Pedro y Pablo, que de ajusticiados pasaron a ser la gloria de la ciudad, sus ángeles tutelares. Ved sus mausoleos, las estupendas basílicas que el mundo admira. ¡Ningún soberano tuvo iguales palacios!

Como a dos cuadras al sur del Capitolio está la célebre roca Tarpeya, de 32 metros de elevación, convertida en jardín.

Al bajar del Capitolio hacia el este, en un piso muy inferior al actual, se encuentra el pavimento del antiguo Foro, donde se reunía el Senado, donde Cicerón pronunciaba sus arengas y donde fue expuesta su cabeza cuando cayó bajo la mano del verdugo; lugar que recuerda también la muerte de Servio Tulio y la acción incalificable de su hija. Vense a continuación las ruinas de numerosos templos paganos, el de la Concordia, de Vespasiano, de Saturno, y otros; el arco de Séptimo Severo, de mármol, decorado con columnas de orden compuesto, y lleno de bajo relieves que representan sus victorias en Oriente; el templo de Antonino y Faustina, de que existen sólo unas columnas formando el frontis de una iglesia de San Lorenzo; unas bóvedas enormes de la basílica de Constantino; el arco de Tito, erigido por el Senado para celebrar la toma de

Jerusalén, y entre cuyos relieves se ve el candelabro de siete brazos del templo de Israel; y se llega en fin al anfiteatro de Flavio, llamado comúnmente el Coliseo, nombre que hace alusión a lo extraordinario de sus dimensiones.

Es un área elíptica, limitada por un muro de piedras de más de cinco cuabras de extensión (546 metros), compuesto de arcos y columnas sobrepuestas, de cuatro órdenes distintos, llegando a 52 metros de altura total. El interior está formado de galerías abovedadas, sobre las cuales había gradas para sentarse los espectadores a cielo descubierto. Podía contener más de cien mil personas. Para preservarse de la lluvia había un toldo inmenso, que manejaban 480 obreros. Debajo hay galerías y piezas subterráneas donde mantenían los animales feroces.

Un sentimiento de profundo respeto inspira en el ánimo del viajero cristiano la contemplación de aquel lugar, arena ensangrentada, teatro glorioso en que millares de mártires dieron espectáculo al cielo y a la tierra, a los ángeles asombrados y a los hombres ebrios de furor... Estos aplaudían a las fieras, que rasgaban las carnes, despedazaban las entrañas y triunfaban de los cuerpos; los querubines, admirados, guardaban silencio, pero descendían con coronas y palmas a encontrar los espíritus, ¡que cantaban victoria al remontarse gozosos a las regiones de la eterna felicidad!

La cruz, majestuoso trofeo conquistado en tres siglos de lucha, ocupa el centro de esa liza memorable. En vano soplarán ya contra ella los vientos de la tempestad; en vano se desencadenarán a la vez todos los aquilones, pues robusta cual la encina de la montaña, firme como la roca que ha resistido el embate de los mares, permanecerá inmutable: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam*. “Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

En la periferia hay pequeños altares con cuadros que representan las últimas escenas de la vida de Jesús; y todos los viernes por la tarde concurren ahí los fieles, presididos por algunos religiosos, a hacer el ejercicio de la *Via crucis*, es decir, a orar acompañando con la imaginación al Hijo de Dios en su camino al Calvario; espectáculo que visto en aquel lugar, causa en el alma una viva emoción. ¡Qué peripecias!

Cerca del Coliseo se ven los restos de la *Meta sudante*, fuente en que se lavaban los gladiadores después del combate, y no lejos de ahí se encuentra el arco de mármol y adornado con relieves, pero de tosco trabajo.

Regresando hacia el Capitolio, se tiene en la izquierda el monte Palatino, de donde Rómulo vio los doce cuervos, mientras que Remo percibió sólo seis

del Aventino. Era el asiento primitivo de la ciudad; en él estaban las casas de Cicerón, Catalina, Craso y Antonio, y más tarde fue ocupado por el vasto palacio de los Césares, que Calígula unió al monte Capitolino por un puente gigantesco. Hoy pertenece al emperador Napoleón, y está convertido en jardín, pero conservando muchas ruinas dignas de visitarse.

Al lado opuesto, a la derecha del Foro, se halla la prisión Mamertina, en que murió de hambre el valeroso Yugurta y donde estuvieron encarcelados largo tiempo San Pedro y San Pablo. Es una sala subterránea a la cual se desciende por 30 escalones, y más abajo aún se encuentra un calabozo donde se ve la columna de piedra a que estuvieron atados los dos apóstoles. Cerca de ella hay un pequeño pozo, como de media vara de profundidad, constantemente lleno de agua, y que los fieles tienen en gran veneración porque según refieren, lo hizo brotar milagrosamente San Pedro para bautizar a Proceso, Martiniano y 47 compañeros más, que poco después sufrieron el martirio.

Hay otros monumentos antiguos dignos de mención: la Rotonda o Panteón de Agripa, destinada ahora al culto católico, en que se admiran sus columnas monolíticas de granito, de 20 varas de longitud y casi 6 de diámetro, y en la que está sepultado Rafael de Urbino; el mausoleo de Adriano, transformado en fortaleza con el nombre de Castillo del Santo Ángel, y que se halla en comunicación con el Vaticano; el templo de Vesta, de forma circular, con 20 columnas de mármol de Páros; la *Boca de la Verdad*, grandísima máscara de piedra, ante la cual se hacían los juramentos, que se conserva actualmente en la iglesia de Santa María en Cosmedia; la pirámide que servía de tumba a Cayo Sestio, al salir de la muralla por el lado del sur; y el sepulcro de Cecilia, mujer de Metelo, torre cilíndrica coronada de almenas, pero muy deteriorada, que era célebre por su eco que repetía hasta siete veces la palabra.

Vienen después las catacumbas, necrópolo singular que revela hoy al cristiano los primeros anales de su fe, como los fósiles al geólogo las formaciones y cataclismos terrestres. Son galerías subterráneas, de poco más de una vara de anchura, que recorren el suelo de Roma en todas direcciones, cruzándose en diversos puntos y formando un laberinto intrincado de callejuelas, que no puede visitarse sin un guía muy práctico; con frecuencia se hallan sobrepuestas, en tres o más pisos, con gradas para comunicarse. Están labradas en una roca arenosa, de origen volcánico, que los romanos hacían entrar en su cemento. Las paredes, sin pulimentar, están llenas de sepulcros excavados a lo largo, que tapaban con

ladrillos o con mármoles, y cuyos epitafios son todavía legibles. Al lado se ven las cavidades en que colocaban las redomas con la sangre de los mártires.

De trecho en trecho se encuentran pequeños cuartos cuadrados, de cielo abovedado, que les servían de capillas, donde sepultaban los preladados. Sus paredes, lisas por estar recubiertas de argamasa, tienen varias pinturas al fresco, generalmente toscas, entre las cuales me pareció hallar representado el Buen Pastor y a Jonás en el acto de ser vomitado por la ballena. Se ven ahí poyos para sentarse, y especie de sillas, tal vez confesionarios, labradas en la peña.

Las principales catacumbas son las llamadas de San Calixto, Santa Inés y San Sebastián; todas tienen las entradas fuera de la ciudad; y como son bastante profundas, además de ser muy oscuras y húmedas, se las encuentra muy frías en el estío, pues conservan la temperatura media de la ciudad, que según mis observaciones es de 15°,5 del centígrado.

Entre los monumentos modernos de Roma, hay unos notables por su magnificencia, y otros por los objetos o recuerdos religiosos que conservan. Cerca de la puerta Latina se encuentra una capilla construida en el paraje en que estuvo la caldera del aceite en que fue hervido San Juan Evangelista, por orden de Domiciano, aunque sin recibir lesión alguna. En el lugar donde fue crucificado San Pedro, sobre el Janículo, hay una iglesia cuya fundación se atribuye a Constantino, y otra en el sitio de la decapitación de San Pablo, a tres cuartos de hora de la ciudad, donde muestran la columna de piedra que sirvió a la ejecución, y tres pozos que dicen aparecieron en los puntos en que la cabeza, al saltar, golpeó el suelo.

Se cuenta por todo 389 iglesias, y casi no hay ninguna que no conserve las reliquias de alguno de los héroes del cristianismo. En la de los Santos Apóstoles muestran una ampolleta de vidrio llena de sangre líquida, que aseguran ser de Santiago el Mayor, llevada de Galicia. En la de Jesús, que es muy hermosa, se encuentra un brazo de San Francisco Javier y el cuerpo de San Ignacio de Loyola, en un altar notable por su ornato, donde se ve una estatua de este santo, de plata, de tres varas de altura, y el Padre Eterno sosteniendo un gran globo de lapizlázuli. En la de San Ignacio, que pertenece también a los jesuitas, están los restos del simpático San Luis Gonzaga, y en otras los de San Felipe Neri, San Lorenzo, San Sebastián y muchos más.

En la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, construida por Santa Elena en los jardines de Eliogábalo, se guardan los objetos sagrados traídos de Palestina. Vi ahí uno de los clavos que sirvieron en la crucifixión, dos espinas de la corona,

tres pedazos de la cruz, y el INRI original, grabado en latín, griego y hebreo, en una placa de madera. Me mostraron también una crucecita de metal, que hace parte del relicario de San Gregorio, que llevaba consigo San Pedro. En un edificio independiente se encuentra la Escala Santa, que fue traída del palacio de Pilato. Tiene tres pasos de anchura, y está formada por 28 escalones, que los fieles suben de rodillas.

En el Colegio Americano, fundación del Sr. Elizaguirre, que cuenta más de 50 alumnos, educados por los jesuitas, entre los cuales halló algunos colombianos, visité la habitación de San Estanislao de Kostka, donde hay una bella estatua de mármol, en actitud de muerte, ocupando el lugar de su cama; y en los otros dos colegios de la compañía vi las piezas que ocuparon San Luis y San Ignacio, con sus muebles y vestidos.

Más de uno de mis lectores, si los tengo, se burlará quizá al considerar mis pesquisas y mi interés por las reliquias y santuarios; y sin embargo, ¡con qué mezcla de respeto y de placer visitaba yo esos lugares venerados! ¡Qué! ¿El que se ha conmovido de entusiasmo, y ha aplaudido, cantado tal vez, las proezas de los defensores de la patria, el denuedo de los guerreros, la abnegación de los mártires de la libertad, no tendría en su corazón siquiera una fibra capaz de vibrar ante el heroísmo de la virtud? ¿Permanecería impassible al recuerdo de los mártires de la verdad y del deber?

¡Ah! fuera yo escritor; estuviera en mí el cambiar el escalpelo del cirujano por la pluma del literato; fuérame dado arrancar de una lira enlutada vibraciones armoniosas, y no dudo que hallaría mi complacencia en sacar a luz esas escenas ocultas, en ensalzar esas batallas incruentas, pero terribles, en que la razón y la conciencia salen victoriosas del embate reiterado de las pasiones. Para esos cuadros serían mis mejores páginas, mis más bellos colores, mis más dulces acentos...

Pero la virtud dejaría de ser tal, si hallara un estímulo en las lisonjas del mundo; debe pasar desechada de los hombres para alcanzar de Dios su plena recompensa.

Son también dignas de visitarse la basílica de San Juan de Letrán, en cuya plaza hay un obelisco egipcio de 32 metros de elevación; las de San Lorenzo y Santa Inés, situadas fuera de los muros, y la de Santa María la Mayor, en que se conserva el pesebre de Belén, y los cuerpos de San Jerónimo, Santa Paula, Santa Eustoquia y San Pío V; la iglesia de San Pedro ad Víncula, donde se conservan las cadenas del apóstol y se encuentra el ponderado Moisés de Miguel Ángel; la

de San Clemente, donde se ha descubierto recientemente una iglesia subterránea; y en fin, una pequeña iglesia de San Andrés en que tuvo lugar la conversión del señor Ratisbona, hoy sacerdote católico, a quien tuve el gusto de conocer y tratar en Jerusalén. Se ve ahí una imagen de la Virgen en el mismo punto donde hizo su aparición milagrosa, y una inscripción en que el señor Ratisbona refiere ingenuamente el hecho.

Debe notarse que se encuentran con frecuencia personas de otra religión que se convierten al catolicismo; pero no católicos que pasen a otro culto. A lo más se ve algunos que se separan de la Iglesia por comodidad, por espíritu de libertinaje, por sacudir todo yugo, no para entrar honradamente en ninguna otra secta religiosa.

Llegamos en fin a la gran basílica de San Pedro, maravilla del arte, que no puede describirse: es preciso verla. El haberla conocido, como ha dicho un viajero, es una de las fuertes impresiones y de los grandes recuerdos en la vida. Puede formarse idea del efecto que causa su vista, por las dimensiones. Está formada de tres naves, con 120 metros de anchura en la fachada y 187 en su mayor longitud; la gran cúpula se halla a 138 metros de elevación, y está coronada por una bola de metal en que caben 16 hombres. La campana principal tiene casi metro y medio de canto o espesor y cerca de 7 de diámetro; además hay otras diez cúpulas.

Está revestida interiormente de mármol y decorada con grandes estatuas de todos los santos fundadores, bellos cuadros en mosaico y suntuosas tumbas de varios pontífices. Bajo la cúpula, en un piso inferior al altar principal, está el mausoleo que contiene parte de los cuerpos de San Pedro y San Pablo, iluminado constantemente con 142 lámparas; la otra parte de sus restos se conserva en la basílica de San Pablo, y sus cabezas en San Juan de Letrán. En el friso del templo se alcanza a leer en letras grandísimas esta inscripción: *Tu es petrus et super hanc petran edificabo ecclesiam meam; et tibi dabo claves regni celorum*. A la derecha del mausoleo hay una estatua de bronce del príncipe de los apóstoles, con el pie notablemente gastado por los besos de los peregrinos. Allí, como en Loreto, hay penitenciaros, es decir, confesores en todos los idiomas.

La plaza que antecede a la iglesia, adornada con las estatuas, en mármol, de los dos apóstoles citados; con un obelisco de 41 metros de altura total, y con dos bellos surtidores, está limitada en los extremos por dos arcos de columnas dispuestas en cuatro series, formando camino separado para los carruajes y para las personas de a pie, y que van a terminar en el pórtico del templo. Dicha co-

lumnata está coronada por una balaustrada de piedra, que sostiene 192 estatuas colosales de santos.

Se calcula el gasto total de este edificio, el primero del mundo en su clase, en 146 millones de pesos fuertes.

La basílica de San Pablo, aunque no tan imponente como la anterior, es quizá más suntuosa. Su cielo es plano; está dividida en cinco naves por 80 columnas monolitas de granito pulimentado, y el friso va cubierto con grandes medallones que presentan en mosaico los retratos de todos los papas. En el altar principal llaman la atención cuatro grandes columnas de alabastro oriental, regaladas por el virrey de Egipto. Todo el templo, en su conjunto, es de una magnificencia que sorprende; superior, bajo algunos aspectos, a la catedral de Londres.

Resta decir algo de los palacios del Papa: el Vaticano, su residencia habitual, y el de Quirinal, su habitación de estío. Este último está muy bien decorado, cual corresponde a un soberano; pero las piezas particulares de Su Santidad revelan sencillez de costumbres. El otro, situado en la plaza de San Pedro, no es notable por su arquitectura ni su ornato, pero sí por su extensión. Es de tres pisos, tiene infinidad de salas, capillas, galerías y corredores, contándose 13 mil piezas y más de 200 escaleras. Hay en él bellos jardines, una rica biblioteca, salas de pinturas de los grandes maestros, en que se hacen admirar la *Transfiguración*, por Rafael, y la *Última comunión de San Jerónimo*, por el Dominiquino; y un museo inmenso, en que se encuentran galerías de más de 400 pasos de longitud, lleno de esculturas antiguas, tapices, lápidas de las catacumbas, y obras de cerámica. En la Capilla Sixtina, que me recordaba al talentoso Mozart aprendiéndose el *Miserere* de Allegri con sólo oírlo una vez, existe el célebre cuadro del *Juicio final*, obra de Miguel Ángel, pintado al fresco en la pared del fondo.

Hay también en la ciudad varios palacios particulares, interesantes por sus colecciones artísticas. En el *Espada* se nota una grande estatua de mármol representando a Pompeyo, que se cree ser la misma a cuyos pies murió César a manos de los asesinos. Debo mencionar igualmente el museo del Capitolio, el de San Juan de Letrán y el Kircher, anexo al Colegio Romano. Es en este mismo edificio que existe el observatorio astronómico, que el ilustrado padre Secchi, jesuita, ha hecho tan justamente célebre con sus descubrimientos.

Se cuentan en la ciudad más de 20 plazas, las cuales están adornadas con obeliscos o fuentes más o menos hermosas, siendo muy notable la de Trevi; en la de Mignanelli hay una columna moderna, erigida en conmemoración de la declaratoria del dogma de la Concepción Inmaculada de María; la estatua de

la Virgen, fundida en bronce, se alza en su cima, y al pie están las de Moisés, David, Isaías y Ezequiel, trabajadas en mármol.

Hay agradables y amenos paseos, pues además del paseo del monte Pincio, los presentan las quintas de las inmediaciones, abiertas al público, aún para los carruajes. De éstas la más notable por su belleza y su extensión, es quizá la de la familia Borghese, que perteneció al príncipe Camilo, cuñado de Napoleón. En todas ellas hay colecciones artísticas de mucho mérito.

Tal es Roma vista a la ligera y sólo por su lado material. Paso por alto sus instituciones, sus establecimientos de todo género y la solemnidad de sus funciones religiosas, pues aunque mucho de eso vi, son objetos que no podrían tratarse dignamente en una relación sucinta, y su descripción detallada, me llevaría muy lejos de mi objeto.

Habiendo visitado todo lo notable de la ciudad y hecho ahí lo que me proponía, partí el 31.



XVIII

Cuatro horas de camino de hierro, por un litoral triste y solitario, bastan para trasladarse de Roma a Civita Vecchia, ciudad fortificada y puerto principal del territorio pontificio, con ocho mil habitantes de población. Actualmente es la residencia de la guarnición francesa.

El último día de agosto, por la tarde, me embarqué ahí en dirección a Liorna, adonde abordamos a la mañana inmediata. Al no haber hecho esa travesía por la noche, habríamos podido divisar a la izquierda las islas de Córcega y de Elba, la una patria y la otra primer destierro de Napoleón. Yo hubiera celebrado verlas aunque en lontananza; el recuerdo del grande hombre, a pesar de sus faltas, fascina aun nuestra imaginación con el prestigio de su gloria y la magnitud de su genio.

Liorna es una ciudad de buena apariencia, con 90 mil almas, y puerto bastante concurrido: pero con excepción de una estatua de Fernando I, duque de Toscana, que tiene a sus pies dos esclavos encadenados, en conmemoración de la batalla de Lepanto, no se ve ahí objeto alguno que llame especialmente la atención del viajero.

A cuatro leguas al nordeste se halla Pisa, lugar del nacimiento de Galileo, que formó antiguamente una república célebre por las armas, por las artes y por su universidad, y que desempeñó un gran papel en las guerras de las cruzadas. Hoy es ciudad triste, silenciosa, manifestando apenas las huellas de su pasada grandeza. Está situada en un llano, al pie de los montes Pisanos, que se desprenden de los Apeninos al norte, y atravesada por el Arno, sobre el cual tiene varios puentes, a dos leguas de su desembocadura en el mar; un canal del río la comunica con Liorna; está cercada de murallas.

Son dignos de visitarse: la catedral, de cinco naves, con columnas corintias y una gran cúpula de mármol, muy admirada, y la lámpara cuyas oscilaciones sugirieron al ilustre Galileo la invención del Péndulo, que Huyghen aplicó después como regulador de los relojes; el bautisterio, edificio separado, terminado en una cúpula cónica, de mármol, de 55 metros de altura total, notable por la resonancia que causa en el sonido y por su púlpito, obra maestra de escultura; el camposanto, claustro cuadrilongo cuyo suelo está formado con tierra traída de Jerusalén, las paredes vestidas con curiosas pinturas de la Edad Media, y las tumbas adornadas con buenos bustos y estatuas; y finalmente la famosa torre inclinada, construcción del año de 1174. Es cilíndrica, compuesta de ocho pisos, con 54 metros y medio de altura, poco más de 48 de circunferencia y cuatro metros y medio de inclinación; vista de cerca parece que ya se cae. Está completamente aislada, formada de mármol, con una escalera interior en espiral, de 293 gradas; en los arcos del último piso están suspendidas siete campanas. De la cúspide se alcanza a ver un vasto horizonte, una parte del mar y varias de sus islas.

No se sabe con certeza cuál sea la causa de la inclinación de esta torre, pues si bien algunos suponen que fue construida así, el examen del suelo parece mas bien indicar que la base se ha hundido de un lado por la acción del peso, de donde debió resultar la desviación del eje; pero como el diámetro es menor hacia arriba, la vertical que pasa por el centro de gravedad cae siempre dentro de la base, conservándose el equilibrio a pesar del inminente riesgo en que parece estar. Se refiere que en ella hizo Galileo las experiencias que lo condujeron al descubrimiento de las tres leyes que rigen la caída de los cuerpos.

Salimos de Liorna a las ocho de la noche, y a las siete de la mañana arribamos a Génova, abriéndonos paso por entre la multitud de embarcaciones que obstruían el puerto.

Una hermosa vista presenta la ciudad a quien la contempla desde el mar. Está graciosamente reclinada contra la pendiente de un hemicycle de montañas que, principiando a poca distancia de la ribera, se elevan a una altura moderada, sirviendo de asiento a varias quintas hacia la mitad de la falda, y vestidas en la cima con pinos y otros árboles. Su frente, como la concavidad del golfo, mira al sur. Es una gran población, de 120 mil habitantes. En su interior, como en todas las ciudades antiguas, se encuentran calles angostas, en declive y trazadas sin regularidad, al lado de otras rectas y hermosas, sin duda más recientes. Muchos de sus edificios tienen al frente pórticos o largas galerías, como en Bolonia y

Turín. Hay algunos buenos templos, como la iglesia de la *Anunciata* y la catedral, hecha de mármoles alternativamente blancos y negros, y varios palacios dignos de visitarse, entre ellos el del célebre Andrés Doria.

Génova, en otro tiempo república rival de la Pisa, cuenta sin duda en sus anales bellas acciones, páginas brillantes en su historia, que deben hacerla mirar con interés por los viajeros; pero ante el mérito de ser la patria de Colón, sus otros títulos se desvanecen.

La memoria del ilustre navegante, con su gloriosa aureola, ofuscaba en mi mente todos los otros recuerdos, al modo que desaparece la pálida luz de las estrellas cuando asoma en el oriente el fúlgido sol de la mañana. Con viveza se representaban en mi cerebro las vicisitudes de su azarosa existencia. ¡Me lo imaginaba en las cortes besando la mano de los palaciegos, mendigando de los reyes los auxilios para hacer su descubrimiento, buscando, en fin, un soberano a quién regalarle el mundo! ¡Cuánto tiempo perdido, cuántas andanzas, cuántos desaires, hasta hallar en la magnánima Isabel un espíritu bastante elevado para comprenderlo!

¡Caprichosa es la fortuna en la distribución de sus favores! ¡Cuántas inteligencias preclaras, genios tal vez, habrán bajado ignoradas al sepulcro, fatigadas de luchar con los obstáculos, faltas de alas para remontarse a la región que debieran habitar!

Me lo imaginaba también en alta mar, después de dos meses de navegación, perdido al parecer en la inmensidad del océano y amenazado de muerte por la tripulación sediciosa, salvándose del peligro por el ascendiente de su talento superior; anunciando con la previsión del genio, que antes de tres días hallaría tierra. Lo contemplaba, doblada la rodilla, enarbolando en Guanahani el lábaro santo del Calvario; haciendo oír por la primera vez en nuestras selvas, el lenguaje inspirado del *Te Deum*; uniendo su cantar a las mil voces, al misterioso concierto con que las fuentes, las brisas, las cataratas, los torrentes y los sinnúmeros volcanes de ese mundo virgen, ensalzaban a su manera las grandezas y la sabiduría del Creador. ¡Bello espectáculo! ¡Suerte envidiable!

Recordaba después su procelosa vuelta, cuando batido por la tempestad, hecho el juguete de los huracanes, y viéndose en inminente riesgo de ser tragado por las olas con toda su tripulación, se resignaba a la muerte, arrojando al mar, dentro de un tonel calafateado, los comprobantes de su hallazgo, por si llegaban a manos de alguien, salvar al menos su memoria. ¡Lance supremo! ¡Terrible

situación! Lo veía después sentarse en el trono al lado de los reyes de Castilla, y más tarde ser puesto en grillos y cadena por el infame Bobadilla.

Tal es en general la vida de los hombres distinguidos. Es a costa de inquietudes, de sinsabores, de peripecias y sufrimientos sinnúmero, que se alcanzan los halagos de ese fantasma alucinador, de esa engañosa quimera que han llamado *gloria*.

Dos objetos hallé ahí que recuerdan al célebre navegante. El uno es un monumento de mármol, erigido en 1862, en una plaza no lejos del mar. Su estatua, sostenida por un pedestal adornado con apéndices que imitan popas y proas de navío, tiene a sus pies la América, representada en una india, postrada de rodillas y recibiendo de sus manos la cruz; abajo hay otras varias figuras alegóricas. El otro es una casa de cinco pisos, situada en la esquina que forma la *Via Nuova de Ponticello* al cruzarse con la de *Morciento*, la cual tiene en el muro exterior una inscripción que indica haber sido la habitación de Domingo Colón, padre de Cristóbal. Dicen que en ella nació este último; pero ningún otro detalle pudieron suministrarme el *ciceroni* ni las personas que la habitaban.

Génova fue el último punto del suelo italiano que pisé. Faltábanme sólo 21 horas de navegación para trasladarme a Francia, que había dejado tres meses antes y donde debía permanecer. Nada de particular en el trayecto: a la derecha se avistaban Porto Mauricio, lugar del nacimiento de San Leonardo, uno de los canonizados en 1867, cuyo cuerpo vi en Roma en la iglesia de San Buenaventura; Tolón, que me recordaba el primer triunfo notable de Napoleón, y Hyeres, patria del esclarecido Massillon. Al frente estaban la multitud de islotes de ese nombre. El 3 por la tarde me hallaba ya en Marsella.

Esta ciudad, grande, populosa (250 mil habitantes), pero esencialmente comercial; semiantigua y semimoderna: con callejuelas angostas, oscuras y desaseadas, por una parte, y bulevares, jardines y un hermoso prado por otra, no tenía para mí otro interés que haber recibido el último suspiro del virtuoso arzobispo de Bogotá, señor Mosquera, muerto en el destierro, en viaje para Roma, en 1853; pero aun sus restos habían sido ya trasladados a París.

Esperaba, por lo mismo, dejarla pronto; mas no fue así: mi permanencia había de ser mucho mas larga, y su recuerdo bien ingrato y bien duradero. Ahí debía dejar sepultado mi compañero de viaje, el excelente amigo que desde París había ido compartiendo conmigo todas las emociones de aquella larga peregrinación, y que tenía más de un título para dejar grabada en mi corazón

su memoria; y yo mismo, aunque con más fuerza para luchar todavía con las causas de destrucción, estaba seriamente enfermo, agregándose a mis propios padecimientos aquel motivo de dolor.

¡Cuántas veces, en tan penosa situación, sintiéndome desfallecer, iba a sentarme junto al muelle, tratando de disipar en la contemplación de la tarde las angustias del alma! Yo veía el sol, que un momento antes se había ostentado lleno de esplendor iluminando los mil pabellones de diversos países de la tierra, que flotaban en lo alto de los mástiles; derramando su luz sobre la superficie azul del mar tranquilo; reverberándose más allá en las blancas espumas que se formaban alrededor de los islotes y peñascos, y yendo a esmaltar con sus celajes de oro las crestas montañosas que respaldaban a lo lejos la ciudad: lo veía, digo, descender presuroso hacia el horizonte, despojarse de su ropaje de gala, dejar caer en jirones la púrpura que había adornado su carroza, y, a su pesar, ¡hundirse entre las olas! Tras de él venían las sombras, la oscuridad, la noche...

Y esos cuadros, que otras veces había hallado risueños, tenían ahora para mí un velo de crespón: todo aquello me parecía imagen de la vida del hombre, que cuando menos lo espera, en medio de sus goces, de entre la pompa y alegría de los festines, se ve precisado a descender al sepulcro; flor delicada que el menor soplo hace secar; ¡débil llama que la mano de la muerte, como un apagador, puede extinguir en un segundo!

Yo no sé si en realidad habrá quién crea que el mundo existe sin Dios, sin Hacedor, sin Soberano; alguno que se persuada que no tiene quién cuide de sus acciones, quién lo proteja en la adversidad, quién posea bálsamo eficaz para todas sus dolencias. Sé bien que así lo dicen; pero también sé hasta dónde el espíritu de charlatanismo, el deseo de llamar la atención, la insensatez de la vanidad, pueden obrar en ciertas gentes. ¡Mas si verdaderamente hay quién tal piense, qué digno es de compasión! ¿Qué consuelo, qué lenitivo tendrá en sus horas de sufrimiento, cuanto la humana ciencia no alcanza a embotar el aguijón del dolor?

¡Ah! ¡Qué dulce es la religión en esos instantes de prueba! ¡Astro benéfico que luce sólo en nuestro horizonte cuando todos los otros se oscurecen! ¡Qué felicidad es poder pedir lleno de fe una mirada de misericordia, al Padre bondadoso que puede en un instante, como a Ezequías, darnos la salud, con la misma facilidad con que hace volver el sol sobre sus pasos!

Una enfermedad no siempre es un mal. ¡Cuántas veces nos hallamos cambiados después de ella! Con frecuencia sirve para avivar el fuego de la piedad,

que se apagaba; para despertar en el alma sentimientos que se dormían; para darnos la voz de alerta en el sendero peligroso en que marchamos. Alabemos en todo tiempo a la Providencia; bendigamos en la tribulación la mano paternal que nos hiera, exclamando siempre como Job: *¡Feliz el hombre a quien el mismo Dios corrige!*

Fue después de algunos días que pude continuar mi viaje. Saliendo de Marsella, el ferrocarril costea por un rato la ribera del mar; atraviesa un ramal de la montaña, bajo un túnel de una legua de longitud, y continúa en seguida por la margen izquierda del Ródano, en cuyo lado, después de cuatro horas de camino, se encuentra Aviñón, notable por haber sido la residencia de los papas, de 1305 a 1378. Esta ciudad me pareció triste, sombría y sin ningún atractivo. Visité el antiguo palacio pontificio, que sirve hoy de cuartel, y el templo adjunto, situado en lo alto de una colina, dominando completamente la población; en él vi la tumba del papa Juan XXII.

Según la leyenda, Lázaro y sus hermanas, los discípulos de Jesús en Betania, fueron echados al mar en Jafa, en una barca sin velas y sin timos, y traídos providencialmente por las olas hasta las costas de Francia; él estableció el cristianismo en Marsella, donde existe aún una iglesia con su nombre, y Marta hizo otro tanto en Aviñón, el año dieciocho de nuestra era; y agregan que el templo mencionado ocupa el lugar del que ella fundó. Es imposible, después de un transcurso de tantos siglos, poder esclarecer lo que haya de cierto en esas tradiciones.

Continuando de ahí directamente al norte, se recorren en poco menos de siete horas las 50 leguas comprendidas entre Aviñón y Lyon. En el tránsito se hallan varias poblaciones, como Orange, llena de ruinas romanas; Valencia, que recuerda el confinamiento y la muerte de Pío VI, y Viena, memorable por el trágico fin de Pilato, acaecido en sus inmediaciones, y por el concilio ecuménico de 1311.

El río, que se tiene constantemente a la izquierda, ofrecía a la vista altos puentes suspendidos, invención que se debe a nuestros aborígenes, que los hacían de bejuco, y pequeños buques de vapor que surcaban sus aguas. Los terrenos de la derecha estaban casi por todas partes cubiertos de viñedos.

Tal vez aquellos paisajes serán amenos; pero entonces se presentaban a mis ojos bajo un velo fúnebre. El dolor, ha dicho con razón Federico Soulié, embota la facultad perspicaz del alma, como las lágrimas ofuscan la vista.

Lyon, la segunda ciudad de Francia por su población (300 mil habitantes), su adelanto intelectual, el desarrollo de su industria y su comercio, es también una de las más hermosas. Positivamente bella debe ser, pues aun entonces pudo parecérmelo e inspirarme simpatías.

Si yo hubiera de vivir en Europa, si me hallara precisado a renunciar a ese conjunto de recuerdos y de dulces atractivos con que se arraiga en el hombre el amor de la patria, desearía vivir en Lyon o en Tours.

Pero no, no quiera el hado infausto negar a mis huesos el reposo en la tierra de mis padres: sombreé mi sepulcro uno de sus muelles¹ de plácido follaje; ilumínenlo de tarde, los tibios rayos del sol al ocultarse, y vaguen en contorno las brisas perfumadas que recogieron mis primeros suspiros infantiles...

¿Cuándo dejaremos de ser frívolos? ¿Qué importa para el hombre, peregrino por el mundo, ave viajera sobre la faz del globo, alzar su vuelo desde un punto cualquiera de la tierra? ¡Mas! ¡Ay! no, que ese sentimiento instintivo de la inmortalidad, esa voz secreta que nos dice que no hemos de acabar en la tumba, nos hará siempre desear una lágrima amiga que vaya a humedecer nuestras cenizas, una voz amorosa que eleve junto a ellas sus preces al Señor, flores que adornen nuestro campo, y rocío benéfico que las vivifique.

Lyon, situada en parte sobre colinas y en parte en la llanura, se halla limitada por montañas al norte, y cruzada por el Ródano y el Saona, que se reúnen en ángulo agudo hacia el extremo sur de la ciudad; del lado del oriente se perciben a distancia los Alpes. El primero de los ríos mencionados tiene hasta 230 pasos de anchura, y el segundo un poco más de la mitad; ambos perfectamente bien canalizados por obras de mampostería, con alamedas cerca de sus márgenes, y atravesados por multitud de hermosos puentes, lo que da a la ciudad un aspecto original muy agradable. Hay entre sus plazas, dos muy notables por su extensión, por los floridos jardines que las adornan y por las magníficas estatuas ecuestres, de Luis XIV y Napoleón, que las decoran. Varios de sus templos son dignos de atención; en la catedral hay una campana que pesa 35 mil libras. La casa de gobierno (hotel de ville), la bolsa, los hospitales, el jardín botánico, merecen visitarse. La población se distingue por su catolicidad: unos franceses que me acompañaban, le *reprochaban* el tener todas las órdenes religiosas de una ciudad española.

¹ Árbol de América, llamado también pimienta (*schinus molle*).

El que no es indiferente al renombre conquistado por la virtud o el talento, tiene aún un motivo de satisfacción al visitar a Lyon. Ella es, en efecto, la patria de muchos hombres célebres, entre otros San Ambrosio, lumbrera de la Iglesia; Bernardo y Antonio Lorenzo de Jussieu, nombres ilustres que subsistirán mientras haya sobre la tierra siquiera un vegetal; Andrés Ampere, el ingenioso autor de la teoría del electromagnetismo; Say, el eminente economista; el agrónomo Rozier y el mariscal Souchet. Ahí nacieron también Germánico, Caracalla y Jeta. Herodes Antipas, el tiranuelo que hizo decapitar a San Juan Bautista y que intervino en la acusación contra Jesús, estuvo ahí desterrado por Calígula, pero fue a morir a España.

Partiendo de Lyon atravesamos el Saona sobre un magnífico viaducto, y continuando en recorrer la orilla derecha, en poco más de dos horas estuvimos en Macon, de donde seguí por camino ya conocido mi regreso a París.

Héme otra vez en la ruidosa capital, extraño al bullicio del mundo, buscando en los hospitales y anfiteatros, en esas moradas del dolor y de la muerte, los ocultos arcanos de la vida, y el bálsamo preciado para ir a aliviar a los que sufren.

Robando instantes a mis estudios profesionales, he extractado del diario de mi viaje los cuadros incompletos que forman este libro. ¿Servirá de algo, será de alguna utilidad, merecerá siquiera ser leído? Yo lo ignoro.

¡Ah! ¡Pudiera él sembrar en el espíritu de la juventud un germen al menos de creencias, capaz algún día de fructificar el bien! Fuérame dado llevar la convicción al ánimo de alguno de los que fluctúan aún en la incertidumbre; afirmar la fe en alguno de los que vacilan ya, o hacer nacer al menos la duda en uno tan solo de los que nada creen!

¡Pero aunque nada de eso suceda, y cualquiera que sea su destino, yo lo lanzo impasible. Bastarame, Señor, sí, me bastará que, el día en que hayas de examinarlo en esa balanza misteriosa en que se pesan los hechos y las intenciones del hombre, pueda él hacer inclinar su fiel, un ápice siquiera, en mi favor!





Notas

Nota A

El valle de Medellín, que los indígenas llamaban de Aburrá, fue descubierto por Jorge Robledo el 4 de agosto de 1541. Se hallaba muy poblado, y sus habitantes, menos salvajes que las tribus comarcanas, tenían viviendas cómodas, cultivaban árboles frutales, algodón, y tejían mantas pintadas, con que se vestían. Llenos de aflicción con la llegada de los españoles, se sirvieron de ellas para ahorcarse.

La ciudad tomó el nombre que hoy lleva, en 1674; diósele en honor del Conde de Medellín, entonces presidente del Consejo de Indias. Está situada a 6°8'16" de latitud norte, y a 78°8'38" de longitud occidental respecto del meridiano de París. Su elevación sobre el nivel del mar es de 1.540 metros; su temperatura media, determinada por la de la capa invariable, 20,5° del centígrado; y la oscilación diaria del termómetro es de 19° a 25°. La cantidad de lluvia anual, que he calculado por varios años de observación, es 1 metro 70; y el color del cielo, de 20° a 22° del cianómetro. Su población asciende a 20 mil almas; pero aumenta rápidamente por la salubridad del clima, la robustez de los habitantes y la moralidad de sus costumbres.

Medellín es la capital del Estado de Antioquia, uno de los nueve que componen la República de los Estados Unidos de Colombia, llamada antes Nueva Granada. Es asiento de la silla episcopal, residencia del presidente del Estado, del tribunal superior, y punto de reunión de la Legislatura. Tiene varios colegios, numerosas escuelas, hospital, teatro, varias imprentas, casa de moneda, fábrica de pólvora, de loza, destilación de licores, etc. Por ser clave de todo el

Estado, es el centro de un comercio activo, y tiene extensas relaciones con el extranjero. Mensualmente se exportan de ahí para Europa, por término medio, 800 mil francos en barras de oro y plata, producto de las numerosas minas del Estado. Es la patria del célebre don Francisco Antonio Zea (nacido el 21 de octubre de 1770, muerto el 28 de noviembre de 1822) y de Atanasio Girardot, el héroe infortunado del Bárbula (nacido el 9 de mayo de 1791, muerto el 30 de septiembre de 1813).

Nota B

Marinilla es una pequeña ciudad de cerca de cuatro mil habitantes. Ella ha dado al episcopado colombiano dos de sus miembros, Monseñor Vicente Arbelaez, actual arzobispo de Bogotá, y el Ilmo. Sr. Valerio A. Jiménez, obispo de Medellín y Antioquia.

Cerca de Marinilla, a 2.043 metros de elevación superoceánica y a 17° de temperatura media, vi cultivar la yuca dulce (*jatropha manihot*) y la guadua (*bambusa*); observación digna de notarse, pues el límite asignado a estas plantas por Humboldt y otros viajeros, es muy inferior. La zona en que dichos vegetales pueden prosperar, se extiende desde el nivel del mar hasta 2.000 metros, o sea en climas cuyas temperaturas *medias* se hallan comprendidas entre 30° y 17° centígrados.

Nota C

Los bejucos de que aquí se habla (tallos trepadores), que dan una savia insípida y potable, reciben de los caminantes el nombre de *bejuco de agua*. Engruesan hasta llegar a dos o tres pulgadas de diámetro, y se elevan a los más grandes árboles; y como sus hojas sólo se encuentran en las copas de estos, hallándose desnudos en casi toda su extensión, no es fácil obtener los elementos necesarios para clasificarlos; por lo que hasta ahora se les ha tomado por *vitis*. Yo logré examinar algunos con precisión, y establecer de una manera indudable que son *bignonias*. Todo el tallo está recorrido longitudinalmente por tubos un poco más amplios que los capilares, pues se ven muy bien al cortarlo, repletos de savia. Si se hace el corte de un solo tajo, se oye un zumbido producido por la penetración del aire, que impele el líquido hacia la parte superior. Así es que, para obtener éste, es preciso cortar rápidamente el bejuco por dos puntos, arriba y abajo, y poner horizontal el trozo separado, mientras se acerca el vaso que debe recibir la savia.

La sección transversal del tallo presenta figuras muy curiosas, formadas por las diversas capas o hacecillos leñosos de que se compone, imitando ya una cruz de Malta, una rosa, etc., según la especie de que se trate.

A este mismo género *bignonia* pertenece la *chica*, que en Nare llaman *bija*, cuyas hojas dan una materia colorante roja.

El *árbol de la vaca*, o *de la leche*, es el *galactodendrum utile*; y el *cáunce* antes mencionado, árbol peculiar del territorio antioqueño, que suministra una madera rojiza y muy compacta, una de las muy pocas que resisten la acción destructora del comején (*termes*), es una especie nueva del género *godoya*, entre las *ternstroemiaceas camelieas*, que M. Planchon ha designado con el epíteto de *antioquiensis*.

Nota D

El doctor José María Salazar es, sin duda, uno de los hombres ilustres de Colombia. Nació en Rionegro, Estado de Antioquia, en julio de 1785. Hizo sus estudios en Bogotá, donde optó grados en jurisprudencia y se recibió de abogado. Se hallaba de vicerrector y catedrático en la universidad de Mompo, cuando estalló la revolución de 1810, que abrazó con ardor, habiendo sido miembro de la asamblea de Cartagena, ministro de Venezuela en dicha ciudad, y diputado al congreso nacional; en esa época publicaba un periódico político, *El Mensajero*.

Al ocupar Morillo la Nueva Granada, Salazar logró escapar a la Trinidad, de donde volvió al continente en la segunda expedición de Bolívar, en 1817. Fue diputado al congreso constituyente de Colombia, y redactó entonces, asociado a Zea, el *Correo del Orinoco*, que tanto contribuyó al triunfo de la causa republicana. En 1820 fue enviado de ministro colombiano a los Estados Unidos, donde residió hasta 1827, acreditándose como diplomático. Habiéndose establecido después en París con su familia, murió de neumonía en febrero de 1828.

El Dr. Salazar poseía con propiedad siete idiomas. En el *Semanario de Nueva Granada*, año de 1809, escribió una interesante memoria sobre Bogotá. Sus poesías, casi todas canciones patrióticas, se encuentran dispersas en los periódicos de aquella época. Su *Elegía* a los mártires de Cundinamarca, es un trozo de la más pura literatura y de la más sublime y patética poesía. Tradujo en verso castellano el *Arte poética* de Boileau.

Nota E

Entre los libros que disfrazados con el ropaje de la ciencia, tratan de difundir tan perniciosos absurdos sobre la especie humana, para destruir de raíz todo germen religioso, se encuentra el *Dictionnaire de médecine* publicado por los señores Littré y Robin bajo el nombre de Nysten, ediciones de 1858 y 1865, en su artículo *Homme*. Ese hecho, sin embargo, es poco extraño, pues se ha visto ya el señor Pidoux sostener en plena Academia, que la doctrina del espiritualismo es retrógrada; que pudo parecer buena en época de atraso: pero que hoy, al decir de él, se explica todo a las mil maravillas por la organización de la materia.

¡Qué enseñanzas para la juventud incauta, que acostumbrada a seguir la voz del maestro en las cosas de su competencia, en el estudio del cadáver que se palpa, se lanza también tras de ellos en el campo de las divagaciones y el error, hallándose al fin, en cambio de la ciencia médica que adquiere, sin creencias, sin fe, sin esperanza alguna para el porvenir!

¡Qué desgracia la de la humanidad, hallar siempre en su camino las espinas al lado de las rosas, el veneno oculto entre la miel!¹

¡Ay de la sociedad, el día en que la noble profesión de Hipócrates se ejerza sin ver en el hombre más que un pedazo de carne destinado a consumirse en el sepulcro! ¿Qué moralidad podría buscarse en quien mire a sus semejantes, no como hermanos, sino como otros brutos colocados en grado distinto en la escala de los seres? ¿Qué nobleza de sentimientos, qué elevación de ideas, qué aspiración digna puede tener quien se cree pariente colateral de los monos y micos, por tener un mismo ascendiente, según la teoría profesada públicamente en París por una tal madama Royer?

Si es preciso un argumento a favor de la disciplina de la Iglesia, una prueba que haga evidente la necesidad de un freno en todo lo concerniente a asuntos religiosos, bastará ver los lastimosos resultados a que llegan los que se independizan, los que creyéndose con juicio, se emancipan. Cuando se cierran los ojos a la luz de la revelación, cuando se desechan los resplandores que nos guían de lo alto, se marcha por caminos tenebrosos, hasta llegar al colmo de la extravagancia y del absurdo, a lo incalificable del ridículo.

¹ Puede verse bien tratada la cuestión de la unidad de la especie humana, en Cantú, *Historia universal*, tomo primero.

Nota F

Al hablar de la honda de David, creo conveniente hacer notar que esta arma, lo mismo que los arcos y flechas de que se servían los pueblos antiguos, y cuya invención se hace remontar hasta Nemrod, se halló en uso entre los aborígenes de la América al tiempo de su descubrimiento; observación que no carece de interés, señalando ese nuevo punto de contacto entre los habitantes de los dos continentes, puesto que hay quien niegue a los hombres su origen común.

Al estudiar, siquiera sea ligeramente, las costumbres de los diferentes pueblos de la tierra, aun de los más distantes entre sí, se hallan mil usos comunes, que no han podido ser invención espontánea de todos ellos a la vez, y que conducen forzosamente a admitir la unidad de la especie y su dispersión posterior.

La física, investigando la naturaleza íntima de la luz, ha acabado por reconocer que no es una emanación de los cuerpos luminosos, que es un fluido independiente, y que bien pudo, como dice el Génesis, ser creada antes que el sol y las estrellas. La geología, descifrando en las estratificaciones de la tierra la historia de la formación del globo, el orden de la aparición de los seres, escrito por el dedo de Dios con esos caracteres indelebles que le llaman fósiles, ha confesado la exactitud de la relación de Moisés, y reconocido en él su sabiduría inspirada. De la misma manera la etnología hace evidente la verdad de la creación de un primer hombre y una primera mujer, origen de todas las razas humanas, admitiendo en consecuencia la confusión de las lenguas, de que habla el historiador sagrado, y la dispersión ulterior de los hombres sobre la faz de la tierra.

La religión no teme ser parangonada con la verdadera ciencia; en ella hallará siempre su mejor apoyo. No podía ser de otro modo: ambas son emanación de Dios, Sabiduría infinita. Verdad por esencia, que no puede engañarse ni engañarnos. Cuando aparecen en desacuerdo, es sin duda la ciencia la que se equivoca, mejor dicho, son sus intérpretes. *Un ápice de filosofía*, ha dicho Platón, *lleva al ateísmo; mucha filosofía conduce a la religión.*

Nota G

Está perfectamente averiguado que la oscuridad acaecida al expirar N. S. Jesucristo, no fue efecto de un eclipse solar, pues el cálculo demuestra que la luna no se hallaba entonces en conjunción, y que por consiguiente el hecho no podía tener

lugar. Fue por eso que Dionisio, miembro del Areópago de Atenas, admirado de un tal fenómeno, exclamó: *O el universo perece, o el autor de la naturaleza padece.*

Más tarde, cuando San Pablo llevó a la Grecia la nueva doctrina, el areopagita, que había sido tocado por el prodigio, recibió la fe con facilidad, y habiendo sufrido el martirio entró en el gremio de los santos. Es por error que se le confunde con San Dionisio obispo de París, que fue decapitado.

Nota H

Sería sin duda satisfactorio conocer los árboles de que fueron hechas la cruz y la corona que sirvieron para el martirio del Salvador. Si respecto del primero nada se sabe absolutamente, no sucede lo mismo en cuanto al segundo, pues es bien verosímil que se haya empleado un arbusto espinoso que se encuentra todavía en los alrededores de la ciudad, y que las hermanas de Sión usan aún para formar bellas coronas que dan a los peregrinos.

Es muy ramoso, flexible, lampiño, armado de espinas axilares cónicas, formadas por el aborto de las yemas, que exceden a veces de una pulgada de longitud. Las hojas, alternas o dispuestas en hacecillos, carecen de estípulas, son casi sentadas, oblongo-lanceoladas, obtusas, estrechas en la base y muy enteras. Aunque no tenía flores ni frutos que me permitieran hacer el análisis, juzgando por su fisonomía no dudo que es el *lycium mediterraneum* de Dunal (familia de las *solanáceas*).

Se conserva en la catedral de París, entre las reliquias importadas por San Luis, una corona que dicen ser la verdadera, y que el viernes santo se expone a la veneración de los fieles, función a que asistí en este año. La observé con atención, para ver si se asemejaba al arbusto de Jerusalén; pero está envuelta en parte en ciertos filamentos a manera de paja, y encerrada en una caja anular de vidrio, con anchas armaduras de metal, de modo que no puede saberse siquiera si tiene espinas.

Nota I

He aquí la composición del agua del Mar Muerto, según el análisis del señor Boussingault.

En 100 partes, a 1,194 de densidad, hay 77,079 de agua y 22,021 de las sales siguientes:

Cloruro de magnesio	10,710
Cloruro de sodio	6,560
Cloruro de calcio	3,557
Cloruro de potasio	1,611
Cloruro de aluminio	0,065
Cloruro de amonio	0,001
Bromuro de magnesio	0,374
Sulfato de cal	0,043

Nota J

Ya me proponía hacer determinaciones hipsométricas sobre todos los puntos notables de la Palestina, empleando para ello el método de Caldas, que aunque carece todavía de una fórmula exacta, en mis observaciones, hechas a diversas alturas de la cordillera de los Andes, me ha dado siempre resultados sumamente aproximados, y que hoy, con las tablas calculadas por el señor Regnault, tiende a generalizarse; pero habiéndose roto el instrumento durante el viaje, hube de contentarme con los datos más o menos inciertos que indican otros observadores.

Pero puesto que he nombrado a Caldas, una de las glorias verdaderas de mi patria, quiero al menos consagrar un grano de incienso a su memoria.

Francisco José de Caldas nació en Popayán, una de las ciudades importantes de Nueva Granada, en 1771. Destinado por sus padres a estudios de jurisprudencia, coronó a su pesar esa carrera, recibíendose de doctor. Mas sus inclinaciones eran otras: las abstracciones del cálculo, el estudio de las ciencias físicas, la contemplación de las maravillas de la naturaleza, hacían todo su encanto.

Tan luego como pudo dio rienda suelta a sus nobles aspiraciones, y luchando con obstáculos de todo género, venciendo dificultades sinnúmero, inventando o construyendo por sí mismo sus instrumentos, llegó a ser profundo matemático, astrónomo distinguido, físico y botanista notable.

Encargado por el ilustre Mutis del observatorio astronómico de Bogotá, y agregando en seguida a la Expedición Botánica, tomó una parte activa en los importantes trabajos de esa corporación, que a pesar de su nombre, estudiaba el país bajo todos sus puntos de vista.

Las cartas cartográficas; varios volúmenes de observaciones astronómicas, meteorológicas y magnéticas: estudios sobre la refracción; cuadros de geografía botánica y zoológica; la flora ecuatorial, y una monografía sobre las quininas, fueron el fruto de sus tareas. Fue en esa misma época que, queriendo graduar un termómetro que se le había dañado, notó, antes que ningún físico hubiera hablado sobre ello, la relación entre la temperatura del agua hirviendo y la presión de la atmósfera; la fijeza de aquella para cada localidad, y, por consiguiente, la posibilidad de calcular la elevación de los lugares por medio del termómetro. Haciendo numerosas observaciones comparativas, con ese instrumento y el barómetro, en alturas que medía geodésicamente, estableció una fórmula y escribió una memoria detallada sobre su método.

Tal era su situación en 1810. El espíritu revolucionario que había conmovido la Europa y producido tan espantosas convulsiones, atravesó entonces los mares y fue a pronunciar al oído de la joven América, la mágica palabra de *libertad*. Todos los pueblos de esa parte del continente se levantaron a una, para reclamar de la junta que en España había asumido el gobierno del reino, el acatamiento de sus derechos, la equidad para las colonias; pero fueron desatendidos y precisados a lanzarse definitivamente en la vía de la emancipación.

Un ejército formidable marchó entonces de la Península e invadió las costas de la Nueva Granada. Caldas, para quien la contemplación de los cielos y el estudio de las plantas eran ya una necesidad irresistible, abandonó con dolor esos objetos y, cual otro Arquímedes, acudió solícito a la defensa de la patria. En un país tan atrasado, donde nada existía, su genio vasto, su talento universal, supo crearlo todo. Fortificaciones, jóvenes ingenieros, nitrerías, fábricas de pólvora, de fusiles, de cañones, y casa de amonedación, brotaron como por encanto bajo su inspiración.

Pero entonces, como de costumbre, la fuerza triunfó de los débiles; un yugo de hierro pesó sobre los vencidos, y la espada del general Morillo anegó en lágrimas y sangre el suelo de la patria, sacrificando en los cadalsos todos sus hijos predilectos.

Caldas pidió, como Lavoisier, que le permitieran al menos, encadenado en una prisión, coordinar y publicar sus obras. Mas fue en vano. El 20 de octubre de 1816 fue fusilado por la espalda, en la plaza de San Francisco de Bogotá, y confiscados sus bienes. “Ese día, ha dicho con razón uno de nuestros compatriotas, la naturaleza tropical se cubrió de un velo fúnebre, y desde aquella época triste, la patria no ha podido reemplazar ese hijo benemérito”.

*

Andrés Posada Arango

Todos sus trabajos se perdieron inéditos. Sólo ha quedado de él el *Semanario de la Nueva Granada*, que hace formar idea de lo florido de su estilo, la claridad de su inteligencia y la rectitud de sus apreciaciones; su *Memoria sobre la medición de las montañas por medio del termómetro*, publicada en Burdeos por uno de sus amigos, en 1819, aunque plagada de errores tipográficos; y una parte de su curso sobre *Fortificaciones*, hecho en Medellín en 1814, que existe manuscrito por uno de sus discípulos, en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

La ciencia ha conservado su nombre, en un género de la familia de las polemoniáceas (*caldasia* de Willdenow) y en numerosas especies, y su recuerdo se guarda con veneración en la memoria de sus conciudadanos.

*





Símbolos de la Biblia en español

Baruc: Ba	Juan: Jn
Deuteronomio: Dt	Jueces: Jc
Eclesiástico: Eci	Lamentaciones: Lm
Evangelio según San Lucas: Lc	Libro primero de los Reyes: 1 Re
Evangelio según San Marcos: Mc	Libro Primero de Samuel: 1 Sm
Evangelio según San Mateo: Mt	Miqueas: Mi
Génesis: Gn	Profetas: Pf
Hechos de los Apóstoles: Hch	Proverbios: Pr
Isaías: Is	Reyes: Re
Jeremías: Jr	Salmos: Sal
Job: Jb	Tobías: Tb
Joel: Jl	



Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA
*Lleva el conocimiento
por siempre*



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
1803
Rectoría



UNIVERSIDAD CES
Un Compromiso con la Excelencia



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo



Institución Universitaria



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



Universidad
Pontificia
Bolívariana

*Este libro se terminó de imprimir en
Editorial Artes y letras Ltda.
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de agosto de 2010*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

La fuente tipográfica empleada es Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.

